



ESTVDIOS AMERICANOS

17

REVISTA DE LA ESCVELA
DE ESTVDIOS HISPANO
AMERICANOS ~ SEVILLA

S U M A R I O :

	<i>Páginas</i>
ARTICULOS	
Julio Irazusta: <i>La Obra de Pereyra</i>	121
Mariano Aguilar Navarro: <i>Norteamérica, democracia, Europa</i>	145
NOTAS	
José Pedro Calvao de Sousa: <i>El Problema político brasileño</i>	169
Federico B. Torralba Soriano: <i>Arte americano en la Bienal de Venecia</i>	177
COMENTARIOS	
<i>El mensaje pontificio de Navidad. — Arquitectura social. — Liberalismo y comunismo en el Salvador. — Nacionalismo cultural en Argentina. — El problema azucarero de Cuba. — Universitarios mejicanos. — Planificación económica en Colombia. — España ante la O. N. U. — Gestión pacificadora de la prensa cubana. — Cardenales americanos. — Control de precios y salarios en U. S. A.</i>	185
INFORMACION CULTURAL	
Ladislao Gil Munilla: <i>Situación agraria en Méjico</i> . .	205
Manuel Luengo Muñoz: <i>Importación de capitales en Colombia.</i>	215
CRONICA	
Noticias.	225
José A. Calderón Quijano: <i>Una vida fecunda</i>	229
Félix Fares: <i>Correo de Buenos Aires</i>	235
Dibujos de Domingo Balaguer Garriga.	

CORRESPONDENCIA:

Secretario de Redacción de «Estudios Americanos»
 Escuela de Estudios Hispanoamericanos
 Alfonso XII, 12. — SEVILLA

ESTVDIOS AMERICANOS

REVISTA DE SÍNTESIS
E INTERPRETACION



VOL. V
NVM. 17

FEBRERO
1 9 5 3

(1)

CONSEJO DE REDACCION

Presidente: Vicente Rodríguez Casado. *Vicepresidente:* Antonio Muro Orejón. *Secretario:* José Antonio Calderón Quijano.

Redactor-Jefe: Octavio Gil Munilla. *Secretario de Redacción:* Patricio Peñalver Simó.

Redactores: J. Arellano Catalán, A. Cossío Corral, G. Céspedes del Castillo, M. Aguilar Navarro, C. Corona Baratech, M. Luengo Muñoz, Manuel F. Clavero, C. López Núñez, José Guerrero Lovillo, J. Cruces Pózo, F. Luis Otero Nieto, Ana M.^a Gómez Rubio, A. Benito Jaén, Raquel Gil Beviá, M.^a Dolores Vicente Alarcón, M. Peñalver Simó.



PUBLICACIONES

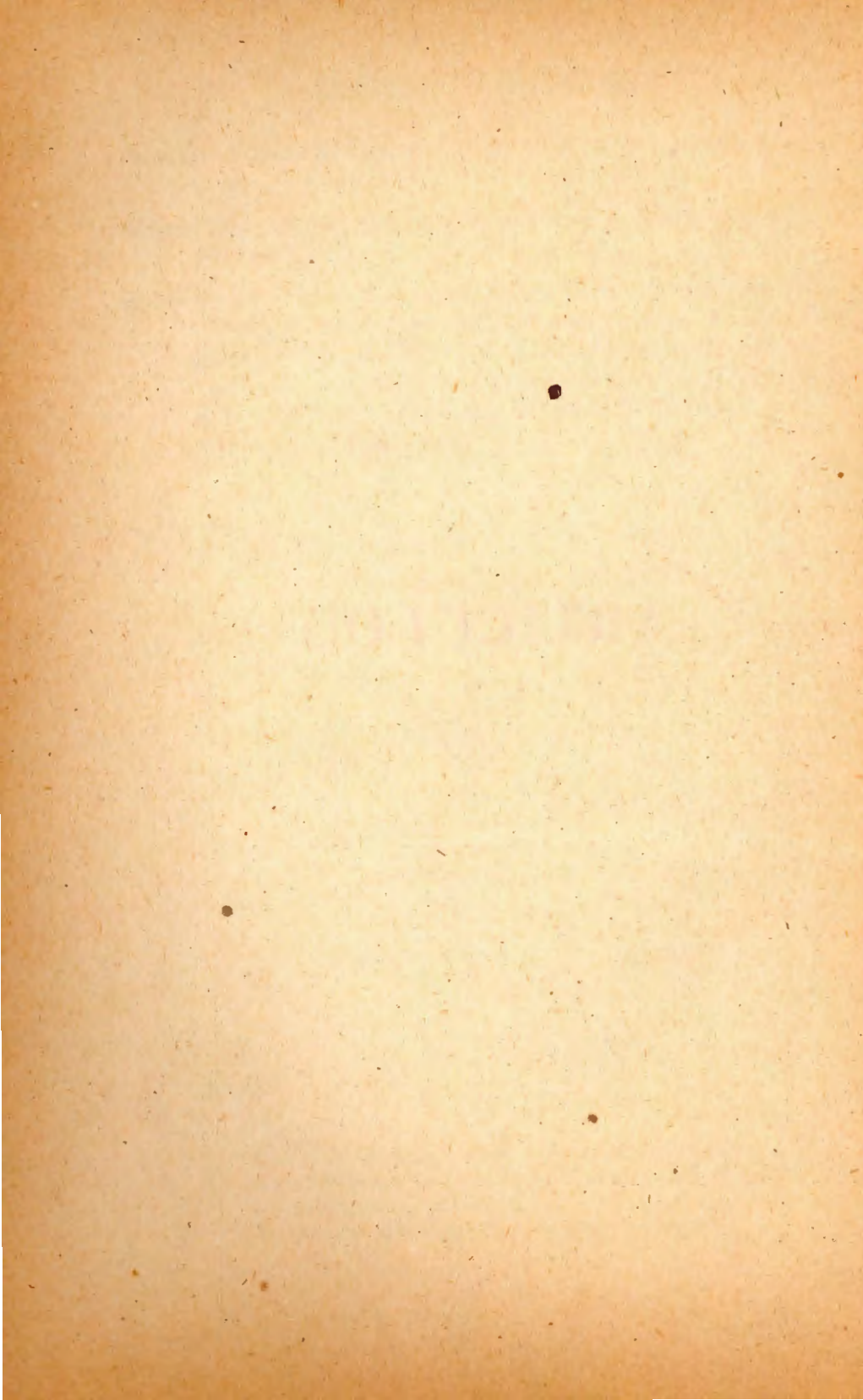
E. E. H. A.

SEVILLA

LXXIII

Las noticias, asertos y opiniones contenidas en estos trabajos son de la exclusiva responsabilidad de sus autores. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos sólo responde del interés científico de sus publicaciones.

ARTICULOS



La obra de Pereyra



Los hombres de mi generación no olvidarán jamás el sacudimiento espiritual que recibieron en plena juventud, allá por los años finales de la primera guerra mundial del siglo, con las obras de un escritor mejicano que nos llegaban de España, y trataban en el estilo diáfano, intencionado y seductor que habíamos aprendido a admirar en los europeos, temas que nos tocaban más de cerca que todos los otros, pero de los cuales nos apartó hasta entonces el aburrimiento que destilaban los libros que en el país se les dedicaban. Me refiero a *La obra de España en América*, al *Rosas y Thiers*, al *Pensamiento político de Alberdi*, al *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*, y a las biografías de Pizarro y Cortés, que, a la vez de darnos a conocer un gran escritor, nos apasionaron por las cosas de América cuando estábamos aún encandilados por las de Europa.

En el primer momento aquellas obras no se nos aparecieron como manifestaciones de un sistema histórico nuevo

en elaboración, como en realidad lo eran, sino como brillantes ejercicios de una mente en plena actividad que se solazaba en su propio juego; sin detenerse a fijar un cuerpo de verdades coherentes. Por mucho tiempo el nombre del autor, Carlos Pereyra, no fué más que un nombre, poco menos que sin relación con una carrera personal conocida y un determinado habitáculo en el mundo. Hasta ahora mismo el "currículum vitae" del gran escritor mejicano sigue casi ignorado de la mayoría de sus admiradores. Se sabe la fecha de su nacimiento, que representó a su país en altos cargos diplomáticos en el extranjero, y que pasó las últimas décadas de su larga vida en España, donde formó su hogar, levantó su casa y murió. Pero de su formación en Méjico, de su relación con los partidos de su país, de las circunstancias en que ocupó cargos públicos y los perdió, de la misma cronología de sus libros, se tienen noticias sumamente vagas e imprecisas.

Pero si de este eminente americano, contemporáneo de Rubén Darío, Lugones, Varona, José Asunción Silva, o sea de la gran generación literaria de nuestra América, ignoramos los pormenores de su carrera, llegamos con el tiempo a apreciar como era debido la magna trascendencia de su obra en conjunto. Aquellos primeros libros, que pudieron parecernos opúsculos juguetones, destinados en unos casos a divulgar las hazañas de los héroes continentales indisputables, y en otros a burlarse de los que eran tenidos por tales sin serlo, resultaron en verdad las muestras anticipadas de una labor inmensa sobre la historia de América, en relación con la de España y su influencia en el mundo. A los pocos años aparecieron su *Historia de América Española*, en ocho tomos, y su *Breve Historia de América*, en uno, que constituyen su obra fundamental.

Una labor trascendental

Hasta donde alcanza mi conocimiento de la bibliografía relativa al asunto, no puedo fijar con precisión el aporte de

Pereyra a la revisión de la historia imperial española. Pero, ello no obstante, me atrevo a decir que su influencia en nosotros, sus compatriotas continentales, fué decisiva para la apreciación de nuestros orígenes históricos más remotos, y para darnos una conciencia de nuestro rango en el mundo y de nuestro derecho a sentirnos iguales con los miembros de la comunidad civilizada. No quiero decir que faltaran entre nosotros escritores que hubiesen iniciado la necesaria reacción contra los prejuicios antiespañoles utilizados durante las campañas libertadoras como máquina de guerra, y cuya rutinaria repetición debía forzosamente perpetuarse un tiempo en el espíritu de las primeras generaciones en el país independiente. Pero ninguno de ellos vió el problema con la misma amplitud que Pereyra.

Antes de leer sus obras ya habíamos recibido mejores nociones sobre la España fundadora de América, que las utilizadas por los héroes de la emancipación continental. Pero nunca las hallamos expuestas con el mismo brillo, con aquel sentido finísimo de las complejidades sociales, aquel ligero toque humorístico que vuelve irresistible la lectura de Pereyra, desde sus más breves artículos u opúsculos, hasta sus libros más poderosos en varios volúmenes.

Colón y el Descubrimiento

Sus principales tesis son conocidas. Pero el crítico no puede jamás dar por supuestas las materias que juzga. Las transcribiré antes de examinarlas, tratando de quedarnos únicamente con sus aciertos, y de desechar sus errores.

Para comenzar por el principio, se recordará que Pereyra muestra escasísima simpatía hacia la personalidad de Colón. Claro está que no podría desconocerse una evidencia, y negar la grandeza de su personalidad.

“Colón era, en realidad, un genio —dice—, y a pesar de su escasa disciplina, se muestra admirable por sus adivinaciones. Pero no era un genio entre idiotas e ignorantes. Y sobre todo, no era un cordero en-

tre lobos. No. Toda España, en su grandeza, en su episcopado, en su burguesía, en sus marinos, y por último, en sus reyes, toda España salió al encuentro de Colón, le dió hospitalidad, auxilios para la vida, trabajos para que se sustentara con decoro, estímulos para sus planes y recursos para su descubrimiento."

En suma, quien estorbó la realización rápida del proyecto no fué otro sino Colón, con sus pretensiones excesivas, originadas en su codicia, con sus exigencias ambiciosas, que el acontecimiento probó injustificadas, dando razón a la resistencia de los reyes. Pereyra agrega con fundamento que ninguna otra nación habría aceptado las pretensiones de Colón "como las aceptó España, en su arrebató de romántica generosidad".

Desde las páginas iniciales sobre el Almirante, hasta las últimas, el tono zumbón con que Pereyra subraya todo reconocimiento de sus méritos, hace juego con una apreciación original de la obra colombina, como la colaboración entre un genio medio lego y medio loco y un pueblo preparado en todo para comprenderlo y secundarlo como ninguno otro. Así, por ejemplo, luego de referir las gestiones del temático visionario en España, dice:

"cuando por fin pudo ser oído Colón, él mismo se encargó de acumular obstáculos con su intransigencia. Quería gobernación, estado y parte en los beneficios. ¿Iba la Corona, que luchaba por la unidad, a destruirla en favor de un extranjero? Colón hacía imposible las negociaciones, y hubo que romperlas. Los que se oponían daban razones muy flacas... Sin embargo, eran razones de Estado, y durante un cuarto de siglo se vió manifiestamente que no habían sido mezquinas las objeciones opuestas a las exigencias de Colón."

La tesis sobre la empresa mixta se precisa en estas palabras de Pereyra:

"Puede asegurarse que sin Colón, el viaje a través del Océano Atlántico se habría realizado, pocos años después, por Martín Alonso Pinzón, por alguno de sus hermanos o por veinte más del mismo temple; pero que, sin alguno de esos hombres, Colón se habría quedado en tierra con sus cédulas, su virreinato, su almirantazgo y sus privilegios."

Conjeturas sobre las que es imposible e innecesario pronunciarse, pero que revelan una tendencia a subestimar la

acción del descubridor en la obra conjunta. Tendencia que se acentúa en el juicio sobre los viajes mismos. No sobre el primero, que considera la gran obra popular de España, y que parece dar por realizado como en la mejor armonía por Colón y los españoles. Pero desde que empieza a examinar el segundo, ya el historiador le carga la mano al aventurero ligur. Dice que las ilusiones geográficas de Colón fueron invencibles:

“El mismo Bernáldez, tan adicto a Colón, y tan solícito por encajear sus descubrimientos, disputaba con él sobre la distancia de la Gran Tartaria. ¿Qué dirían los prácticos de la mar? Hombres positivos, dejaban a Toscanelli y a Martín Behaim en su buena opinión y fama. Nada tenían ellos que ver con Mandavilla y con el cardenal Aliaco. La boga de esos hombres pasaba. La realidad, cada vez más potente, obliteraba las ideas clásicas, y sin peligrosas nociones de conjunto, que eran prematuras, se incorporaba en un sistema sano de verdades geográficas limitadas, pero exactas... Colón seguía la ruta contraria. ¿Es de extrañar que pronto fuera más anacrónico entre sus contemporáneos que cuando se anticipaba a muchos de ellos? Anacronismo más grave que el anterior, puesto que era de retardo y no de vaticinio. No aprendía ni olvidaba. El segundo viaje nada le enseñó, y todo lo que le quedaba de vida iba a ser de fracasos como geógrafo, por su obstinación como hombre.”

Cuando se halló frente a las bocas de un río, en su tercer viaje, Colón se lanzó tras la quimera del Paraíso Terrenal, en lugar de inducir serenamente las novedades halladas.

“Como siempre, en Colón, el visionario cerraba el camino al explorador; pero nunca como entonces se vió un feliz hallazgo tan entenebrecido por razones de procedencia subjetiva, ni se negó un hombre a sí mismo en tal grado las ventajas de su situación privilegiada.”

En el cuarto viaje, según Pereyra:

“Es el mismo Colón del primer viaje. Su actitud ante lo maravilloso es invariable. Para sus contemporáneos, la realidad ha sido poderosamente eficaz. Los otros marinos suspenden sus juicios y aplazan la formación de un sistema geográfico global, en espera de las revelaciones del hecho objetivo. Para Colón la sistematización es tiránica e inexcusable.”

En términos generales, la tesis de Pereyra, sobre la colaboración entre España y Colón es irrefutable, casi hasta

en su parte conjetural. En efecto, es más difícil imaginar a Colón descubriendo el Nuevo Mundo sin España, que a ésta hacerlo sin aquél, años o décadas más tarde. Por otro lado, la demostración realizada por el mismo Pereyra sobre el adelanto científico de los marinos españoles, es demasiado persuasiva para que podamos negar la inmensa parte que atribuye a su contribución en la empresa. Recuérdese ese pasaje de su libro sobre *El descubrimiento*, primer tomo de su *Historia de la América Española*, en que señala la prudencia de los cartógrafos peninsulares para situar los descubrimientos en sus mapas, con expresiones como éstas: "Hasta aquí han llegado las naves de Fernando, rey de España", "las islas descubiertas por los españoles ocupan este lugar", "los marinos españoles han llegado a este lugar, y llaman al país Nuevo Mundo por su magnitud, pues en verdad no lo han visto en totalidad, ni han pasado de este punto. Lo dejamos, pues, incompleto, tanto más cuanto que ignoramos la dirección que sigue la tierra".

Entre los historiadores del descubrimiento es lugar común la insuficiencia científica del descubridor. Pero, de todos modos, Pereyra exagera al tocar este punto. Pues si bien es cierto que Colón jamás dejaba de mezclar sus quimeras con sus observaciones, éstas no se extraviaban en la medida que dice el historiador mejicano. El momento mismo que elige para mostrar al descubridor pensando en el Paraíso Terrenal, en vez de inducir serenamente la novedad ante la cual se hallaba, no es una prueba del juicio que formula. Si es verdad que Colón, al ver el Orinoco, corrió tras su quimera, no dejó de inducir la causa del efecto que veía: la relación entre la masa de agua de un río en su desembocadura y la longitud presumible de su curso. Cierto, se le escapó el valor esencial de su hazaña. Pero si como geógrafo estuvo por debajo de la oportunidad que el destino le deparó, en otros aspectos de la ciencia mereció el título de descubridor con más derecho que en la disciplina que le sirvió para conquistarlo con tanta parte de suerte como de capacidad.

Según Alejandro de Humboldt, Colón conoció antes que Pigaffeta los medios de hallar la longitud por la ascensión directa de los astros. Y no se le ocultó

“ni la configuración de la tierra ni el aspecto de la vegetación, ni las costumbres de los animales, ni la distribución del calor según la influencia de la longitud, ni las corrientes pelágicas, ni las variaciones del magnetismo terrestre.”

No se contentó con hechos aislados; los generalizó. Antes de él se sabía que la aguja magnética no miraba exactamente al norte, y tenía ligera inclinación al nor-este. “Colón fué el primero en observar que al Oeste de las Azores, la variación misma variaba, y de nor-este se inclinaba al nor-oeste”. Y luego de enumerar los cinco o seis puntos fundamentales en que el descubridor hizo adelantar la ciencia de su tiempo, Humboldt dice que en ello “ejerció afortunada influencia la sagacidad de Colón y la admirable exactitud de su juicio”.

Si quisiéramos dar relieve a nuestra crítica de Pereyra, podríamos imitarlo haciendo una paradoja opuesta a la suya, y decir que la grandeza de Colón puede probarse sin tener en cuenta sus insuficiencias como geógrafo, o sea el oficio que le dió fisonomía propia en la perspectiva histórica. La gloria del descubridor consiste en haber descubierto un nuevo mundo. Y él no lo supo. Pero no habría podido llegar a ser aquello que lo define, de no haber tenido la capacidad que exhibió antes de la empresa, para conseguir los recursos que le permitieron realizarla; y después, para deducir de ella los máximos frutos que estaban al alcance de su cultura, en lo que no fué superado por ninguno de sus contemporáneos y continuadores. Si Colón es una rueda en un engranaje colectivo, de la evolución histórica que culminó en el descubrimiento, los que aprovecharon su obra de precursor para perfeccionarla fueron otras tantas piezas del mecanismo, y entre ellas no aparece ninguna más grande que la marcada por su nombre.

La actitud de Pereyra ante el descubridor no se basa exclusivamente en los datos del caso que ofrecía la personalidad de Colón. Obedece a su concepto mismo de la historia, la que según él

“no es el resultado de los designios inteligentes de la humanidad. La historia se trama en un telar movido por fuerzas extrañas a la influencia de los hombres y por un maestro que no les consulta. Ellos concurren a la obra creadora, pero lo hacen sin conocer los medios, y casi nunca los fines de su intervención.”

No es posible entrar aquí en la filosofía de esta ciencia. Pero no podemos menos de señalar que la afirmación de Pereyra, hermosa en la forma, y en parte verdadera por su fondo, descuida un factor tan indudable en la evolución de la humanidad como la Providencia o el “fatum” o el juego de ciegas fuerzas sociales a que él alude, a saber: la libre voluntad del hombre, que cuando es esclarecida por la inteligencia deja su huella no menos indudable en el destino de la especie a que pertenece.

La obra colonizadora

La otra tesis fundamental de Pereyra, que debemos examinar aquí, es la relativa al Imperio Español. Como más importante, y más profusamente expuesta, es más difícil de circunscribir que la anterior. Sus principales aspectos se refieren al estilo de la colonización española, a la diplomacia de los Austrias, a los conceptos económico-financieros de los españoles en relación con el desarrollo del imperio, a las reacciones del pueblo peninsular frente a la política dinástica, a las repercusiones que ésta tuvo en el espíritu español y la opinión europea, etc. La riqueza de observaciones originales, de juicios acertados o profundos, de grandes síntesis que el escritor mejicano prodiga sobre todos estos temas, es tal que explica el deslumbramiento que sufrimos al advertirla por primera vez y la dificultad de una serena apreciación crítica. La comodidad con que Pereyra se mueve en medio

de los problemas que hasta la aparición de sus libros parecían los más árdulos, es impresionante. Y a la impresión que dejó en nosotros a los veinte años se debe la disposición que desde entonces sentimos a considerar más favorablemente que nunca la obra de España en América.

Como en el caso del descubrimiento, en el de la colonización, Pereyra ha visto una empresa eminentemente popular, no dinástica; y creadora.

"tanto por lo relativo a la incorporación de las poblaciones indígenas en los grupos conquistadores, cómo por la exacta identificación de las nuevas sociedades con la sociedad española."

Por sobre las diversidades de razas puras y mezcladas, de Europa y América, agrega, aparecen en la población colonial

"convergencias tales que llevan al creciente predominio de un grupo común y armónico de caracteres superiores."

Si estas concepciones, definitivamente adquiridas por la historiografía del asunto, son originales de Pereyra, o su originalidad radica en la forma aguda y penetrante que las dió, no podría asegurarlos. Pero, de todos modos, de él las tomamos; y a él se las debemos agradecer.

Si pensamos en la época que escribió la parte fundamental de su obra, aquellas décadas de la primera conflagración mundial y su borrascosa post-guerra, en que se pretextó pelear y se dijo querer hacer un mundo seguro para la democracia, asombra la libertad de espíritu con que Pereyra juzga el pro y el contra de la acción monárquica en la fundación imperial española y la empresa colonizadora. Luego veremos que no era porque admitiese como un admirador la gestión de los Austrias o los Borbones, a quienes prodiga críticas, unas veces fundadas y otras no. Sino porque se había despojado del formalismo político que oscurecía la visión de sus principales contemporáneos. Su falta de prejuicios para censurar o alabar los aciertos o errores de unos y otros

elementos sociales, que colaboraban en la magna empresa nacional desarrollada por España desde el descubrimiento de América hasta la cabal organización de un imperio en el siglo XVIII, es admirable.

El problema económico

Desde las primeras páginas de su libro sobre *El Imperio Español* sale al encuentro de uno de los lugares comunes más difundidos en la materia, el mismo al que en definitiva tratará de dar el valor de un concepto elaborado racionalmente. Me refiero al que atribuye la perniciosa orientación de la economía española a los reyes durante aquel período, cuya sed de metales preciosos, y cuyo extravío al malgastarlos en guerras extranacionales, serían la causa primordial de la decadencia imperial.

Pereyra dice inadecuada la explicación. Muestra las contradictorias exigencias del espíritu público, al notarse los primeros síntomas del malestar económico causado por la conquista: a saber, que por un lado se pedían facilidades para la importación, con el objeto de abaratar los consumos, y por otro, que se retuviesen en el país los metales preciosos. Agrega que las Cortes no daban representación a los productores, sino únicamente a los consumidores, lo que explica la pretensión manifestada en una de sus sesiones parlamentarias, de que se prohibiese la salida de mercancías elaboradas en España, con destino a las Indias. Pretensión que no fué satisfecha. Pero que según lo dice Pereyra con razón, ya era mucho, que se manifestara.

Con máxima imparcialidad, prueba que

"en 1525, Carlos V intentó suprimir el monopolio sevillano, pero la opinión pública fué contraria al proyecto que la Corona pretendía reeditar parcialmente en 1529."

También muestra que

"las Cortes de 1520 habían manifestado de una manera explícita el temor de que se alterase el asiento del monopolio establecido en Sevilla."

Igualmente prueba que las restricciones al comercio de ultramar fueron tales que, de hecho, equivalieron a una prohibición; que entonces quedó reglamentado el servicio de flotas anuales, y se redujo el comercio a un solo puerto de salida y de arribada. España perdió, según Clemecín, "la ocasión de elevarse a un grado indefinido de riqueza y prosperidad".

Y Pereyra comenta:

"Esto no se hizo por disposición autoritaria de la realeza, sino por petición de los representantes legales de la nación, reunidos en Cortes. Con este golpe no sólo se mató la industria de España, no sólo se limitó su agricultura, no sólo perdieron importancia los ganados, sino que se preparó la ruina total de la monarquía, entregando al tráfico marítimo los navieros de otros países."

Esas disposiciones habrían sido nulas contra una tendencia pronunciada de expansión económica. El monopolio a favor de Sevilla, medida que se cumplió, trabó al desarrollo naval, y la expansión industrial que pudo haberse relacionado con aquél.

Asimismo refiere Pereyra que en las Cortes de 1559 a 1560 señalóse la decadencia naval. Pero con un sentido puramente continental, es decir restringido, del problema, pedían el amparo de las costas españolas, pero no un desarrollo imperial de la marina:

"La solidaridad económica no entraba en el sentimiento dominante, o digamos más bien, no aparecía en la conciencia pública, aun siendo, como era, popular el hecho de la expansión."

Y luego de larga censura a Felipe II por el absurdo de un imperio universal, buscado sin superioridad marítima, reconoce que el monarca quiso fomentar la construcción de barcos, pero que el monopolio sevillano estorbó la realización de sus buenos propósitos.

Entre la política confiscatoria, y el cierre de los puertos españoles al tráfico mercantil con las provincias ultramarinas, la ruina de la península se consumó sin que el pueblo lo comprendiera y la monarquía lo remediara.

“Se acusa a España —dice— de haberse reservado el monopolio del comercio ultramarino, es decir, se la acusa de haber hecho lo que hicieron Inglaterra y Holanda en sus colonias; pero precisamente la ruina de España viene de que no hizo eso mismo que se le reprocha, y de no haberlo hecho porque su política excluía toda posibilidad de llegar a semejante resultado... los efectos producidos en breves años por el comercio libre, no hacen sino comprobar los negativos de la restricción durante dos siglos. Esta restricción moldeó al imperio de España, o más bien lo atrofió, y uno de los impulsos pujantes de la historia quedó esterilizado por la acción de un monopolio secular de mercaderes.”

El estancamiento naval, fruto del monopolio, fué dejando a España cada vez más en inferioridad de fuerzas marítimas, y separada de sus dependencias ultramarinas, que siguieron fieles mucho después que la nación conquistadora había quedado impotente para mantenerlas sujetas. Con este motivo, Pereyra examina de modo magistral el tema de la crueldad atribuída a España por sus afortunadas rivales en la disputa de la preponderancia como causa congruente de la ruina española. Ante todo recuerda imparcialmente la base fundada de esas acusaciones, las quejas que prominentes personajes del país acusado expresaron en diversas oportunidades sobre los desastres provocados por el incesante guerrear. Pero en seguida apunta que

“si la violencia explicara la extensión de los dominios de España, no se comprendería por qué la misma causa produjo en unos casos adhesión y fidelidad, mientras en otros su resultado se vió en rebeliones irreprimibles.”

Y cita la opinión de un francés que historió la monarquía bajo el reinado de los Felipes, que reza como sigue:

“Parecía reservado a los españoles del siglo XVI por favor especial, el don de conservar su autoridad, una vez que la establecían sobre los pueblos conquistados, sin valerse del terror de las armas. Los virreyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, los gobernadores del Milanesado, del Franco Condado y de los Países Bajos, y los virreyes de Méjico y el Perú, prodigaban a sus inferiores la noble familiaridad, que no excluye la obediencia y el respeto, cualidad preciosa heredada de los moros con una parte de la sangre que corre por sus venas, y que jamás han conocido los ingleses y los franceses.”

Dejo por cuenta del historiador extranjero la atribución al origen moro de aquella cualidad que alguna vez llamé la fundamental urbanidad de la raza. Pero la comparación de su esencia con lo que mostraron las naciones rivales de España en el imperialismo, es irrefutable. Para reforzar su tesis, Pereyra se refiere a la rebelión de los Países Bajos, hecho que podría parecer contrario a la misma. Y muestra que allí también el dominio español fué acatado a la larga en las provincias del sur, donde la diferencia de religión no volvió irreconciliable la disputa por la autonomía y los intereses económicos.

“Las siete Provincias Unidas —escribe— rechazaron el catolicismo; las diez meridionales lo conservaron, pero rechazaron la Inquisición española. Su adhesión condicional fué aceptada... Lo que hubo, pues (de parte de las irreductibles), no era oposición a un poder español, sino tendencia a asegurar y extender la supremacía religiosa... Bajo la fuerza expansiva de la religión, se escondía la oceánica de Amsterdam y Flesinga contra Amberes, heredera de Brujas. Automáticamente las diez provincias católicas y meridionales buscaron el apoyo de España contra las amenazas absorbentes de las Provincias Unidas. El poderío militar español tendía a restablecer un equilibrio que se había roto en los Países Bajos, por virtud de la supremacía naval de las provincias del norte... España sirvió de pararrayos, y atrajo sobre sí todo los odios del norte de Europa, después de haber consumido sus recursos y derramado su sangre durante un conflicto casi secular en el que nada podía ganar y todo lo comprometió.”

La lucha por la fe

En la parte final de la frase, Pereyra vuelve al tema con que inició su examen del imperialismo español, el de las guerras de proselitismo religioso, que dijo inadecuadamente planteado por otros. Por opuestos caminos, él llega a la misma conclusión. A saber, que la principal causa de ruina fué para España la lucha por la unidad de la fe, en las que habría consumido los recursos metropolitanos y coloniales, extraviada por la dinastía extranjera de los Austrias. La página en que el escritor resume con más vigor su tesis es la siguiente:

"España tenía solidaridad interna; pero una solidaridad negativa, por deficiencias de la acción coordinadora del Estado, o más bien por atrofia del Estado, bajo el peso muerto de la dinastía. Menos aún podía dudarse de la solidaridad entre España y las provincias de ultramar; pero tampoco podía hablarse de unión positiva entre la una y las otras, ya que el centro de coordinación no sólo las mantenía dándoles la espalda, sino que, por repercusiones inevitables, toda la política, que era de inútil desgaste en Europa, era, a la vez, de aislamiento, daños y peligros para los países americanos. Así se esterilizaron, simultáneamente, el esfuerzo de asimilación interna de la nación más populosa de Europa y la obra de expansión colonizadora más vasta de cuantas había registrado hasta entonces la historia de la civilización."

La evidencia de esta página parece deslumbrante. Y no niego que en aquel primer momento que leímos a Pereyra, quedamos escandalizados, como por el resto de sus inquisiciones sobre el Imperio Español. En los treinta años transcurridos, el estudio y la reflexión nos permitieron recuperarnos, para examinar su tesis con la misma frialdad y espíritu crítico de que nos diera tan supremo ejemplo.

Para decirlo en pocas palabras, la primera objeción que se presenta es la de que si la sociedad española que se halló ante el problema de organizar el vastísimo imperio que el destino le deparaba, cometió errores económicos y políticos tan garrafales como, por ejemplo, no comprender las exigencias de la producción, la moneda o el comercio imperiales, ni las de la superioridad naval indispensable a la lucha por la preponderancia, no se pueda dar al factor religioso el influjo decisivo que Pereyra le atribuye. ¿Quién aseguraría que de haber tenido España una noción más clara de las soluciones en aquellos terrenos, no habría triunfado en lo que aparentemente fracasó? ¿Y que un triunfo rápido en sus luchas por la unidad de la fe no le habría ahorrado el desgaste por motivos ajenos a su interés particular a que se atribuye su ruina?

Por otro lado es injusta su conclusión final contra la dinastía extranjera, como responsable de lo que llama extravío nacional en las guerras religiosas. Sin duda, su demostración de que los Austrias persuadieron a los españoles de

la bondad de la lucha por la fe, parece concluyente. Pero, ¿no reconoce él mismo que en eso, como en todo lo demás, la orientación no fué impuesta autoritariamente? ¿Que la monarquía nada pudo contra los prejuicios nacionales en los otros aspectos decisivos del problema? La responsabilidad es pues, colectiva. Y, si puede decirse, mayor la de los reyes que, sobre todo en aquel tiempo, eran órganos oficiales de la colectividad, no hay elemento social, por preponderante que sea, capaz por sí solo de extraviar a una nación entera, consciente de sus verdaderos intereses, o de salvar a la que no lo sea. Si la monarquía fracasó en persuadir a los españoles que suprimieran el monopolio sevillano, o que no construyeran más barcos, y en cambio logró que la acompañaran a guerrear por la fe en toda Europa, tal vez se debió a que el camino de la gloria militar era más visible que el de la prosperidad comercial o el de la lucha en el mar. Pero ¿no sería también porque era más accesible que ningún otro tema de discusión pública al espíritu español, acendrado en los ocho siglos de la guerra contra el moro?

Finalmente si el agnóstico que era Pereyra cuando expuso la tesis que discuto, podía dar de barato la lucha religiosa, hoy tal vez no ocurriera lo mismo, aunque no hubiese recuperado la fe de sus mayores. Pues como lo hemos visto en nuestros días, tanto los indiferentes en materia religiosa como fieles de credos heterodoxos, reconocen el resultado benéfico que tuvo para el mundo la acción española en favor de la ortodoxia católica. Aldous Huxley escribió hace mucho, antes de su actual evolución espiritual, que la única nación europea que haya incorporado a nuestra civilización un país asiático, fué España en Filipinas. Y Toynbee acaba de reconocer que si España hubiese prevalecido sobre Francia e Inglaterra en la lucha imperialista de los últimos siglos, el mundo no conocería el racismo, y habría resuelto la coexistencia de las diversas razas humanas mucho mejor que en la solución alcanzada por los triunfantes anglo-sajones.

En suma, no parece aceptable la tesis de que la lucha por la fe haya sido inútil. Ni su corolario, de que fué factor decisivo en la ruina de España.

La perspectiva de la decadencia

Lo que ocurre es que Pereyra, con toda la buena voluntad que en aquella época de su obra fundamental mostró hacia lo español, no supo evitar la falsa perspectiva en que se colocaban, y en su mayoría siguen colocándose, los estudiosos de la empresa hispánica. Por haber sido rival de Inglaterra y Francia, el caso de España rara vez se considera en sí mismo, sino en comparación con los de las naciones que habían prevalecido sobre ella. Como aquéllas no habían decaído, jamás se presumía que pudieran decaer en un plazo aproximado al historiador que razonaba sobre la decadencia de España. Y en ésta se buscaban por consiguiente las causas de ruina antes que una explicación racional de la grandeza que alcanzó en su apogeo. Nuestra perspectiva ha cambiado, con los cambios producidos en el mundo en nuestra época. Hemos visto pasar del primero al segundo o tercer rango a Inglaterra y Francia; achicarse sus imperios, disminuir su preponderancia política en los países semi-coloniales, volatilizarse sus créditos financieros diseminados en todo el mundo; en suma, las vimos decaer sin perspectivas inmediatas de recuperar el lugar que ocupaban en el concierto internacional. Por poco que la pasión política informe la investigación, las historias de Francia e Inglaterra pueden convertirse de un momento a otro en los catálogos de errores que suelen ser las historias de España, aún las escritas por los autores mejor intencionados. Pero mientras el espíritu científico siga viendo las cosas como son, ninguna evolución actual o ulterior nos persuadirá que la grandeza francesa del siglo xvii al xviii, o la inglesa del xix al xx, no fueron felices experiencias políticas, una vez descontadas

sus naturales imperfecciones inherentes a todas las obras del hombre.

¿Por qué no aplicar a España el mismo enfoque? ¿A qué tanto averiguar las causas de su decadencia, y no las que entre los siglos XVI y XVII le dieron el lugar eminente que ningún otro país ocupó en el mundo moderno? Pese al inevitable error señalado en Pereyra —quien no tenía alrededor de 1920 la experiencia que nosotros tenemos alrededor del 50—, el gran historiador mejicano trazó un cuadro magistral de acción positiva de los españoles en el mundo.

Su *Obra de España en América* y su *Breve Historia de América* satisfacen por adelantado las exigencias del criterio expuesto más arriba. Apenas enturbiados por los problemas metodológicos que introducen desarmonías en sus libros fundamentales, los dos últimos son diáfanas exposiciones de la gran empresa que permitió a los hombres de nuestra raza conquistar el mayor imperio conocido y dar al mundo el estilo de vida que tuvo cuando ellos preponderaron. El citado en segundo término es su obra maestra, por lo menos en su primera parte. Pues si bien la historia de los países americanos independientes —tal vez debido a la dificultad de la materia— es inconexa y mal elaborada, la del régimen colonial me parece insuperable.

La actitud argentina

Para mí, como argentino, el examen de la obra de Pereyra quedaría incompleto si no señalase su rara situación en nuestro país. Era de los más grandes escritores hispano-americanos. Y, sin embargo, de los menos conocidos. No le valió ni su afiliación oficial al marxismo —que a tanto mediocre hizo las veces de talento— para conquistar la fama a que tenía derecho por el sólo mérito de sus dotes literarias.

Es que la interpretación económica de la historia hispanoamericana con que el escritor mejicano empezó su ca-

rrera, conmovía en sus cimientos la mole de prejuicios que domina la vida colectiva de nuestros pueblos. Su análisis de *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática* ponía en evidencia la vaciedad de casi toda nuestra ciencia constitucional, si exceptuamos algunas páginas de Alberdi relegadas a un olvido injusto. Su denuncia del *Mito de Monroe* enumeraba los desastres que nos acarreó una superstición diplomática ingenuamente sustituida a la política internacional que debimos tener y no tuvimos. Su *Rosas y Thiers*, su *Pensamiento político de Alberdi*, su *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*, chocaban demasiado crudamente con la interpretación recibida sobre la historia de esta región del mundo. Y, claro está, sus libros —no sólo aquellos, sino todos, aún los que nada tenían que ver con la Argentina— fueron puestos en el Índice de libros prohibidos por el régimen entonces imperante. Aunque tácito, ese *Index* es mejor obedecido que el de la Congregación romana que nos sirve de parangón.

Tan ajeno estaba, sin embargo, Pereyra a nuestros pleitos de familia, tan objetivo era su análisis de nuestros problemas históricos, que en sus diversos estudios sobre el Río de la Plata es observable cierta fluctuación de criterio en el pasaje de uno a otro asunto. Por ejemplo, el *Rosas y Thiers* es favorable a los federales. *El pensamiento político de Alberdi*, favorable a los unitarios. Para el primer estudio, Pereyra se ha basado principalmente en los documentos diplomáticos referentes a los conflictos internacionales de la Confederación, con Francia en 1838, y con la coalición anglo-francesa desde 1845 hasta 1849. Para el segundo se ha basado en las obras de Alberdi y en las *memorias* del general Paz. De donde resulta cierta confusión en sus juicios definitivos sobre las dos tendencias fundamentales de nuestra historia, pero también su preocupación de imparcialidad, su afán de oír a las dos partes.

De nada le valió. Había tocado cosas intangibles, pues-

to las manos en nuestros ídolos. Pese a su evidente pasión por lo nuestro en cuanto hispanoamericano, a su patriotismo continental, tomado del que tuvieron los libertadores, no faltó quien lo dijera enemigo de la Argentina. El juicio era una definición del juez más que del ajusticiado.

¡De qué bellezas se privó entonces al gran público de nuestro país! El gran escritor mejicano es de los más conspicuos en esa pléyade de estudiosos que contribuyeron a destruir la leyenda negra forjada contra España por el mundo moderno, es decir, por su enemigo.

Rehabilitación de Hispanoamérica

El valor que en esa tarea colectiva tiene el aporte de Pereyra se debe en buena parte al criterio con que se inició en ella. Al final de su vida, cuando se hubo reintegrado a la fe de sus mayores, no habría tenido nada de extraño que su concepción de la historia universal adjudicara a España un papel preponderante, puesto que España y el catolicismo se llevaron siempre bien. Pero cuando Pereyra empezó a combatir la leyenda negra era un adepto de la segunda internacional, y sus razones a favor de la madre patria no tenían nada que ver con la Religión romana.

Pereyra admiró a España por su obra en América, por la conquista de las rutas oceánicas, por esa labor científica de exploraciones y descripciones llevadas sistemáticamente, durante siglos, con grandiosa perseverancia, por una sola nación, y que dió por resultado la unidad física del globo. La admiró por la población con nuevas gentes, nuevas plantas, nuevos ganados, nuevas industrias, de todo un continente, en escala jamás superada por otra nación colonizadora; y por la organización de ese continente en sociedades tan civilizadas como las del antiguo, con un ímpetu creador jamás igualado. La admiró por el funcionamiento de algunas instituciones suyas, como aquel almirantazgo español, que sirvió de modelo a las naciones sucesoras de España en

la supremacía mundial. Pero sobre todo la enorme parte de pasión científica y desinteresada —o interesada por modo esclarecido e indirecto— que advirtió en los viajes de descubrimiento, en las expediciones de colonización, en el afán humanitario de sus códigos legislativos, le dieron el hilo para llegar a conclusiones más exactas sobre los complejos móviles de la conquista española en América.

Sin duda el marxista que era cuando inició su examen, no podía creer en el absoluto desinterés de esa conquista —como de ninguna otra—. Pero el incomparable esplendor de la tarea científica realizada por España, paralelamente con su afán por satisfacer ambiciones materiales, le abrió los ojos sobre la superioridad de aquélla, frente a sus rivales en la misma tarea.

Y de ahí a revisar fundamentalmente el examen comparativo de unas y otras naciones en la actividad similar, no había más que un paso. Que Pereyra dió con toda gallardía. Así vino su rehabilitación de la Historia Hispanoamericana. Pero rehabilitación basada, no en la ñoñería del preconcepto tradicional, sino en razones de una novedad y una pertinencia admirables. Primero los caudillos españoles, los Cortés y los Pizarro; luego los caudillos criollos, Bolívar y Sucre, Rosas y Francisco Solano López, ramas de la misma planta ibérica, trasplantada o aclimatada en América, y que por el vigor o el brillo, el acierto o la recta intención, nada tienen que envidiar, en lo que se refiere a cualidades individuales verdaderamente superiores, a los diversos tipos de la planta humana en otros lugares.

Cierto, alguna vez la artificiosidad del género de los paralelos históricos llevólo a exagerar la exaltación de Bolívar frente a Washington. Y aunque tenía razón desde el punto de vista aludido, de la personalidad, se equivocaba si comparamos los resultados adquiridos por uno y otro, punto de vista que no podemos descuidar, ni nos conviene menospreciar. En los últimos años de su vida, Pereyra nos dió una

Juventud legendaria de Bolívar, por desgracia no completada con un estudio del libertador como tal, pero cuyo equivalente inconcluso quisiera tener sobre alguno de nuestros héroes. Porque sólo desembarazados de los adornos parásitos con que los abruma el ditirambo patriotero, el argumento de autoridad, el nacionalismo de palabra, la retórica eterna, podemos aceptarlos como exponentes de una humanidad superior, como los héroes que necesitamos para formar nuestros espíritus sobre el ejemplo de sus virtudes y el rechazo de sus defectos. La rigurosa crítica de Pereyra nos deja tranquilos y satisfechos; descartada toda leyenda y toda parcialidad de clan, nuestra América tiene grandes hombres —no, claro está, en todas las variedades de la grandeza, como tampoco los tienen los otros grupos humanos— comparables a los del resto del mundo.

Maestro de historiadores

Formado su pensamiento en Marx (su primera afiliación política y sus modalidades intelectuales lo dicen) y en Maurras, Pereyra es un dialéctico formidable.

El marxismo es muy adecuado para interpretar la historia americana, pues nuestro origen colonial da un carácter marcadamente económico a nuestros Estados. El maurrasismo, no obstante su profesión de un empirismo positivista, encierra elementos de valor universal sobre la naturaleza de la política, y puede ofrecer, si no una teoría perfecta de esa actividad espiritual, enseñanzas sin las cuales nos deja Marx y una escuela de metodología como no hay otra en la época contemporánea.

Con tales maestros no es extraño que Pereyra exhibiera aquella destreza en la argumentación, aquella sutileza de raciocinio, aquella objetividad para exponer el pro y el contra de todos los asuntos, que dieron tanta fuerza persuasiva a sus novedosas demostraciones.

Pereyra fué en la tercera década de este siglo, el mejor

maestro de historia para los hispanoamericanos. Y dudo que pueda ser reemplazado con ventaja. Su obra en conjunto ofrece la mejor clave que hasta su aparición en las letras hispánicas hubo para conocer nuestra estructura material y moral. Leyéndolo, ni los acontecimientos del día nos tomaban de sorpresa.

Su serenidad de espíritu era tan suprema, que vale la pena ilustrarla con un ejemplo. Aludí más arriba al error cometido por él al subestimar la personalidad de Washington, en comparación con la de Bolívar; atribúyase su error a lo que se quiera, lo seguro es que no se debió al chauvinismo de impotentes y resentidos que suelen exhibir los ciudadanos de algunas desafortunadas naciones hermanas. Nada sería más explicable que el odio perturbara el juicio de un mejicano al tratar la personalidad del héroe máximo norteamericano. Al fin y al cabo, Norteamérica le robó a Méjico la mitad de su territorio; y que los mejicanos lo recuerden, es más natural que, por ejemplo, nuestro amor a todos los pueblos que nos hicieron algo parecido. Pero sería lamentable que un gran espíritu como el de Pereyra no se hubiese sobrepuesto al resentimiento que, sobre estar condenado por el precepto que manda perdonar las ofensas, puede causar mayores males que los que recuerda. No. Pereyra no fué un resentido. Su error sobre Washington fué intelectual, no sentimental. Que no le era aplicable el dicho de Dante sobre aquellos que "la raggion sometteino al talento", lo prueba precisamente su librito sobre la guerra de 1847, *Tejas*, crítica despiadada del patriotismo verbal de los mejicanos que clamaban por la guerra contra los Estados Unidos, al discutirse la segregación de aquella ex provincia mejicana, entre los representantes de Polk y Herrera, y cortaron toda posibilidad de arreglo, atrayendo el desastre para después mostrarse incapaces de afrontarlo.

Por el contrario, el sufragio que da a la resistencia de Rosas contra las intervenciones europeas prueba que su pa-

triotismo hispanoamericano lamentaba las pretensiones descabelladas de los unos, y exultaba con el denuedo fundado de los otros.

La lección del método

Como la de todos los grandes maestros, su mejor enseñanza no está en las conclusiones que expuso, sino en el método que nos legó. Este seguirá iluminándonos, cuando aquellas hayan sido superadas por los descubrimientos de la investigación y los nuevos puntos de vista que la evolución histórica aporta sin cesar. Diré con franqueza que nuestra generación no se detuvo en el estudio de nuestra América, donde lo había dejado el maestro; y creo que lo enriquecimos con tesis que lo hicieron adelantar, pero que no estaban al alcance de Pereyra, pues, sobre los puntos a que ellas se refieren, le faltó la experiencia vivida que nosotros tenemos. Pero es indudable que ese adelanto no se concretó hasta hoy en una obra literaria tan vasta, tan armónica y bella como la del gran escritor mejicano. Y si pensamos que él la había completado alrededor de sus cincuenta años, a la vez que redobla la admiración agradecida que le profesamos, aquella consideración debe servirnos de incentivo para aumentar nuestra actividad.

Los últimos años

La vida de Pereyra acabó en un exilio que, si alguna vez fué forzoso, supongo que al final se había convertido en voluntario, pues otros de sus compatriotas ilustres que habían emigrado como él, regresaron a su país. Pese a que la lucha religiosa provocada por sus ex-correligionarios marxistas se había calmado, el clima de su patria, después de la tormenta, se le había hecho irrespirable. Nunca le olvidó, desde que toda su obra y toda su vida eran acción mejicana, acendrada en la conciencia esclarecida de un patriotismo continental e hispánico.

Sus estudios, que jamás cesaron, y por el contrario siguieron calando más hondo día a día en la esencia de la raza, cuanto más parecían alejarse del tema nacional, siempre podían revertir a él por un lado o por otro. Libros publicaba pocos en sus últimos años. Pero las revistas españolas, y alguna argentina, como por ejemplo *Criterio*, mostraban su atención siempre vigilante sobre los problemas del pasado o la actualidad que habían estimulado la más intensa actividad de su espíritu.

No han llegado a mi conocimiento sus principales trabajos de esa última época de su vida. No podría decir cuáles fueron sus reflexiones sobre el drama en medio del cual le sorprendió la muerte, drama cuya magnitud oscureció la importancia de la pérdida que sufríamos con su desaparición. Podemos imaginarlas, sin embargo. Vió la caída de Francia, cuya acción en América había mostrado como desdichada, pero por la que no podía menos de experimentar simpatía intelectual. Adivinó, sin duda, la inminente derrota de Italia, y tal vez tembló de que España fuera arrastrada por sus compromisos con el Eje, al torbellino en que habría zozobrado. Si tuvo conciencia de su próximo fin, pudo creer que su agonía personal sería acompañada por la del mundo latino a que él pertenecía. Pero su labor intelectual de medio siglo había contribuido a la recuperación espiritual de esa madre patria que le daría sepultura, recuperación que permitió a España superar las dificultades que un mundo adverso le opuso entre el fin de la segunda guerra mundial y nuestros días.

JULIO IRAZUSTA

Norteamérica, de- mocracia, Europa



Si tratásemos de investigar las causas que justifican la excepcional importancia de la batalla electoral pasada, no guiados por un criterio anecdótico, ni tampoco por un mal sano historicismo que se fragua en la alquimia de la estadística o en un gabinete de fósiles, sino como fieles escrutadores de los síntomas que la ciencia política cataloga, tendríamos este resultado. Fundamentalmente han contribuido a dar una trascendencia inigualada (en las lides electorales, naturalmente) a los resultados del 4 de noviembre, los factores que siguen: el afectar a la suerte política (entendiendo la política como gestión de la comunidad) de una “superpotencia”; de un poder “hegemonon” cuya actividad irradia influencia y sometimiento; por la honda significación teórica y vital que tiene para proceder a un diagnóstico del “estado moral y espiritual” que presenta la democracia; la repercusión que implique en una empresa de alto vuelo humano —y que estamos malbaratando con uno de tantos “slogans” como es el del simple anti-

comunismo— la orientación de las fuerzas conservadoras norteamericanas; la expectativa europea, de una Europa que necesita urgentemente “encontrarse” y a la que motivaciones y directivas, que le son ajenas, le vienen pesando como fría carga y trastornando como si se le hubiera introducido un cuerpo extraño. Tratemos de precisar y ahondar en las consideraciones que hemos dejado apuntadas.

Oligarquías internacionales

Ya en el siglo XIX (pudo hacerse lo mismo desde 1648) los especialistas en Política y Derecho internacional anotaron un cierto carácter oligárgico que comenzaba a informar la Sociedad internacional. Con el correr de los años este apunte se ha transformado en cuadro vivo de una pobre humanidad. Hoy podemos afirmar que vivimos un gobierno de oligarquías internacionales, de fuerzas mundiales, que no siempre tienen formato estatal. La polarización de poderes, trenzada en torno de Washington y Moscú, ha epilogado dramáticamente una representación que se prologó en Westfalia un tanto físicamente.

De hecho, todos los países (con una cierta reserva respecto de la Gran Bretaña) viven implicados en el juego de esos inmensos poderes. Anudadas a Rusia, las “democracias populares” se ven impelidas por cursos históricos que no son los suyos y su reacción suprimida con la utilización de todos los medios que una nueva técnica del poder pone en manos del gobernante. Dependiendo de los EE. UU., los llamados pueblos occidentales y cristianos trazan sus programas políticos, más con los ojos puestos en la “Casa Blanca” que en la realidad nacional que les circunda.

En un día, ya lejano, los embajadores que salían de las Cortes de Madrid y París eran emisarios que portaban órdenes y directrices a todo un mundo. En la actualidad el tipo de heraldo ha cambiado, sus procedimientos son distintos

y sus formas más persuasivas (la ironía tiene un natural parentesco con la angustia).

Una "superpotencia", un poder hegemónico se caracteriza por su ascendiente sobre una serie de pueblos que le están más o menos sometidos. La política de una superpotencia tiene caracteres de política internacional y no de simple gobierno doméstico. Una "superpotencia" es como el astro central de un sistema planetario en torno del cual —y reflejando sus actitudes y movimientos— se desplazan infinidad de saturnos. El Hegemon no sólo influye con sus decisiones políticas, sino con su propio sistema de valores. Sus concepciones, sus sentimientos, sus preferencias, su cultura, constituyen los ingredientes que cristalizan la situación de "prepotencia" que se irroga y pretende hacer valer.

El hombre tiene una patológica propensión al mito, a la ficción y al antropomorfismo. Los progresos experimentados en las ciencias sociales y políticas no han conseguido proporcionarnos una visión real de los fenómenos sociales. Seguimos manipulando con los Pueblos como si fueran unidades simples y en su seno no latiesen complejidades y oposiciones. Cuando hablamos de las Naciones y de los Estados, incurrimos en el error (muy útil a los gobernantes) de confundir lo que es sólo un sector de la comunidad con toda la "república"; y, así, cada hombre, partido o jefe grita desaforadamente que es la personificación de la Nación. Y de nada vale que un Miguel de Unamuno nos haya dicho que la Nación es más bien el conjunto de los que murieron (pues al morir entregaron a su Pueblo las conciencias y sentimientos); ni que un Lasalle declarase que son las fuerzas vivas las que representan al Pueblo; ni que un H. Heller enseñara que ningún gobierno puede pretender ser el exponente total de la Nación.

Un Estado es, entre otras muchas cosas, una forma de mando político ejercida por una casta dominante (prescindase de ciertas evocaciones que los términos pudieran tener

y no se asuste el lector por las mismas). Lo interesante no es manejar nombres colectivos —de Estados y Naciones—, sino el advertir cuáles son esas fuerzas dominantes. Con la elección del 4 de noviembre se trataba de otorgar el salvoconducto “legal” (el otro, el fáctico, ese ya estaba atribuido; mejor dicho, estaba conquistado) a un sector de la sociedad norteamericana. Son esos hombres (no los Estados Unidos) los que poseen el poder inmenso (es decir, los que lo actualizan); de ahí el inmenso interés de saber quiénes son, cómo piensan y qué intereses tienen (que la valoración de los intereses es cosa de importancia, especialmente cuando se trata de una sociedad supercapitalista).

Todo sistema político, toda forma de gobierno tiene que revalidar sus credenciales ante las nuevas interrogantes que la historia suscita. Los estudiosos de la teoría de los “tipos” en Sociología, como los expertos en la teoría de las “formas de gobierno” en las ciencias políticas, se han cuidado de advertir que es el marco histórico el auténtico campo de experimentación de sus méritos y defectuosidades. Los Estados Unidos han pasado por ser la forma más acabada de la Democracia moderna. El auscultar sus latidos resulta indispensable para cualquier teórico de las ciencias políticas. Y no se me diga que estos temas de la política son problema de arte, intuición, sentido común. Quien esto afirma es ya un hombre perdido para Europa y ganado para Boston o Chicago. En Europa la filosofía del “sentido común” no se cotiza. Y en España, nuestra casta mística nos da excesivas alas para que nos asombremos frente a cualquier hombre “tipo medio”. Y del arte, de la intuición, bueno será saber que el uno se hace grande sobre una técnica y que la intuición es riqueza espiritual, profundidad humana.

Una potencia hegemónica necesita siempre en su estandarte inscribir una cruzada, una empresa de liberación. La “dirección” que dicen poseer los Estados Unidos (y que no niego) reclama sus títulos morales. Si a esto se añade el sen-

tido mesiánico que domina la vida del anglosajón (ya Milton aludió a este aspecto), el espíritu de aventura que su capitalismo en apogeo le brinda, y la especial configuración de su demografía, quedará explicado el tono soteriológico que ha tenido y tiene la diplomacia norteamericana.

Liberalizar al mundo aún encadenado por las fuerzas de la opresión. Elevar el nivel social de una humanidad que gime en tremebunda miseria. Universalizar las libertades estipuladas en Filadelfia. Luchar por un Mundo Libre y Alegre. Estos han sido los pronunciamientos americanos. Nadie puede negar el alto valor de los mismos, ni nadie puede desconocer la alucinación que han producido tales invocaciones en las conciencias de una humanidad atribulada. Así se hizo la guerra del 17, así se ha combatido en 1941, y así se preconiza la diplomacia de la libertad frente a la tiranía bolchevique.

La libertad es un sentimiento, un sentido. La libertad es estilo de vida y configuración mental y temperamental de un hombre. La libertad es riqueza de espíritu y complejidad de intelecto. La libertad es angustia e incertidumbre. La libertad es íntima, recoleta, y no se hermana con la publicidad ni la teatralidad. Acaso una de nuestras mayores equivocaciones (al menos como europeos) haya sido añorar la libertad de que gozan los poderosos norteamericanos.

La frase mágica esgrimida en la actualidad es el anti-comunismo. Nada menos que la batalla anticomunista, la defensa del Occidente, de la Cristiandad es lo que se pone en juego en la diplomacia atlántica, o sea en la norteamericana. Para quien, como yo, es un "personalista" (dejemos los "antis" para los que carecen de propias afirmaciones), superar al comunismo, desplazarle, arrebatarle sus nobles aspiraciones (que también las tiene), romper su fatalismo, etc., es empresa mil veces loable. La consulta electoral norteamericana podía (yo no lo esperé, mi desesperanza nació en fechas ya muy lejanas) aclarar el sentido de esa lucha frente al comunismo (no contra).

La proyección norteamericana sobre la empresa europea ha sido indiscutible. Por vínculos políticos, económicos, militares, etc. Europa ha quedado prendida de la vida norteamericana. Cualquier vicisitud que afecte a ese pueblo se propaga inmediatamente sobre nuestro Continente. Europa necesita de los Estados Unidos para "recrearse", pero Europa no puede triunfar siguiendo a los Estados Unidos. Dicho más correctamente: Europa tiene que influir espiritualmente sobre los Estados Unidos, y los Estados Unidos tienen que ayudar (y no sólo económicamente, pues yo encuentro otras muchas virtudes en Norteamérica que no se cotizan en dólares) a que nosotros volvamos a sentirnos auténticos. En la lucha electoral combatían norteamericanos con mentalidad europea y norteamericanos con reciedumbre extraña a Europa. El resultado de la batalla nos era de sumo interés...

Valoraciones políticas

Examinar minuciosamente los pormenores de la campaña electoral; detenerse en una estimación sobre los múltiples comentarios emitidos y la infinidad de conjeturas lanzadas, pienso que no tiene, en la actualidad, gran interés. Un meritorio trabajo de C. Fernández Ortiz, en el anterior número de ESTUDIOS AMERICANOS, ha hecho conocer a nuestros lectores los detalles y la trama de la disputa librada.

Nuestra pesquisa va dirigida sobre otras pistas. Hay una serie de rasgos, de perspectivas políticas y sociales, que conviene escudriñar muy hondamente. No se olvide que con la política norteamericana la humanidad puede verse afectada muy en lo íntimo. Dejando al margen la publicidad (que sólo nos interesa como síntoma de la mentalidad de una Sociedad) y los juicios sectarios interesados (y sólo Dios sabe la complejidad y bastardía de estos intereses), vamos a limitarnos a poner de relieve una serie de instantáneas que se han cruzado en los meses que precedieron al triunfo del ex-general.

Nos encontramos, nada más comenzada nuestra investigación, con un hecho notable: la mayoría de la Europa Occidental se mostró partidaria del triunfo de Stevenson. Era frecuente leer afirmaciones de este tipo: si Inglaterra votase lo haría en demócrata...; si los franceses tuvieran que resolver la elección lo harían en favor del gobernador... Ansiosos de una mayor concreción, indagando sobre los diversos sectores económicos y políticos de ésta Eurpa, nos encontraríamos con estas precisiones: los grupos de izquierdas se declaraban abiertamente demócratas; las fuerzas sindicales y las masas obreras no dudaban en cuanto a sus preferencias; los medios intelectuales y el catolicismo progresivo francés sospechaban de las consecuencias que pudiera implicar el triunfo de la vieja guardia republicana. También los republicanos tenían sus adalides en nuestro continente; eran los grupos derechistas, los medios rectores del capitalismo y de sus instituciones clave (Banca, Industria pesada, empresas coloniales...); los nostálgicos soñadores de campos de guerra y campañas espectaculares; los anticomunistas radicales (la radicalidad está no en la verticalidad sino en la materialidad de la lucha prevista).

El comunismo domesticado, la Rusia bolchevique hizo todo lo posible por dificultar la victoria demócrata. En las manos de Stalin estuvo el favorecer el triunfo demócrata, pero actuó en sentido totalmente opuesto. Las razones que pudieron explicar tal actitud no eran difíciles de captar para todo el que conoce el sentido de la lucha política que está en juego. Sin embargo, formuladas con anterioridad a las últimas declaraciones de Stalin, hubieran sido calificadas, por muchos, de tendenciosas. Lo mismo que muchos antinazis tuvieron entre sus manos los secretos de la política de Hitler, pues bastaba leer el "Mein Kampf" (así lo indicó Ch. Benoist), los llamados anticomunistas tienen a su alcance las "Sagradas Escrituras del Bolchevismo" y no quieren entenderlas, ni leerlas. De no adoptar esta actitud

de avestruz, sabrían que al comunismo le es fundamental desplazar a su antagonista (al capitalismo) a lo que él considera como fórmulas extremadas y finales. Y estas son las múltiples variantes de reacción con etiqueta totalitaria o dictatorial. El partido comunista alemán combatió a la social-democracia y al centro católico en lugar de oponerse abiertamente a Hitler (Valtin). El comunismo finlandés se opone a gobiernos socialistas y asiente a la dirección de los agrarios. Los grupos comunistas hispanoamericanos luchan contra los socialistas y saludan como "general del Pueblo" a Ibáñez y difunden el justicialismo de Perón. Casualidades, dirán muchos, pero los que así dicen no saben que en el comunismo todo es matemático; por serlo lo es hasta el error.

Stalin quiere actualmente discutir con Eisenhower. Los simples piensan que es debido al pánico que le ha producido el anuncio de planes fulminantes, de actitudes enérgicas. Los que así exclaman son los mismos que comentaron el protocolo Ribbentrop-Molotov como jugada genial de Hitler y reflejo del pavor del Kremlin. Stalin y la diplomacia eslava es mucho más compleja e intrincada que lo que algunos sospechan. Pactar con Stevenson hubiera sido tratar con una opinión pública; negociar con Eisenhower es comprometer los auténticos resortes de la máquina capitalista americana.

Los sectores sociales americanos manifestaron también sus predilecciones. Cierto que no lo hicieron en forma masiva como pudiera haber acontecido en Europa, pero sí con la suficiente consistencia como para poder deducir unas "tendencias" (y la vida social se juzga por las leyes de posibilidad y por tendencias). El gran capital estuvo (como siempre) del lado del republicano. Las altas capas del Ejército eran entusiastas del general (esto se percibió en las reacciones de las fuerzas estacionadas en Corea). Los católicos abandonaron su antiguo credo político y se orientaron en republicanos (especialmente dirigidos por los elementos del

episcopado más influyentes y más reconocidos partidarios de una guerra preventiva). Los sindicatos, la mayoría del medio universitario, la izquierda política (tan mal constituída como ha expuesto "Esprit") no ocultaron su apoyo a Stevenson.

Analicemos los perfiles más salientes de la propaganda electoral. Aquilatemos algunos pormenores de la actitud de los candidatos en su interminable peregrinar por las tierras de la gran República. Eisenhower recurrió a las frases emotivas; insistió en los grandes lugares comunes del patriotismo; evocó viejas virtudes y pasadas glorias; se mostró sensiblero y sonriente. Era el héroe, el gran vencedor, el hombre indiscutible. Y a su servicio una demagogia. Cuando se haga el recuento final de los demagogos, muchos se sorprenderán al advertir que en infinidad de ocasiones tales recursos han sido más bien patrimonio de "derechistas" y "nacionalistas" que de aquellos a quienes se les atribuyó el monopolio en dichas prácticas.

Stevenson era el idealista, el intelectual, el frío calculador de la política. Escuchando a Stevenson se advertía una concepción de la vida y un credo político.

Lo pasado nos ha legado una lección y una orientación. Reflexionemos sobre nuestro inmediato presente. Sería intento descabellado pretender incluir en nuestro artículo la abigarrada muchedumbre de opiniones emitidas después de conocerse los resultados electorales. Nuestro propósito es mucho más modesto. Lo que queremos es elegir aquellos juicios que estimamos más representativos, que están más adheridos a las mentalidades dominantes y a las fuerzas vitales. Debidamente elegidos, presentamos este esquema de comentarios: ha sido más cuestión de personas que de partidos y equipos; se ha reestablecido el obligado turno de partidos, esencial en una Democracia; se ha impuesto el héroe al político. Nada se dice de la desnaturalización sufrida por el partido demócrata. Un silencio sepulcral se guarda sobre el

espíritu que informaba las dos “plataformas” electorales; que sólo son examinadas de acuerdo a la letra impresa, pero no al sentimiento cristalizado ni a las realidades sociales subyacentes. Cuando se dice que los dos partidos efectuaron una aproximación y que las distancias se habían notablemente acortado, se dice una verdad a medias. El partido republicano nada ha cedido y el demócrata se ha desnaturalizado progresivamente desde 1946. Para muchos, lo anteriormente dicho constituye una simple arbitrariedad que yo cometo. Se me replicará, que nadie puede desconocer la existencia de un ala liberal dentro del grupo republicano, que es malicioso ignorar que la vieja política aislacionista ha sido abandonada, etc. Yo no quiero detenerme a discutir la veracidad de tales afirmaciones. Para mí, lo esencial no es que los republicanos hayan alterado su “técnica política”, sus medios de actuación; lo decisivo es que han permanecido aferrados a las mismas concepciones de la vida, a la misma interpretación de la historia, y apoyados primordialmente en las mismas fuerzas sociales de siempre.

Quien ha cedido ha sido el partido demócrata, y lo ha hecho hasta un límite tal, que ha terminado por esfumarse. Y en este sentido séame permitida una arbitrariedad más: acaso el hombre era Stevenson y el partido lo fuera Eisenhower.

Los presupuestos de una Democracia

Los filósofos de la sociedad más notables, los teóricos de la política más avezados y competentes han elevado al rango de axioma esta afirmación: toda forma política para ser viable reclama un supuesto social e histórico perfectamente determinado. El realismo de un Aristóteles o un Burke, el eclecticismo de un Polibio... han concurrido en la defensa de la anterior premisa.

Si hemos introducido estas palabras y juicios en el presente epígrafe, es para evitar que nadie nos estime como

dogmáticos de la Democracia. Por otra parte, ningún demócrata se escandalizaría al escuchar serias reservas e imputaciones a la actual Democracia. Miguel de Unamuno (en su ensayo *Envidia Hispánica*) declaró que las Democracias eran envidiosas por naturaleza. Yo no me atrevo a tanto, pero sí digo que las Democracias son sumamente egoístas e insolidarias. Grave mal éste, que constituye, a mi modesto entender, una de las más profundas acusaciones que hoy pueden hacerse a esta forma de gobierno.

Encuentro en muchas Democracias evidentes manifestaciones de egoísmo. Y es que creo registrar en ellas una notoria falta de virtudes. Esa envidia no es otra cosa que la ausencia de virtudes. La Democracia está enferma de incivismo. Porque los demócratas no sienten lo que significa la ciudadanía; porque las Democracias no comprenden que la civilidad es un valor universal que hay que realizar en verticalidad y horizontalidad, es por lo que asistimos al triste espectáculo de nuestros días.

Cuando siento en mí ser más profundo la amargura de una Democracia mezquina y aldeana, me complace acudir a las magníficas páginas que Montesquieu escribiera en su *Espíritu de las Leyes*. No es Rousseau el inspirador de la auténtica Democracia (más bien fué uno de sus primeros perturbadores) y sí lo es Montesquieu. De la frondosidad ideológica que encierra su libro sólo quiero resaltar un doble postulado: en primer lugar, que toda forma de gobierno reposa sobre un supuesto psicológico, una calidad espiritual, y la Democracia lo hace sobre la virtud; en segundo lugar, que no hay gobierno libre imaginable de no asegurar una división de poderes. Bien se me advierte que la empresa del Estado Moderno reclama urgentes retoques a la concepción que fuera formulada en 1748. No es la materialidad del principio, su técnica, lo que interesa defender; es su espíritu, su finalidad.

Leyendo a Montesquieu y contemplando la situación

de muchas Democracias, llego a la penosa conclusión de que no existen ni virtudes ni división de poderes. Montesquieu no pudo advertir que en un régimen de sociedad capitalista las auténticas virtudes y la división e independencia de poderes podían resultar plantas exóticas.

Si queremos corregir la envidia de las Democracias, atacar en el fondo su egoísmo, necesitamos infundirlas un sentido aristocrático. Lo más urgente para la Democracia es abrir cauce a las rectorías auténticamente aristocráticas. Si hoy leemos con pasión los escritos atenienses o las viriles exclamaciones ciceronianas, es por advertir en ellas la presencia de indudables "padres de la República". La compostura de un ciudadano tiene ya algo de aristocrático. Suprimir en una Democracia la aristocracia del espíritu, del intelecto. Repudiar la ideología y el genio. Defender la filosofía del "sentido común", la política del hombre medio, y habréis terminado para siempre con la Democracia. Aunque resulte paradójico, la Democracia es gobierno del Pueblo prendido en el prestigio de sus varones ilustres.

Norteamérica, país de sentido común, técnico y eficiente. Norteamérica, país supercapitalista y publicitario, no puede jamás constituir el marco para una real Democracia. A. Beguin nos ha deleitado en *Esprit* con unas afinadas y correctas apreciaciones del fenómeno norteamericano, que han servido para afianzarnos en nuestras tesis. Beguin se cuida en declarar que él no siente la más ligera hostilidad por los Estados Unidos; yo me creo obligado a más, yo declaro que en los Estados Unidos hay infinidad de dimensiones que son auténticos filones para una renovación del Mundo. No me cansaré de criticar a los que sólo quieren ver en el norteamericano al banquero o al tratante, olvidándose que cualquier ciudadano americano siente más orgullo por la universidad en que ha cursado sus estudios que por la cuantía que representa su cuenta corriente. Lo que sucede es que esa riqueza espiritual no ha tenido la coyuntura his-

tórica propicia para ponerse de manifiesto, para activarse.

Mounier ha dicho que la Democracia formal no le agrada. La verdad es que la Democracia se ha visto trunca en su ascensión y mutilada en sus realizaciones. Pienso que no es preciso detenerse para poner de relieve esta amputación del credo democrático. E. Carr vislumbró una gran realidad cuando afirmó que la historia sólo había experimentado una Democracia de privilegiados, pero que no había intentado realizar la Democracia de una Sociedad a la que la técnica convertía en Masa. El secreto puede estar en la influencia que sobre el fenómeno político han ejercido las revoluciones técnicas y la esclerosis del capitalismo.

La "Gran Ciudad" de que hablan los existencialistas católicos, esa urbe supercapitalista regida por los libros de contabilidad, por la ley del cambio, es la que ha creado el clima que nos ahoga como personas y como cristianos. Leed a Paul Claudel y veréis hasta qué punto "la ciudad" nos ha convertido en prisioneros, nos ha despojado del alma. El capitalismo pudo tener su "ethos" y su ímpetu aventurero, pero hoy es sólo geometría y filosofía desalmada. Su automatismo y tecnicismo es tan riguroso que no tolera grandes reformas, y, sobre todo, no permite la liberación de la Persona. Es este capitalismo el que sombrea el horizonte norteamericano. El supercapitalismo y el Estado contemporáneo han trenzado una nueva íntima relación: la publicidad. No es que la propaganda fuera desconocida en tiempos anteriores, más bien podría decirse lo contrario a la luz de los datos que la historia del Renacimiento y de la Reforma nos proporciona. Lo que es nuevo es la intensidad y la técnica con la que se dirige esta publicidad. Si el capitalista comenzó a "lanzar publicitariamente" sus productos, ahora lo hace con sus hombres. Releyendo la propaganda electoral norteamericana, llegamos a la penosa conclusión de que resultaría sumamente difícil distinguir entre la publicidad que se hace a un dentífrico, a un astro de la pantalla o a un candidato a

la presidencia. Marx hubiera exclamado que era la sumisión de todos los valores (aun los más preciados) a los moldes y leyes del capitalismo, pero el fenómeno no es tan unilateral y simple.

Esta propaganda produce en las Democracias efectos demoleedores. Si recordamos el fundamento moral y psicológico de esta forma de gobierno; la virtud de que hablábamos, el sereno porte y la sapiencia del tribuno, comprenderemos hasta qué punto este falseamiento de los hechos, esta desorbitación de los personajes, esta auténtica demagogia constituye lo más opuesto a una real Democracia. Se me dirá que otros regímenes hacen uso de la propaganda, mas no es lo mismo. Y no lo es, por no serlo sus basamentos, morales y psicológicos. La grandeza y cortesía de las monarquías reclama ese fausto y admiración que un protocolo y una propaganda puede proporcionar. El carisma de los totalitarismos necesita de nuevas liturgias para ensalzar la figura del nuevo "salvador". La Democracia es algo totalmente distinto o no es nada.

Séanos permitido aprovechar las anteriores observaciones para salir al encuentro de una tesis que se ha impuesto con la fuerza de lo indiscutible. Me refiero a la opinión de que en la elección presidencial el problema ha sido más de personas que de equipos; digo de equipos y no de partidos. Los datos que se aducen en favor de tal juicio parecen abrumadores. Mas téngase presente que hasta los datos son "criaturas" de la publicidad en la época presente.

Mis reflexiones sobre la propaganda me han llevado, como de la mano, al libro de R. Guardini (*El Mito...*) y es, en sus páginas, donde mi espíritu se ha visto como alterado por una rebeldía, por la negativa a asentir a esa opinión circulante. Después he tratado de recoger datos...

Si recuerdan las vicisitudes por las que atravesaron las llamadas elecciones primarias del Partido Republicano, percibirán hasta qué punto todo parecía indicar una preponde-

rancia del senador R. Taft. Sin embargo, en la Convención el triunfo del General fué rotundo. Infinidad de compromisarios, que tenían en sus solapas las insignias del Senador, votaron por el General. Se dirá, es el hombre el que se impuso. Yo afirmo es el equipo el que se aprovechó del Hombre.

De igual forma que un buen empresario de cinematografía norteamericano cuida enormemente de "hacer" la biografía de quién será protagonista de uno de sus films, de igual modo los equipos políticos "hacen" el mito de sus hombres. R. Guardini nos dice qué es el Mito y cuál es su significación. Sociológica y políticamente hablando, diríamos que en la actualidad con el Mito se trata de obtener unas seguridades y una salvación que no se busca en la verdadera fuente de toda regeneración humana. Eisenhower es el Mito del Supercapitalismo norteamericano.

En los Estados Unidos los partidos políticos tienen características totalmente diferentes de las que presentan sus homónimos en Europa. Ya hace bastantes meses, "Politique Etrangere" publicó un atinado trabajo de análisis sobre los partidos políticos norteamericanos. En la actualidad, la influencia de los partidos no ha sido muy marcada y la disputa ideológica puede decirse que inexistente.

Progresivamente se va valorizando entre nosotros (me refiero a los europeos en general) la opinión de que las ideologías resultan nocivas en la vida política. Muchos creen que la solución óptima sería un gobierno de hombres de buen sentido, magníficos administradores, etc. Emparentada con esta pretensión está la de que los partidos políticos (que son los moldes de esas ideologías, al margen del proceso evidente de degeneración que han experimentado y que constituye una de las más graves fisuras del sistema democrático) deben de dar paso a agrupaciones orgánicas, en las que los intereses, las afinidades profesionales dominan y sitúan al hombre en su plenitud. A los que así piensan les sería utilísima la consulta del pensamiento sociológico y fi-

losófico-político del siglo XIX, especialmente en relación con Alemania y la figura espléndida de Hegel (al margen de que yo sea antihegeliano). El problema que se plantearon aquellos hombres, fué simplemente el de encontrar en lo ideológico y político una esfera de concordia entre los hombres, que era imposible de obtener en los sectores materiales y económicos (añádase profesionales). También sería muy recomendable volver a releer alguna historia de las postrimerías del sistema gremial del medievo. Datos más recientes los tenemos con las mismas prácticas parlamentarias, que nos muestran hasta qué grado resulta perniciosa la acción de esos grupos de diputados interesados en alguna concreta cuestión material (piénsese en los viticultores, remolacheros, cafeteros, etc.). Y lo que es totalmente disparatado es sostener una versión mística de la Nación, hablar de destino común y de concatenación de generaciones, para después parcelar el ente nacional en una pluralidad de grupitos profesionales y domésticos. En esto Hegel tenía la razón.

Que en las pasadas elecciones no haya existido una dimensión ideológica, una confrontación de concepciones del mundo y de la vida, es de lo que más me alarma al contemplar el panorama espiritual y político norteamericano. Sólo han existido intereses, y los dominantes han sido los de los grandes magnates de la industria.

Infinidad de "columnistas" han coincidido en la importancia que tenía la idea del obligado cambio de equipos, de partidos. Los norteamericanos estaban cansados de un tan prolongado gobierno demócrata. Que se pueda lograr tal mudanza pacíficamente constituye una de las mayores ventajas de la Democracia (así lo ha declarado acertadamente C. Fernández Ortiz). Es de tal importancia, que sólo esa nota bastaría para obligar a muchos a una consideración más respetuosa con tal forma política. El cambio es necesario y debe ser ordenado; entre otras cosas, porque el monopolio prolongado del poder crea un abismo entre los

gobernantes y los gobernados. Surgen como dos sociedades, la de los que gobiernan indefinidamente y la de los que indefinidamente les corresponde ser gobernados. La comunicabilidad entre ambas esferas (que es una de las cosas más fundamentales en el buen gobierno de una sociedad) queda peligrosamente comprometida.

La vinculación de los dos aspectos es evidente. Si se dificulta en grado sumo la mudanza en el Poder, tarde o temprano se hará por medios violentos. Si los cambios propenden a ser violentos, el que consiga el Poder tratará de eternizarse para eludir el resultado cruento.

Todo se completa (en este esbozo de presupuestos de una Democracia) con una adecuada estimación de la importancia que tienen las minorías en todo régimen político. E. Bekker ha dicho: "que la ley más importante de una Democracia es la que fija el carácter de las relaciones existentes entre Mayoría y Minoría". Cuando los ingleses afirman que también la Minoría gobierna, aunque sea mediante su oposición, dicen una inmensa verdad. Laski, en cierta ocasión, declaró que la ley fundamental de toda política es crear una base común (lo fundamental y sin lo cual se desintegraría la sociedad) y las posibilidades de una auténtica oposición. Aquí sí que tienen que reflexionar ciertos anti-marxistas, que actúan más preocupados en "corroborar" a Marx que en ponerle en falsedad. La mejor forma de replicar a la idea de que el Estado es Monopolio de una Casta, es facilitar la acción gubernativa de las minorías (con máxima autoridad lo ha declarado el Pontífice felizmente reinante). Pero de una minoría auténtica.

El triunfo republicano y Europa

Cuando el europeo; el que quiere una Europa unida y diversa, libre y compleja, se para a reflexionar sobre lo que los Estados Unidos han significado para su destino en estos últimos años, forzosamente tiene que discriminar lo

bueno de lo malo. Norteamérica (especialmente algunos de sus sectores, sin duda, los más sanos de espíritu), ha procedido a una ayuda económica astronómica, ha tratado de garantizar la independencia del viejo continente frente a evidentes riesgos provenientes del Este, ha estimulado los esfuerzos conducentes a una unificación de los pueblos europeos. Estos son hechos, pero los hechos requieren una interpretación; necesitan ser apropiados por el hombre para que evoquen algo. Sin una ayuda económica a Europa, dejando a ésta reducida a sus propias fuerzas, los Estados Unidos se hubieran visto abocados a una tremenda crisis económica. La inmensa máquina de producción norteamericana no podía prescindir de los consumidores europeos, de no querer descender a niveles de producción y de paro auténticamente catastróficos. Lo que se ha hecho es alimentar monetariamente al mercado consumidor en beneficio del mercado productor.

La ayuda económica ha proporcionado un arma de influencia política incuestionable y que muchos senadores y representantes han hecho valer con no excesiva elegancia. Bastaba cualquier discrepancia política de un pueblo europeo para que inmediatamente algún senador americano reclamara un corte automático de la ayuda económica. El efecto psicológico que en las masas europeas ha tenido esta dependencia será difícil de llegar a calcular. Lo que sí debemos decir es que ha contribuido a crear un indudable malestar moral y un resentimiento frente a Estados Unidos.

Si la ayuda económica hubiera ido a parar a una organización internacional —la cual hubiera sido encargada de proceder a su distribución— muchos de los daños se hubieran amortiguado. Mas la presencia de infinitos agentes del gobierno americano controlando la vida económica y política de los países beneficiarios, los acuerdos bilaterales que han creado una técnica de parcelación y hostilidad entre los mismos europeos.

Los Estados Unidos han ocasionado daños en la vida política interna europea de máxima envergadura. Su actuación ha venido a salvar al gran capitalismo europeo que se encontraba herido de muerte y desacreditado inclusive por sus resultados técnicos y económicos. Su política ha constituido el estímulo de una nueva "restauración" en Europa, que presagia jornadas más luctuosas que las de 1848. Y todo esto, se ha hecho obedeciendo a unas premisas capitalistas que el norteamericano tiene como artículo de fe. Ya en plena guerra hubo infinidad de norteamericanos que recomendaron que la relación con Europa se efectuara por el cauce de los Bancos y Empresas industriales. Pensaban que los hombres de negocio otorgaban una mayor confianza y estabilidad que los políticos y que, por lo mismo, eran más acreedores a la ayuda norteamericana. No se ha llegado a tales extremos debido a la presencia de los demócratas, pero ahora comienza la era de los magnates de la industria (casi todos los puestos claves de la administración republicana están controlados por ellos). Triste calamidad la de un pueblo que piensa que la vida de los Países puede regularse de acuerdo a los cánones que valen para hacer próspera la explotación de la General Motors.

El Senador Taft, al discutirse el Pacto del Atlántico, se mostró partidario de una nueva formulación de la doctrina de Monroe que protegiera a Europa. Nada menos que el "monroísmo" aplicándose sobre los países europeos. Era una forma nueva de hermanarnos con la "América Latina". El Monroísmo es una cosa un tanto compleja pero que responde a una constante: los intereses de la política exterior norteamericana. C. Schmitt ha destacado del monroísmo los rasgos de una teoría espacial valedera para el Derecho Internacional. A esa idea quiero yo asirme para obtener unas conclusiones. Con el monroísmo los norteamericanos declararon coto cerrado todo el hemisferio americano. Ningún poder extraamericano podía intervenir en los problemas que

afectasen al nuevo continente. En las horas presentes, los norteamericanos no respetan tal principio tratándose de Europa. Sería pueril negar la intervención y toda suerte de presiones que los norteamericanos vienen ejerciendo sobre los gobiernos europeos, y no siempre precisamente en defensa de una concepción libre y democrática de la vida.

Los Estados Unidos despliegan una política que crea suspicacias en Europa; son los tratados bilaterales que van constituyendo enclaves; es su política colonial; su intervención en el asunto de los petróleos; sus pretensiones en el Mediterráneo Oriental.

Más de un comentarista europeo ha explicado el triunfo del General y de los republicanos como una clara manifestación de nacionalismo y chauvinismo norteamericano. Los Estados Unidos han llegado a la conclusión de que todo gravitaba sobre sus espaldas y que los pueblos europeos eran unos auténticos haraganes. A ellos les correspondía cargar con los gastos; a ellos aportar los hombres con los que poner barrera al bolchevismo en Corea. Era tanto lo que ellos suministraban y tantas las dificultades y reservas de los europeos, que no nos resulta extraño que se haya forjado la idea de un cambio de política. El americano medio ha estimado que ha sonado la hora de que los Estados Unidos procedan a hacer valer su inmensa fuerza y sus incalculables servicios. No más discutir y esperar: ordenar. Y llevados de este pensamiento, han abocado a la conclusión de que nadie más apto que un General para mandar y que un partido manejado por Taft para contabilizar los favores.

Infinidad de síntomas anuncian que la nueva administración va a conceder una mayor importancia a los pueblos asiáticos (aunque sea violentando los sentimientos de los mismos indígenas, que también asiáticos son los indios). Las alocuciones, repletas de buenas promesas, de alegres perspectivas, con las que Chang Kai-Shek y Rhee han saludado el nuevo año son algo más que símbolos. El uno piensa en un

pronto desembarco en la China continental; el otro habla de una rápida marcha hacia el Yalu. Es la política asiática, tan preconizada por el que fué procónsul en el Japón y no indiferente para el nuevo Secretario de Estado, la que se apunta con trazo firme. Y esto es importante, pues en la solución del problema asiático se juega el destino de la humanidad.

Todo no es negrura en el horizonte. Si los Estados Unidos insisten en la empresa asiática (en la que no contarán con la colaboración europea) y profundizan en su capitalismo y en su política de mano dura frente a las cancillerías europeas, nuestro Continente se verá obligado a pensar más en serio en sus propios medios de salvación. Hay paternalismos que afeminan, y esto puede acontecer si Europa se acostumbra a que los Estados Unidos lo resuelvan todo por nosotros. Que este deseo de independencia moral se va acentuando en los medios europeos, lo prueba clarísimamente la nueva política del gobierno inglés. Londres ha creído llegado el momento de tomar una actitud más enérgica y clara frente a Washington.

MARIANO AGUILAR NAVARRO

NOTAS

El problema político brasileño



Es sobremanera interesante conocer la vida de su autor, para comprender bien un libro de pensamiento o de crítica. A lo menos algunos datos biográficos esenciales, la experiencia que vivió acerca del tema sobre el cual escribe. Es lo que nos deja entrever Costa Pôrto, presentándose a sí mismo en las páginas preliminares de su interpretación de la historia política brasileña: *Pinheiro Machado e seu tempo*.

Al llegar a la postrera página de una lectura tan sugestiva, cerrado el volumen, se vuelve a reflexionar en torno a aquella explicación inicial del autor, se tiene la tentación de comentar la obra entera, ciñéndose al análisis de este exordio tan significativo, que nos hace penetrar en el meollo del ensayo a través de la marcha seguida por la inteligencia del ensayista, desde las ilusiones del medio en que se formara hasta la clarividente percepción que llegó a alcanzar de nuestros hombres y de nuestros problemas.

Testimonio excepcional

Cuéntanos Costa Pôrto haberse formado en Pernambuco en

Estudios Americanos

medio de un ambiente antipinheirista, infiltrándosele desde muy pronto en las venas "el demonio de la política partidista". En su ciudad natal, Cabotinho, el coronel Paiva imperaba soberanamente, mientras que sobre todo el Estado ejercía un consulado oligárquico Rosa e Silva, "paseando ocios de hidalgo feliz en la metrópoli o en Monte-Carlo, no dignándose siquiera en ocasiones, al regreso de Europa, saltar a tierra en Recife, recibiendo a los caciques en los camarotes de lujo del navío anclado en el puerto"...

Elecciones agitadas, con intervención militar, ponen fin a la oligarquía rosista, haciendo subir al poder al general Dantas Barreto, quien al decir de sus adversarios "ganó por la fuerza". Comenzando las acusaciones de los vencidos contra Pinheiro Machado, señalado por el principal responsable de la derrota de Rosa.

Hay un episodio de la infancia de Pôrto muy significativo. Participando de los resentimientos de la familia por la repentina caída de los prestigiosos jefes, el autor y sus hermanos vengaban "las pasiones políticas reprimidas" en la fotografía de Dantas Barreto, "agujereándole provocativamente los ojos".

Después, la prevención contra el jefe gaucho, que encarnaba la corrupción de las serenas costumbres republicanas, síntesis y causa de las desgracias que aquejaban al país.

Finalmente, en la juventud, el "deslumbramiento" producido por Rui, el entusiasmo por el "civilismo" viniendo a reforzar aquella prevención...

Trátase, pues, de un hombre del norte que se asoma, entre curioso y comprensivo, a la figura de Pinheiro Machado y a la trayectoria política del jefe nacional venido del extremo sur. Además de eso, de un hombre que en el alboreo de sus pasiones políticas veía en Pinheiro el símbolo de la corrupción del régimen, la bestia negra contra quien concentraban sus iras los partidarios de la democracia predicada por Rui Barbosa.

Revisión de la historia política

Y el libro concluye siendo nada más y nada menos que un trabajo de rehabilitación. Para muchos, todavía hoy la figura de

Pinheiro Machado evoca la más típica expresión del caciquismo brasileño, corruptor del régimen, encarnación máxima de nuestros vicios políticos. Costa Pôrto procuró restablecer la verdad histórica, interpretar a un hombre en función de su época, teniendo en cuenta los factores sociológicos que influyeron en la formación de los hábitos políticos brasileños; de lo que resultó no solamente una interpretación de Pinheiro Machado o del período republicano dominado por este jefe, sino una revisión general de nuestra historia política a más de algunas consideraciones interesantísimas sobre la actualidad brasileña. Todo ello con miras a explicar el fenómeno del pinhneirismo, o sea de una política realista, mediante el traslado al plano nacional del coronelismo de los jefes municipales, que perdura desde los días de la colonia. Exactamente lo contrario del "ruismo", que era la política abstracta de los leguleyos indígenas fascinados por el derecho anglosajón.

La reflexión, llegada con los años y corroborada por una breve experiencia política, lleva al niño de otrora, a aquél que veía en Manso de Paiva, asesino de Pinheiro, un héroe nacional, a modificar por completo su juicio sobre la bestia negra de la pureza del régimen. Pasaba a estimar a la obra del jefe gaúcho como tentativa singular de una política orgánica en el Brasil, capaz de restaurar nuestro ruralismo natural e histórico, de dar valía al municipio y de superar los abstraccionismos teóricos por la integración en la vida del Estado de las fuerzas que verdaderamente le sustentan.

Política y ruralismo

Constitución, democracia, "inmortales principios", nada de eso, bien lo sabemos, ha pesado decisivamente en nuestra trayectoria política. Son frases que Rui ornó con las lozanías de su estilo. Lo que cuenta siempre es el poder personal del presidente de la República; es el poderío del jefe local; es el provecho que los políticos profesionales han sabido sacar de tal poderío en beneficio propio, recamándole con el prestigio de aquellas palabras sonoras.

Los jefes locales, con representar auténticos intereses y las

libertades concretas del grupo humano que les rodea, no llegan a tener conciencia de las fuerzas que podrían representar. Su visión está limitada al pequeño círculo de sus intereses. Y de esa guisa sirven de sostén a los políticos profesionales que actúan en los planos estatal y nacional. Estos son, por su parte, quienes mueven la máquina electoral afianzando sus posiciones a costa del coronelismo que está en los cimientos, mientras lanzan esas frases bonitas, si no para que los ingleses las oigan, para que hoy las escuchen los americanos.

Así tenemos el contraste entre lo que el autor llama "la tragedia del ruralismo como fuerza que se ignora" y lo que podríamos calificar de comedia del profesionalismo político de los partidos encarnando a la democracia.

La tragedia viene de muy atrás, cuando los señores rurales del Imperio, teniendo en sus manos la primacía económica y la política, actuaban a distancia en la vida de cada Estado a través de sus hijos, de sus yernos o de sus incondicionales, salidos de las academias, imbuídos de espíritu europeo, ajenos a la vida del campo. Y el coronel, heredero del señor feudal como expresión del ruralismo y del municipalismo, conserva la tradición suicida de su predecesor, eligiendo a los políticos profesionales que gravitan en la órbita urbana y que hoy representan también los intereses de la alta finanza.

La comedia reside en el juego de los políticos profesionales, chupando las fuerzas del coronelismo y sirviéndose para legitimar sus actos de determinadas categorías jurídicas: constitución, democracia, gobierno representativo, división de poderes, etc.

La historia de la República

Tragicomedia, en efecto, ha sido la historia de la República, oscilante durante mucho tiempo entre el pinheirismo y el ruismo.

Rui Barbosa: cumbre del abogadismo teórico que engendró la mixtificación democrática. Pinheiro Machado: expresión suprema del coronelismo sin mixtificaciones. Si puede enaltecerse al uno por su idealismo, el otro debe ser justificado en su política realista,

en pugna con las ilusiones de un idealismo noble, más desligado de la tierra.

Completamente de acuerdo con el autor en condenar la "criminal tendencia al abandono del interior". Es lo que tiene hecho sobre todo la República, "en cuyo medio siglo de corrupciones, el interior sólo ha servido de vivero de electores, que ceban el buen vivir de la politiquería profesional".

No es menos certera la tesis del municipalismo mantenida por Costa Pôrto. Digna de tener en cuenta es la idea de aprovechar, mediante una sabia política municipalista, las energías y la acción benéfica del jefe municipal, a tenor de lo que ya insinuara Manuel Lubambo. También en este punto el federalismo importado por la República nos desvió del camino natural a que se orientaba la Colonia y el Imperio.

El problema de la continuidad

No olvidemos, sin embargo, que las soluciones propuestas chocan con uno de los mayores problemas de nuestra vida pública, capaz por sí sólo de subvertirlo todo: la sucesión presidencial.

No es posible en el régimen republicano aprovechar al coronelismo debidamente saneado, o mejor, integrado al servicio de la nación. Las energías de los jefes inferiores siempre serán absorbidas por los que ambicionasen el sitial supremo. El municipalismo será así siempre pasto de las ambiciones.

Si el sistema señorial de la Casa-Grande, que el autor tan bien conoce allá en las tierras del Nordeste brasileño y que se correspondía con el coronelismo de hoy, dió resultados ciertos y aseguró la estabilidad política, fué gracias al molde imperial en que se enmarcó.

Y otro tanto cabe decir del municipalismo durante la monarquía, no obstante hallarse en estado incipiente y no haber logrado aún entonces toda su pujanza.

En cambio, con la República, con la brevedad de los períodos de mandato presidencial, con la falta de continuidad, con la con-

moción que cada elección suscita en todo el país, ¿no caen por utópicas las tesis del autor?

He aquí un ejemplo para demostrarlo con la mayor evidencia: Ademar de Barros.

El nuevo ídolo

El caso Ademar de Barros en nuestros días, por un lado reproduce y por otro rebasa el caso Pinheiro Machado. Es el caciquismo en el plano nacional; el movimiento partidista alrededor de un hombre; el poder personal de la magnetización. Con nuevas técnicas, el ex-gobernador de Sao Paulo va articulando, a manera de Pinheiro, sus ramificaciones en otros Estados y afirma su prestigio con realizaciones de gran envergadura, en las cuales supera a su antecesor. Carreteras, hospitales, centros de enseñanza. Ante ello, ¿qué valor pueden tener para el pueblo las predicaciones democráticas del partido de la Unión Democrática Nacional, por citar un ejemplo? Y el propio mesianismo del partido "trabalhista" se va desviando de Vargas para el nuevo ídolo.

Por lo demás no sería difícil demostrar la continuidad de las dos paralelas de la República (pinheirismo y ruismo) en Getulio-Ademar, en contraste con el brigadier Eduardo Gomes. El brigadier, aunque militar, heredó el legado del héroe de la campaña civilista.

En el cotejo de Ademar de Barros con Pinheiro Machado no hemos de perder de vista las muchas diferencias que los separan. El gaucho nunca cortejó a la opinión pública, o, en frase de Costa Pôrto, nunca hizo "política de multitudes". El jefe del P. S. P., por el contrario, es el tipo del conductor de masas, sin aparato de caudillaje, dispuesto a descender a la demagogia de las calles en cuanto fuere necesario.

Otros puntos se podrían señalar, especialmente el siguiente: Pinheiro Machado hacía presidentes, pero nunca fué candidato. Con lo cual conseguía mantener el orden y la estabilidad. Por eso fué llamado el sostén del orden y el propio Rui reconoció que, tras su muerte, se aceleró el envilecimiento de las prácticas republicana-

nas. Era el poder moderador de la República, llenando la gran laguna brasileña de un jefe de la nación no elegido.

Tradición monárquica

Laguna que permanece y trueca a la República del Brasil en semillero de crisis políticas insolubles, sea por la formación psico-sociológica de nuestro pueblo, sea por la carencia de opinión pública organizada, sea por las condiciones inherentes a todo régimen de descentralización entre nosotros.

De ahí que no alcance a comprender cómo autor tan lúcido como Costa Pôrto puede escribir que "no teníamos tradición monárquica".

Su libro entero prueba lo contrario: el ejemplo de Pinheiro Machado, los fracasos del régimen, la identificación del ruralismo con la monarquía, el complemento natural de las organizaciones locales y regionales por el factor supremo de la unidad y de la estabilidad, el poder hereditario.

Si yo tuviera fe en la República para el Brasil, comenzaría a perderla después de haber leído esta magnífica tentativa de interpretación.

JOSÉ PEDRO GALVAO DE SOUSA

Arte americano en la Bienal de Venecia



SE viene considerando, por tradición ganada con los años, la Bienal de Venecia como la máxima manifestación del arte contemporáneo mundial; ni siquiera París cobija, con habitualidad periódica, una exposición tan copiosa y cosmopolita. Este año la Bienal de Venecia —que ya hace la número xxvi— ofrece la posibilidad de ver reunidas en un mismo lugar obras de las más opuestas tendencias y los más diversos países, encuadradas, según es habitual en su sistemática periodicidad, en marco extraordinario y seleccionadas con un criterio de amplia modernidad. Visitando la Bienal se puede saber, con bastante aproximación, lo que “se lleva” por el mundo en el terreno de las Artes. Junto a este interés innegable, tiene el lógico inconveniente de todas las exposiciones muy copiosas: La posibilidad de llega a ser abrumadora por el número y desconcertante por la diversidad.

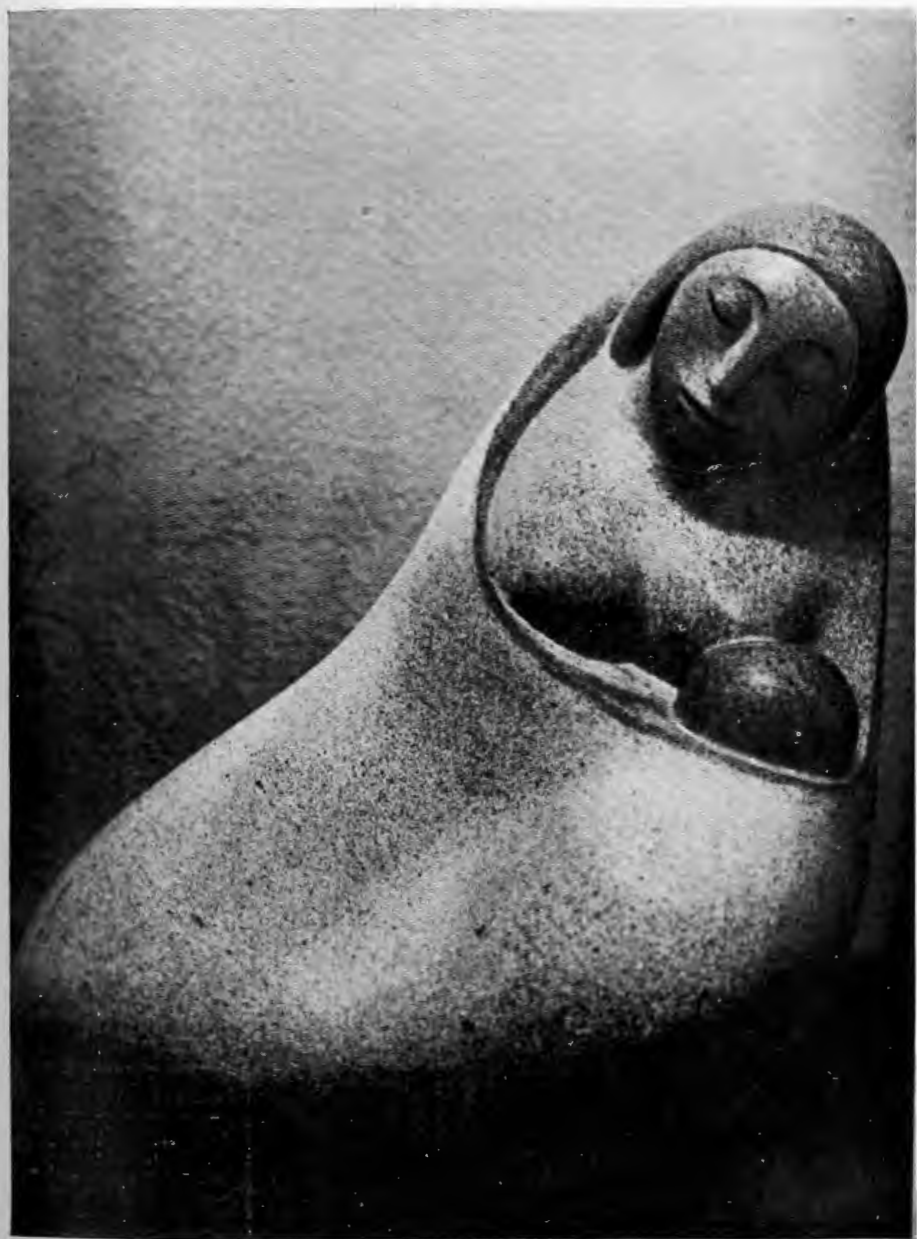
Es muy distinto, más de lo que habitualmente se cree, el conocer las obras de arte directamente o, únicamente, a través de reproducciones, fotografías, reseñas, etc. No puedo, por lo tanto

valorar si la Bienal de este año es mejor o peor que las anteriores —como muchos críticos se recrean en discutir—, por la sencilla razón de que es la única que he visitado personalmente y de las anteriores sólo reseñas y comentarios conozco. En conjunto, sin que la exposición me ofrezca demasiadas novedades, la creo magnífica y un compendio, bastante completo, del arte de hoy. En cuanto a tendencias, está clara la supremacía numérica de lo abstracto y, a continuación, de lo neo-expresionista; tendencias que, incluso por su marcada reiteración, contribuyen a dar más unidad a la exposición; incluso las retrospectivas incluidas en el programa de la Bienal, dan también preferencia a los maestros del expresionismo y a la escuela “De Stijl”, salida del arte de Mondrian.

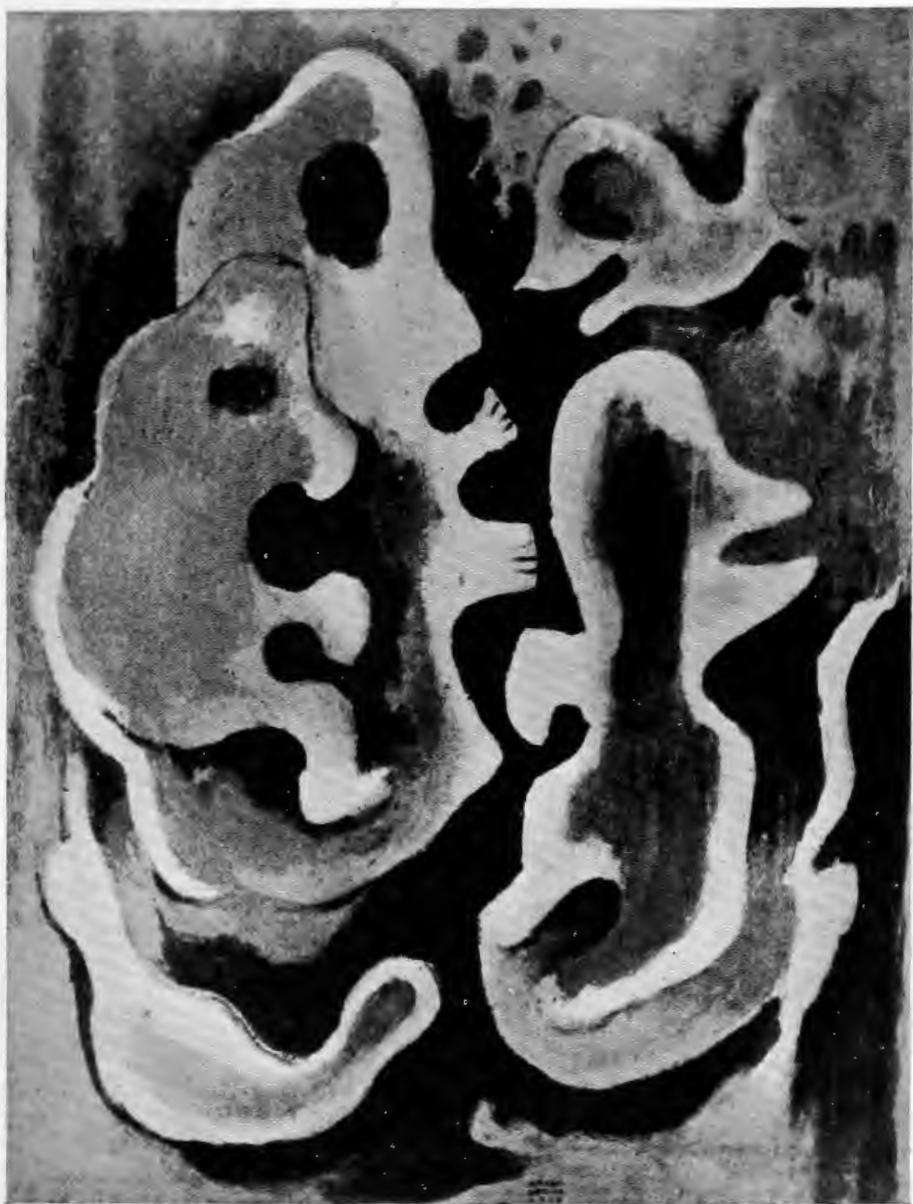
* * *

La participación de América es este año, como lo constata el propio catálogo de la exposición, la que registra, hasta la fecha, mayor número de estados participantes. Varios de ellos han encontrado cabida en las últimas salas del gran palacio central; otros exhiben sus colecciones en pabellones especiales. No hay orientación única en cuanto a la aportación de cada país, pues mientras unos presentan exposiciones monográficas, otros las hacen con carácter general; unos se limitan sólo a algunas de las artes y otros abarcan varias. No puede decirse tampoco que se haya escogido siempre con un criterio de estricta apetencia de calidad, ni se haya pretendido ofrecer una visión completa del arte actual de cada país; probablemente, en más de una ocasión, era imposible; y ocurre con frecuencia el no estar representados algunos de los más importantes y significativos maestros. Ante el recuerdo de los envíos americanos a la primera Bienal Hispano-Americana, celebrada en Madrid el pasado año, encontramos en la de Venecia, indudablemente, un panorama mucho más extenso, completo y selecto, del arte actual americano, pero, como en la de Madrid, notamos vacilaciones y lagunas.

* * *



«Madona india», Marina Núñez de Prado (Bolivia).



«El Mensaje», Carlos Mérida. (Guatemala)

Argentina interviene este año por vez primera en la Bial y, para ello, ha enviado una selección de 22 obras, entre esculturas y pinturas, procurando que cada obra sea especimen de cada uno de los más famosos artistas argentinos contemporáneos. Allí aparece todavía Cesáreo Bernaldo de Quirós con su arte anticuado y efectista; dentro de lo tradicional y clásico se ofrece Miguel Carlos Victorica; Eugenio Daneri se muestra como el más enraizado de todos en la influencia y la tradición hispánicas, por la línea Solana-Palencia. Lo más interesante son, seguramente, las obras de Alfredo Guido, con calidades muy plásticas, Raúl Soldi, delicadísimo, gracioso, con encantadora calidad, y Lino Eneas Spilimbergo, de una tónica y gracia muy italianas y buena calidad pictórica.

* * *

Bolivia ha enviado como único testimonio 22 esculturas de Marina Núñez de Prado, la más interesante escultura de la América latina, de fina sensibilidad y que sabe revestir de valores emocionales, con leves notas figurativas, los abstractos valores clásicos, volumétricos, de sus tallas en piedra gris. Ya en nuestra Bial española fué la verdadera revelación de la escultura americana.

* * *

En la selección presentada por el Brasil (en total 73 obras) parece haberse atendido, principalmente, a los artistas premiados en la primera Bial de Sao Paulo y en otras exposiciones oficiales, recientes, brasileñas, añadiendo, además, un grupo de obras de los pintores puerilistas. Lo que parece estar, de cuanto es aquí visible, mejor seleccionado, es el grupo de grabados, síntesis efectiva de cuanto en este arte puede ofrecer bueno el Brasil; y en cuanto a la escultura, se ha escogido a una artista ya famosa y a dos "noveles". Faltan los pintores que podemos tener como de máxima categoría en el Brasil, por ejemplo Portinari, Lasar Segall, Di Cavalcanti... Entre las obras expuestas destacan las esculturas en bronce de Mario Gravo Jr.; las pinturas de Danilo di

Prete son poco originales, pero bonitas de color; María Leontina presenta unos cuadros interesantes, pero demasiado ligados al arte de Villon; entre los puerilistas destaca Volpi, siempre dentro de un tono menor, y Santarosa resulta gracioso, pero sin categoría; el mejor es, posiblemente, Heitor dos Prazeres, no de mucha calidad, pero simpático; Alberto Guignard ofrece un gracioso intimismo, no exento de sensibilidad. En el terreno de lo abstracto, Iván Serpa presenta unas discretas composiciones, sobrias de color; Cicero Díaz otras menos interesantes, y Luis Sacilloto se muestra como un estricto plagiario de Mondrian, sin personalidad. Geraldo de Barros expone unos grabados abstractos, muy interesantes de color y composición.

* * *

La aportación cubana es sin duda la más completa e interesante de todo lo presentado por las naciones hispano-americanas, a pesar de la ausencia de Ponce de León, Carlos Enríquez y Wilfredo Lamb. Los representados en Venecia pertenecen a las jóvenes generaciones, nacidas ya en este siglo; son catorce artistas y 29 las obras presentadas, todas pictóricas. Luis Martínez Pedro concurre con unas abstracciones bastante personales; Felipe Orlando se muestra suntuoso en el colorido, Cundo Bermúdez se preocupa por la búsqueda de algo indígena, negroide, logrando resultados decorativos muy interesantes, como en "Juego"; José Miñares tiene un acento que podríamos calificar de "totémico"; Julio Girona, muy fuerte en sus abstracciones, y Servando Cabrera, también abstracto, importa sobre todo por el color; Mariano Rodríguez es muy personal y tiene contacto con lo suprarrealista, pero dentro del terreno de la abstracción; Roberto Diago utiliza un curioso procedimiento de pintura, o mejor dicho de dibujo, rayando con tintas de colores papel satinado.

* * *

La representación de Guatemala es muy breve y limitada también a la pintura; un total de 18 obras. Arturo Martínez pre-



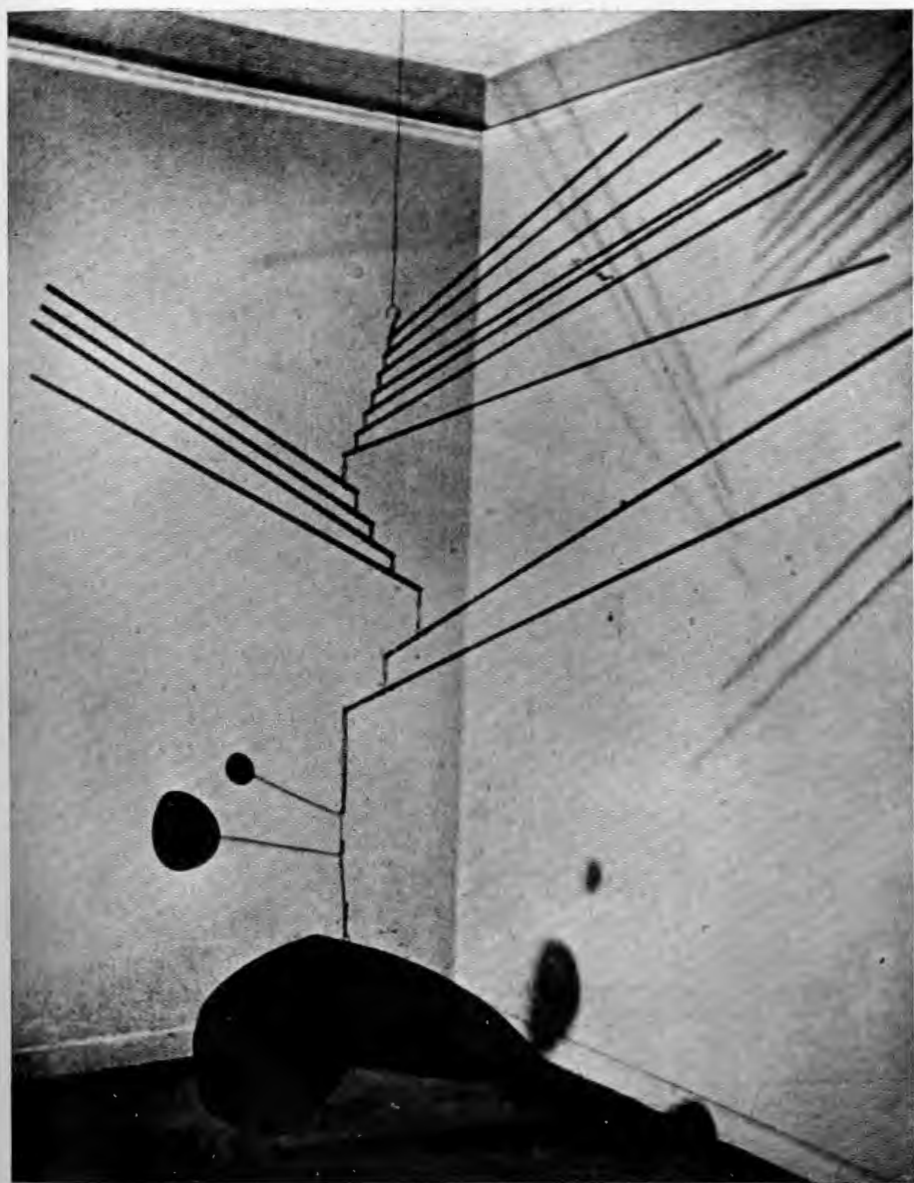
«Niño comiendo», Diego Rivera (Méjico)



«Sarita jugando sola»,
Raúl Soldi. (Argentina)

«Bordadora», Felipe
Orlando. (Cuba).





«Trece espinas», Alexander Calder. (Estados Unidos)

«Acercándose a la ciudad», Edward Hopper
(Estados Unidos).



«Revelación», Yasuo Kuniyoshi.
(Estados Unidos).

senta abstracciones un poco ingenuas; Carlos Mérida acierta en el color pero resulta un poco vago en sus creaciones abstractas; Roberto Ossaye es fuerte y en su "Muchacha y eclipse" recuerda a Siqueiros; Dagoberto Vázquez resulta muy italiano y de bastante calidad pictórica.

* * *

Méjico, que el año 1950 envió a Venecia representación de sus mejores pintores contemporáneos, ha enviado este año una extensa selección, magnífica, de grabados y litografías, en un total de 133, entre los cuales destacan las "Mujeres del mezquital" y "Aloe" ambos de Fernando Castro; "La gruta", de Francisco Dosamantes, de gran efecto; "Madre contra la guerra" (que ha sido el más vendido de todos estos grabados), obra de Andreína Gómez; "El muerto" y "La bandera", ambos de Orozco, seguramente lo mejor de la exposición, especialmente el primero; son también muy notables "Aloe" y "Mujer sentada", de Alfredo Zalce.

* * *

Canadá concurre por primera vez este año al certamen y lo hace presentando un conjunto de veintidós cuadros de importante valor documental, cuyo principal inconveniente es estar demasiado influenciados por la pintura europea. Sólo cuatro artistas están representados, seleccionados entre lo fundamental de la pintura canadiense y procurando que puedan, mediante ellos, estar representadas sus principales tendencias: Emily Carr (muerta en 1945) es representación de los que podríamos llamar los "pioneros" del arte del Canadá; David Milne, de tipo "tradicional"; Goodridge Roberts es tenido como el más notable representante de la rebusca de lo monumental y de la armonía formal; el cuarto, Alfred Pellán, es el que ha importado en Canadá el brillo de la Escuela de París.

* * *

Sólo con cuatro artistas concurren también los Estados Unidos. Son, como dice el catálogo, "cuatro exposiciones personales

de artistas muy diversos por posición y gusto: tres pintores, como el neo-cubista Stuart Davis, el realista —un realismo velado de una intimidad evocadora—, Edward Hopper y el fantástico Yasuo Kuniyoshi; y el escultor Alexander Calder, cuya exposición se esperaba en Venecia desde la Bienal precedente”. Mediante las cuatro exposiciones se puede juzgar bastante perfectamente a los cuatro. Stuart Davis, desigual, vigoroso y agudo casi siempre, representa lo mejor de lo americano, aun cuando a veces —y quizás por eso mismo— incurre en el cartel; Edward Hopper, ofrece su arte muy caracterizado, ambiental, de fea calidad pictórica y poco gusto en el color, pero que sabe unir a su fría objetividad, un fino sentido poético; Yasuo Kuniyoshi, nacido en el Japón, ha vivido casi toda su vida en los Estados Unidos y en ellos se ha formado artísticamente, pero no ha podido perder su raigambre oriental que se trasluce, claramente, en su arte, a través de todos sus varios estilos —que pueden apreciarse bien en la exposición— es de gran calidad, riqueza y fuerza, poético en muchas ocasiones, como, sobre todo, en su bellísima “Tormenta de verano”. Con el escultor Alexander Calder entramos en el reino maravilloso de la imaginación y el sueño, con una ingenuidad, un infantilismo exquisito, pues para este niño grande el arte es un prodigioso juguete con el que puede expresar su alegría, sus fantasías y, también, con frecuencia, su humorismo de la más benévola ley.

Esta es la referencia simple y escueta de la participación de América en el gran festival de las Artes que es la Bienal veneciana.

FEDERICO B. TORRALBA SORIANO

Venecia, septiembre de 1952.

COMENTARIOS

COMENTARIOS



El Mensaje Pontificio de Navidad. El mensaje que Pío XII ha dirigido, “antes que a nadie, a los pobres y a los oprimidos”, radiado al aire de una Humanidad perpleja, va a ser —ya lo está siendo— abordado por muchos desde perspectivas —políticas, económicas, sociales— demasiado parciales. Quienes así lo hagan, correrán el peligro de ser de aquellos que “mirando, no ven y oyendo, no comprenden”. A los que —con una mirada excesivamente técnica— sólo busquen en el mensaje una teoría política más, una nueva combinación de elementos sociales, se les escapará totalmente el sentido. ESTUDIOS AMERICANOS, desde el plano más hondo de su preocupación estrictamente cultural, pretende hoy ganarle el centro al mensaje. La declaración pontificia —he aquí lo que queremos decir—, aunque de ella se deriven importantes consecuencias en el orden puramente natural, es en su esencia un mensaje religioso. Sólo desde la altura de esta idea será posible calibrar actitudes e interpretaciones.

Ante todo digamos que las palabras del Papa traen luz y propósitos para un examen de conciencia de la sociedad de hoy. Por eso será radicalmente inauténtica esa postura que alardea de virtudes y silencia peligros y defectos; ese terrible “sentirse libre de pecado” que alcanza, más o menos, a todas las actitudes políticas de nuestro tiempo.

Luz y criterio. El Papa, ante un mundo inundado de pobreza,

Estudios Americanos

alude a la inutilidad de unos remedios que se han separado del modelo divino. Los hombres de hoy pretenden: o fiarlo todo a la organización o apoyarse sólo en la acción vital del individuo. A la crítica de los primeros dedica atención preferente el documento, refiriéndose a los defectos de las empresas gigantescas de la industria moderna, y a la corriente general de "despersonalización" —el Estado se deforma, los grupos sociales se deshumanizan— que por todas partes acosa al hombre de nuestra época. Aquí queremos advertir que la crítica lo es más que de estructuras políticas, de formas económico-sociales.

Después, la solución positiva: la solidaridad. La solución auténtica del desprendimiento. Generosidad que tiene varios nombres: por un lado, el ahorro, una de esas costumbres heroicas que anidan ocultas en la masa anónima; por otro lado, y sobre todo, inversión sin tacañería; mediten —en España y en América— esas frases tajantes contra el falso ahorro de los ricos, esa inercia egoísta llena de "vanas cautelas". Por último, solidaridad no sólo de hombres sino de pueblos en el camino de un auténtico patriotismo cristiano superador de irreductibles nacionalismos. Nadie deje de sentirse aludido, porque el Papa se refiere a todos, también a los del llamado "mundo libre" —dice con una punta de ironía—, aunque las tintas más negras estén en esos lugares donde cristiandades antiguas "se ven próximas a la ruina de su externa grandeza". A aquellos cristianos, Dios les pide ahora todo: hasta la vida.

Y propósitos. Dijimos que el mensaje los traía. Y es preciso que sean pronto y concretos. El problema no es de los que pueden esperar. En este momento mismo de las aclaraciones y los comentarios, hay millones de familias con un salario "que no les permite procurarse el vestido conveniente, y ni siquiera la comida necesaria para no enfermar", gentes "que carecen de casa y viven en cuevas que no se destinarían ni a los animales", familias a las que les falta todo, familias en "miseria negra".

Urge que quienes tengan lugares de trabajo, capitales que invertir, presupuestos que administrar, pongan deseos generosos en sus corazones. Y sobre todo vivan, sin más tardar, esos deseos, para "que desaparezcan esas desproporciones estridentes e irritantes en el tenor de vida". Porque una multitud apiñada de hombres y mujeres, en las caras pintada una sonrisa escéptica, llenos los pechos de sorda indignación, está mirando estupefacta a esa sociedad sin entrañas, mientras que al cielo sube, acusadora, una queja que ya es clamor: "¡Señor, no tenemos a nadie!"—P. P. S.



Arquitectura social. El VIII Congreso Panamericano de Arquitectos se ha reunido en Méjico, a fines del pasado mes de octubre. Una vez más, y ahora parece que de forma certera y aguda, la situación ambiental americana ha planteado seriamente a la Arquitectura problemas del máximo interés y necesidad urgente de solución. Dos mil delegados, procedentes de treinta países, han discutido bajo un lema ambicioso y altamente significativo: "La planificación y la Arquitectura en los problemas sociales de América". Esto suponía dar de lado a otros aspectos formales, estéticos y funcionales, que en jornadas de este tipo, suelen llenar, muchas veces bizantinamente, las más acabadas ponencias. Pero, los arquitectos congregados en Méjico, no han temido el olvido de materia tan académica, en su loable deseo de hacer de la Arquitectura un instrumento eficaz para el mejoramiento de la vida americana, un medio magnífico y no el fin de sí misma.

Ya era hora de esta unión de los americanos en pro de la resolución de los problemas que la escasez de viviendas y otros extremos de la asistencia social tiene planteados a casi todos los países del nuevo Continente. La Arquitectura americana estaba necesitada de una profunda reflexión, y creemos que este VIII Congreso Panamericano de Arquitectos ha sido una buena ocasión para ello. Los norteamericanos, por una vez, han dado el ejemplo, entonando un "mea culpa" amargo y al parecer sincero, al aconsejar a los mejicanos que no construyan rascacielos y conviertan sus ciudades en los hormigueros humanos de que se halla moteado su país. Los mejicanos, por su parte, con el concurso de todas las delegaciones, dirigieron sus atenciones a tres puntos fundamentales: viviendas populares, hospitales y escuelas, deseando, con las medidas que se tomen, salvar la profunda crisis que en estos aspectos sufre aún la nación, a pesar de que en los últimos veinte años se han realizado laudables esfuerzos que han consagrado a la Arquitectura mejicana contemporánea, como una de las de más recia personalidad artística de América, según pudo verse en las exposiciones que se celebraron al efecto.

Por este deseo de eficacia, de dar un contenido pleno y auténtico a la Arquitectura en el ámbito de los problemas vitales, este Congreso de Arquitectos —al que se dió un marcado matiz anticomunista, merced a las declaraciones de ciertos representantes norteamericanos y mejicanos—, sería ya acreedor de nuestro aplauso.

Pero lo es mucho más, si tenemos en cuenta que sus afanes han cristalizado en las más sugestivas y prometedoras conclusiones. Se acordó un plan continental de la vivienda, que será estudiado por la Décima Conferencia de Cancilleres, lográndose así que la preocupación planificadora y arquitectónica pase a ser problema nacional para los respectivos gobiernos. Diferentes organismos centrales encauzarán, debidamente, los más variados proyectos; y todo el contenido social de este Congreso informará las reuniones de la III Sesión Extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social.

Esta marcadísima tendencia social, este intento de hallar respuesta adecuada a las graves interrogantes que en este aspecto se viven en los países americanos, se explica fácilmente que haya surgido en el suelo de una nación que, como Méjico, ha acreditado ya desde hace tiempo sus preocupaciones en este punto, aunque no siempre y no en todas las artes lo suele hacer con la mesura y seriedad que en esta ocasión merecen destacarse.—A. B. J.



Liberalismo y comunismo en El Salvador. A raíz del fracasado complot comunista de El Salvador, en el pasado mes de septiembre, se ha advertido en casi todos los sectores representativos del país una clara reacción anticomunista, sobre la que queremos hacer unas observaciones.

Tres han sido, fundamentalmente, las posiciones adoptadas por los distintos sectores de la prensa y el Gobierno salvadoreños ante el problema.

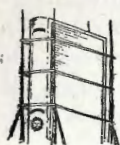
Hay un primer grupo que ve al comunismo como un nuevo imperialismo “que trata de hacer esclavos de la tiranía soviética a los pueblos que no saben o no pueden defender sus derechos”. E inmediatamente se saca a relucir el espíritu de independencia de los pueblos como arma infalible contra ese “comunismo internacional”. Se contraponen, pues, nacionalismo y comunismo, pensando que evitar el imperialismo ruso es burlar al mismo comunismo. Olvidan los que así piensan que lo condenable de éste no está sólo en el matiz necesariamente ruso e imperialista de su expansión universal. Es quedarse a la mitad del camino, oponerse al comunismo pensando que es un nuevo “zarismo de matiz rojo”. El nacionalismo no puede ser la única arma contra la expansión comunista,

y hasta puede ser peligrosa para nosotros mismos: en último término el nacionalismo sólo sería una barrera contra la intromisión rusa. Pero Rusia y comunismo no son términos inseparables. De hecho el nacionalismo puede encerrar dentro de sí una forma de comunismo, quizás menos ambiciosa pero no por eso menos condenable. Recuérdese el caso de Tito.

Un segundo grupo de argumentaciones sólo se fija en la inaplicabilidad del marxismo al círculo americano. Hemos leído en un diario salvadoreño: "Si el comunismo es bueno para Rusia, ¿lo será para los demás pueblos que tienen diversas tradiciones y han recorrido una historia distinta?" El comunismo se estima bueno para una realidad político-económico-social determinada, como es la que existe en Rusia, e inaceptable en cambio para el marco de la civilización y del espíritu de Occidente. De nuevo el ataque se hace insuficiente y hasta peligroso. De nuevo se olvida que el comunismo no es sólo una forma de gobierno, ni una nueva teoría económica, ni un temible imperialismo. Es todo esto, pero sobre todo y esencialmente es una nueva concepción del hombre y de la vida, de Dios y del mundo, que aspira a ser aplicada en toda la Humanidad, sin distinción de raza ni de culturas, y que es en sí misma condenable cualquiera que fuese la realidad a que se aplicara.

Hay una tercera posición cuya aversión hacia el comunismo se centra en su forma de gobierno: el totalitarismo. Condenar al comunismo por esta sola faceta, es desconocer su verdadera entraña. Queremos decir que si el comunismo no hubiera usado del totalitarismo como única forma de gobierno para realizar sus designios, no por eso hubiera dejado de ser comunismo, aunque es claro que hubiera perdido mucha de su "eficacia" y de su peligrosidad. Y lo peor es que a este totalitarismo extremo se quiere oponer un liberalismo, punto medio de todos los extremos, cuya fuerza radica en "participar de todas las tendencias, de todos los sentimientos". El liberal se declara ecléctico y de ello se enorgullece. De aquí al escepticismo hay sólo un paso. Débil barrera en verdad, para resistir el temible empuje del fanático absolutismo comunista.

Bienvenidos, en todo caso, estos argumentos (parcialmente correctos) que tienen ciertamente una utilidad inmediata, pero queda hecha nuestra advertencia sobre determinados errores de fondo que pueden a la larga repercutir desfavorablemente en la polémica ideológica y vital con el comunismo.—M. P. S.



Nacionalismo cultural en Argentina. Si actualmente hay algo innegable es que los nacionalismos se han quedado estrechos y van siendo sustituidos por constelaciones culturales. Es lógico, sin embargo, que cada país procure satisfacer la mayor parte de sus necesidades económicas, en la medida de lo posible, con la mejor explotación de sus riquezas naturales. Pero, ¿es posible intentar también esta autosuficiencia cultural, sin renegar de la propia esencia nacional, del legado heredado de los forjadores de la patria?

Por lo que atañe a Hispanoamérica, es indudable que la esencia de su peculiar forma de ser radica en su incorporación a la cultura católica, realizada a través del modo de ser español, y vida de acuerdo con peculiaridades secundarias aportadas por circunstancias raciales o telúricas privativas de cada país hispanoamericano. Ahora bien, la tradición exige que, so pena de desvirtuar su modo de ser, toda incorporación de nuevos conocimientos de cualquier adelanto técnico se haga de acuerdo con un esquema de valores fundamentales, de acuerdo con una cultura, que es común a toda la Hispanidad. Y es, en consecuencia, también obligado procurar que a esa cultura común corresponda un vehículo de expresión, una lengua común, que exprese de la misma forma los valores fundamentales y que admita las variaciones locales más importantes. Que el organismo encargado de velar por la pureza idiomática radique en Madrid, Lima o Buenos Aires, sería lo de menos; que tenga defectos, tampoco es decisivo; lo indudable es la necesidad de una autoridad única por encima de toda circunstancia local y crónica.

De ahí el peligro y la desorientación de una tesis sustentada por el Ministro argentino de Asuntos Técnicos dirigiéndose a las Cámaras el 3 de diciembre, en la que proponía, como manifestación cultural del segundo plan quinquenal, la creación de una Academia Argentina de la Lengua. Los argumentos empleados a favor de esta tesis se reducen a uno calificado de anecdótico —la diferencia entre los siete centímetros de longitud de los pejerreyes del diccionario y los cincuenta centímetros de los pejerreyes existentes en el Río de la Plata— y otro fundamental —la no inclusión en el Diccionario de la Real Academia Española de la palabra “justicialismo... que importa una definición de una nueva cultura en el mundo”—. Ambos argumentos le permiten afirmar: “así como nosotros manejamos la moneda en el Banco Central, tenemos

derecho a manejar nuestras palabras con nuestra propia Academia Nacional de la Lengua”.

El mismo señor Ministro, dándose cuenta de la gravedad de la propuesta, añade: “No se trata, por otra parte, de una sustitución, ni de revolucionar el idioma, sino simplemente de una tarea de ordenamiento, de configuración nacional de nuestro idioma, para revisar eso que constituye el idioma oficial y darle contenido y sentido nacional”. Pero, a pesar de estas afirmaciones, la propuesta es gravísima. Grave es hacer del justicialismo —respetable por lo demás, dentro de su marco adecuado— una “nueva cultura”; y grave que en un plan educativo se haga un parangón entre la lengua y la moneda.

Y es alarmante, sobre todo, porque sólo un mes antes había patrocinado la creación de esa Academia Argentina de la Lengua, como instrumento de la cultura nacional, un periódico inglés que se publica en Buenos Aires, “The Standard”. Y, naturalmente, nadie más interesado que esos ingleses de “The Standard” en romper todo vínculo con la tradición hispanoamericana que permite, entre otras cosas más importantes, que Argentina pueda recabar con pleno derecho la soberanía sobre las islas Malvinas.—G. M.



El problema azucarero de Cuba. Una de las cuestiones que recientemente ha agitado más la opinión pública cubana, y que más ha preocupado al poder gubernamental, es el problema azucarero de tan enorme transcendencia para la economía del país.

El hecho de que hayan aparecido en el mercado azucarero mundial países que antes no exportaban; la demasía en las cifras calculadas para el consumo local; la baja en las compras de la Gran Bretaña; la denuncia por la Alemania Occidental de su convenio comercial con Cuba; la protesta de los remolacheros canadienses contra las enormes importaciones de azúcar cubana, y algunas otras causas han determinado que en el año que acaba de morir quede un remanente de seiscientos mil toneladas de azúcar y que se haya convertido en auténtico problema nacional la superproducción de esa mercancía.

A encauzar y resolver todo este problema se han encaminado una serie de reuniones de los organismos técnicos y representati-

vos azucareros, especialmente de la Asociación de Colonos, de la Asociación nacional de hacendados, de la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros, deliberaciones que culminaron en la sesión extraordinaria celebrada por el Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar, en la que se tomó el acuerdo unánime de proponer al Gobierno que la zafra (cosecha) azucarera para el año de 1953 sea de cinco millones de toneladas.

El Consejo de Ministros, recogiendo el sentir de las instituciones mencionadas, decidió en una de sus últimas reuniones limitar la zafra para el presente año a la cifra citada.

Muy acertada consideramos —pese no obstante la opinión de algunos impugnadores— la medida llevada a cabo por el Gobierno de la República que preside el general Batista; porque no se trata de restringir caprichosamente la cifra de producción, sino de armonizar ésta con las posibilidades de exportación. Muy probablemente el suelo de Cuba tiene la suficiente fertilidad para inundar con su azúcar el mercado mundial, pero ello constituiría un error porque, si bien eliminaría toda competencia, lo haría a costa de su propia ruina económica y social. La cuestión está íntimamente ligada a la política de precios y salarios que pueden verse sensiblemente alterados con tales intenciones. La cifra fijada representa una protección para la economía nacional, que juzgamos necesaria por otra parte para mantener la política de precios sugerida por los países concurrentes a la Conferencia de Londres.

La posibilidad de que el Japón, mediante un acuerdo comercial, pueda adquirir alrededor de medio millón de toneladas de azúcar; las declaraciones del nuevo Presidente norteamericano sobre política de buena vecindad y su conciencia sobre la comunidad de intereses con Cuba; y finalmente los intentos de poner en marcha una conferencia internacional para discutir y firmar un acuerdo mundial sobre azúcar, nos hacen pensar que el año que empieza sea prometedor para el país del que se ha dicho que sin azúcar no existe.—J. O. D.



diantes católicos.

Universitarios Mejicanos. Si en un principio los sucesos de la Universidad de Morelia causan verdadera y dolorosa sorpresa, cuando se piensa en la tónica general que parece regir en Méjico es perfectamente explicable lo ocurrido en la Universidad de Michoacán. Han sido expulsados de ella diecinueve estu-

Muy lógico que el Consejo Universitario de tan digna Casa de Estudios, donde se forjaron el caudillo Hidalgo y el gran capitán Morelos, denunciase a la opinión pública que la expulsión de diecinueve estudiantes de la Universidad no se debía a que éstos fuesen católicos —ya que católicos son la mayoría de ellos y aun de los profesores— sino a que pretendían romper la tradición liberal, imponiendo sus pensamientos, alterando la disciplina y menospreciando o insultando a los próceres de la Independencia y de la Reforma.

Pero ya es menos lógico comprender por qué el Consejo puede mostrarse ofendido por los insultos a sus héroes nacionales y los católicos no pueden hacer lo mismo con su religión, al verla atacada. Y, francamente, cuando la ley orgánica impone el requisito de que para ser profesor se ha de poseer la ideología marxista en forma reconocida, ¿no parece algo forzado querer demostrar después que el ser católico no tiene nada que ver en esa expulsión?

Hoy nos vamos acostumbrando a que no se nos predique con el ejemplo. Está muy generalizada la postura egocentrista que nos permite hacer lo que creemos más oportuno, sea o no acertado, mientras combatimos con ensañamiento todo intento de nuestros vecinos de hacer otro tanto. Y así vemos cómo no sólo es posible, sino hasta obligatorio, hacer propaganda comunista aun “dentro de los centros docentes y culturales para desvirtuar los fines de la Universidad, llevando engañosamente a la juventud de Méjico a las filas del comunismo internacional”, mientras se presenta como un crimen de lesa majestad que el Arzobispo de Morelia aconseje a estos muchachos que “defiendan y reivindiquen sus derechos, aunque con hermosa y cristiana serenidad”.

Al Consejo universitario no se le ocurre ver en estas palabras más que el grito de guerra que debe encender las almas de los estudiantes católicos y encaminarles a derrocar la libertad de expresión y el espíritu revolucionario que siempre animó al Colegio primitivo y nacional de San Nicolás de Hidalgo, alma añeja e inmortal de la Universidad de Michoacán. La verdad es que deben tener mucho ímpetu estos católicos estudiantes si arenga tan comedida —por llamarla de alguna manera, pues no se trata precisamente de una arenga— logra llevarles a una revolución.

Por eso tampoco debe extrañar que cuando el Arzobispo de Morelia añade que su pensamiento y corazón está con ellos desde que empezaron a ser perseguidos y les aconseja oración para atraerse la ayuda de Dios; acción, serena y tranquila que les procure un buen resultado y fortaleza para perseverar en el bien y

sufrir por Dios, el Consejo Universitario aquilate hasta ver en estas palabras de exhortación cristiana un lenguaje incitante y sutil que les impulse a convertirse poco menos que en cabecillas revolucionarios.

¿No es profundamente lamentable contemplar todos estos acontecimientos en una Universidad que es sostenida con fondos públicos colectados del pueblo, que es en su mayoría católico, y donde el 65% de los estudiantes también lo son?—A. G.



Planificación económica en Colombia. La vida de un pueblo está cada día más ligada a su desenvolvimiento económico. Y más vinculada, también, al desenvolvimiento económico de los demás pueblos del mundo. Muchas actitudes políticas —hacia el interior y hacia el exterior—, muchos movimientos sociales, muchas campañas demagógicas, no obedecen a otros motivos. La táctica de infiltración marxista, concretamente, no puede operar sino sobre un campo de batalla que le sea propicio por el desequilibrio económico que en él reine.

De todo ello ha venido apercibiéndose Colombia en los últimos años, como lo demuestran los persistentes esfuerzos de los gobiernos de Ospina, Laureano Gómez y Urdaneta; pero sólo bajo éste, y muy recientemente, han culminado los proyectos de la Misión Currie y del Comité de Desarrollo Económico con las soluciones sometidas a estudio del Consejo Nacional de Planificación, cuyas realizaciones siguen un programa y acatan una doctrina que no son otros que los preconizados en sus Encíclicas por los Papas León XIII, Pío XI y Pío XII, esto es, una política social cristiana para conjurar el peligro comunista.

El mayor acierto y el verdadero camino del éxito está en el planteamiento económico del problema, tal como lo ha hecho el Gobierno colombiano actual, decidido a desembocar en una notable elevación de la renta nacional, bien nivelada y equitativamente distribuida, a través de un mediano plan de desarrollo económico, con el auxilio de créditos e inversiones del exterior, para asentar la paz social sobre un alto nivel medio de vida.

Colombia constituye una de las más importantes reservas económicas del mundo americano. Sus posibilidades agrícolas, ganaderas e industriales, la riqueza del suelo, subsuelo, aguas co-

rrientes y mar litoral, prometen un espléndido futuro. Y sobre esta base proyecta el Plan Currie carreteras, ferrocarriles, transportes aéreos, puertos, combustibles, energía eléctrica, regadíos, industrialización, viviendas..., tarea, en suma, que no podrá realizar siquiera una sola generación y reclamará planes coordinados y sostenidos durante varias décadas. Pero lo fundamental, dar el impulso y planificar por primera vez todas las empresas nacionales, está hecho.

Ahí están los tres mil pozos petrolíferos en explotación —con rendimiento mensual valorado en siete millones de dólares— con la red de oleoductos en construcción, financiados por la Texas Petroleum Company y la Tropical Oil Company; el tendido, ya iniciado, de los 378 kilómetros del Ferrocarril del Magdalena, vital para el riquísimo valle de este río; los proyectos de explotación carbonífera en la región del Cauca, agrícola en las de Bogotá y Tolima, y siderúrgica en Paz del Río; las “granjas familiares” en Río Saldaña, y el centro urbano “Antonio Nariño” con doce mil metros cuadrados de planta; la Asociación Nacional de Industrias, la Asociación Nacional de radiotelecomunicación, la Federación Nacional de Comerciantes... Y tantas otras entidades análogas con planes preparados para obtener nuevas fuentes de riqueza, bajo la disciplinada armonía de obreros y patronos; para difundir la prosperidad por carreteras, ferrocarriles y líneas aéreas nuevas; para sanear la Balanza Internacional de Pagos, e incorporar el país al concierto de las grandes economías, capitalistas pero cristianas, de la civilización occidental.

Cierto que los fenómenos económicos son contingentes y aleatorios, y que se requiere gran cautela al desencadenar el aumento de producción, pero Colombia es un pueblo joven plétórico de reservas vírgenes, y no ha de carecer de ayuda técnica y capitalista en su propósito. Merece, y confiamos que así ocurra, que éste su despertar económico discurra sin tropiezos hacia el “empleo total” manteniendo el más alto nivel medio de vida posible.—M. L. M.



España ante la O. N. U. Cualquier consideración estrictamente política falla cuando, exclusivamente con ella, se pretenden juzgar hechos como la invitación formulada a España por la mayoría de los países hispanoamericanos para que presente su solicitud de ingreso en la O. N. U. Es cierto que los dichos países han defendido desde hace tiempo la universalidad de la O. N. U., de la misma manera, aunque no con

idéntico sentido, que Rusia propugnaba el ingreso en masa de todos los países solicitantes. Y es cierto que, de una manera concreta, Argentina y Perú vienen trabajando intensivamente por encontrar una salida al problema de admisión de nuevos miembros, basándose exclusivamente en el carácter pacífico y la adhesión a los principios de la Carta Constitucional de los países solicitantes.

Quiere esto decir que hubiera sido lógico esperar, en el caso de que España hubiese solicitado ingresar en la O. N. U., el apoyo decidido de los países hispanoamericanos, de la misma forma que se podía esperar la condescendencia de Rusia, condicionada a la admisión en bloque de sus países satélites. Pero de una consideración estrictamente política del problema no cabía esperar más.

De ahí la trascendental significación de la invitación hispanoamericana. Porque no ha exagerado el embajador español, Sr. Lequerica, cuando, al recibir el documento afirmó que "habrá pocos precedentes de una gestión parecida alrededor de problemas concretos y aun de tendencias generales, de política, en que suelen agruparse los pueblos para actuar políticamente. El momento, muchas veces con urgencia, determina las actitudes. Pero encontrarse, como ahora, con el sereno y espontáneo requerimiento dirigido a una nación para, independientemente de toda actualidad, pedirle se incorpore a la labor común de los pueblos amantes de la paz, me parece un hecho nuevo o cuando menos poco frecuente".

Y en efecto es poco frecuente fundamentar una invitación política en el hecho de que los países hispanoamericanos "han visto con suma preocupación la ausencia en muchas deliberaciones del país descubridor de América, España, a la que tan ligados estamos por vínculos espirituales e históricos de carácter indestructible". No se trata, pues, de una medida puramente política. Ni siquiera se tiene esperanza en que, solicitada la admisión por España, ésta llegase a buen término; pero, como dice la Carta "las dificultades procesales que cualquier nación pudiera oponer... en nada disminuiría el entusiasta empeño de nuestras delegaciones para lograr que España ocupe el lugar que tan dignamente le corresponde".

Y es precisamente ese entusiasmo, en reconocimiento de los lazos indisolubles que nos unen, esa comunidad cultural entre los pueblos hispanoamericanos —por encima de afinidades o discrepancias políticas ocasionales— lo que a los españoles nos enorgullece. Es un paso más en la tarea de realizar efectivamente un bloque hispanoamericano que aporte al mundo sus ideales católicos.—G. M.



Gestión pacificadora de la Prensa cubana. Ante lo irreductible de las actitudes adoptadas en Cuba por el Gobierno y la oposición, la Prensa de aquel país exhortó a ambas partes a buscar el camino de la concordia. El proceder de la Prensa fué de irreprochable patriotismo, y encontró el beneplácito de la masa del pueblo y de las fuerzas políticas, que lo estimó plausible.

Pero ha transcurrido ya algún tiempo y, en la práctica, la situación continúa invariable. De nada o de poco sirvió el que los partidos y el Gobierno entregaran a la delegación de Prensa declaraciones oficiales exponiendo sus puntos de vista y que los delegados se constituyeran en mediadores haciendo llegar a cada antagonista los documentos de los contrarios.

Al fin y a la postre, y como era de esperar, el general Batista sostiene la trayectoria política que se ha trazado y los partidos —a excepción del liberal y del republicano que reconocen el hecho consumado de la situación actual— mantienen su actitud opositora en toda su crudeza al pedir el establecimiento de las instituciones sancionadas en los comicios de 1940 y la creación de un Gobierno neutral de transición para organizar elecciones de acuerdo con la Constitución y el Código electoral antes vigente y la sustitución de Batista por el magistrado más antiguo del Tribunal Supremo de Justicia. Condiciones que, como es obvio apuntar, el actual Presidente no aceptará nunca.

Batista declaró solemnemente el 21 de noviembre que él mantiene una actitud discreta consecuente con la gestión fraternal del bloque de Prensa y ratificó el propósito de celebrar elecciones generales en noviembre de 1953. El primer paso para esto último ha sido ya dado con la publicación del nuevo Código Electoral, que podrá ser modificado “a instancias de núcleos respetables de la opinión pública que aspiren a constituirse en partidos políticos”.

Ahora bien; previamente establece el flamante Código la reorganización de los partidos, que tendrá lugar el próximo marzo; mas no serán legalizados aquéllos que sean agrupaciones exclusivas de razas, sexo o clase; los que sean contrarios al régimen de gobierno representativo o democrático; y los que atenten contra la plenitud de la soberanía nacional. Señalamos que en casi todas estas definiciones prohibitivas queda implicado el partido comunista.

Pero hay más. Mientras Batista dice que cumple y seguirá cumpliendo los principios de la Carta de 1940, las elecciones a celebrar este mismo año, tendrán carácter de referéndum, por cuanto los votantes, juntamente con la papeleta usual habrán de deposi-

tar otra en la que se pronuncien sobre si es deseable o no una reforma constitucional.

¿Qué posibilidades quedan a la oposición para no abandonar su actitud, radicalmente contraria al golpe del 10 de marzo? No siendo probable un contragolpe para derribar a Batista, sus enemigos habrán de aceptar la lucha en el terreno a que éste los lleva. Es decir, aceptar el nuevo Código electoral, legalizar los partidos respectivos y acudir a las urnas. Porque la resistencia pasiva y negar la legalidad del Código les llevaría a la clandestinidad y a la persecución legal, sin más salida que la fuerza.

Por otra parte, Batista no ha dicho todavía que vaya a presentar su candidatura, aunque todo hace suponer que así suceda. En este caso, se vería, ¡de aquí a once meses!, si los sufragios le respaldan y puede continuar la obra política que él mismo define como "un régimen de autoridad basado en sentimientos democráticos".

Pero, hasta entonces, la lucha, al menos en el campo de lo meramente político, será muy enconada. Por ello sería deseable que la gestión pacificadora del bloque de Prensa, hallase eco favorable en la práctica para que el período de transición transcurra en una atmósfera de tranquilidad constructiva.—F. L. O.



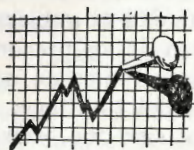
Cardenales americanos. La designación de veinticuatro nuevos Cardenales en el Consistorio que, por segunda vez durante su vibrante y sereno gobierno, ha convocado Su Santidad el Papa Pío XII, constituye un trascendental acontecimiento para el mundo católico, satisfaciendo las impaciencias que los fieles, la prensa y las cancillerías sentían desde hace algún tiempo ante las numerosas vacantes del Sacro Colegio. Por otro lado, las condiciones en que se celebra el Consistorio dejan sin efecto los incesantes rumores sensacionalistas acerca de una posible reforma de la Curia romana y Sacro Colegio. Por primera vez, desde hace bastantes años, han vuelto a completarse los tradicionales y canónicos setenta puestos del más alto cuerpo directivo de la Iglesia, con la normalidad y equilibrio que le son característicos; y, precisamente en esta falta de novedad estriba la primera de las modalidades interesantes del Consistorio.

La importancia de la función cardenalicia es progresiva, cons-

tituyendo en la actualidad la suprema asamblea eclesiástica, a un tiempo Corte y Consejo, que da garantía y continuidad al gobierno de la Iglesia Católica. Tan altas atribuciones exigen de los preconizados, suficientes méritos y virtudes que sean claro índice de una celosa y diligente labor, porque, según testimonio del Pontífice, la elección constituye no sólo un acto de gobierno, sino un premio que honra a la persona como dignidad eclesiástica y al país al que pertenece. La Iglesia llama a los hombres de cualquier lugar del mundo, y esta posición va desmoronando, poco a poco, con la discreción propia de la diplomacia vaticana, aquella mayoría italiana que en otro tiempo, las circunstancias y la costumbre sostuvieron; hasta el extremo de que actualmente se encuentran representados en el "Senado" católico la casi totalidad de razas, lenguas y continentes. Este internacionalismo, abigarrado y diverso, está unificado espiritualmente por la fortaleza y común misión que tienen dentro de la verdad y funciones de la Iglesia Católica, "que pertenece a todos y a todos acoge con el mismo amor y solicitud".

La creación de estos Cardenales supone la valoración de otros muchos aspectos, pero queremos destacar la designación de los primeros Cardenales de Colombia y Ecuador que prueba la vitalidad y consistencia que el catolicismo reviste en estos países. En cambio Estados Unidos pierden un cardenal, en vez de aumentarlo como se preveía. América obtiene en el Consistorio, contando el nuevo Cardenal de Canadá y el de Brasil, cinco puestos, que unidos a los que ya regían anteriormente, suman dieciséis. Esta cifra indica con claridad que las actividades católicas americanas merecen amplia consideración por parte del Vaticano, porque el Continente, y en particular Hispanoamérica, juega hoy y tiene reservado en el futuro, una importante función en la vida católica. La hora presente, llena de discordias y confusiones espirituales, con la amenaza de una renovada campaña protestante por medio de la llamada "obra misiona en América Latina" exige mayor cohesión y renovación del apostolado en esos núcleos católicos y la oportunidad de la nueva y estratégica creación cardenalicia ha de llevarles el vigor que necesitan.

Colombia y Ecuador han sido honradas porque pueden considerarse católicas en una abrumadora mayoría; y esta dimensión de su ser, que es un resultado de su cultura hispana, congratula a España que, mejor que nadie, comparte el júbilo de los católicos americanos.—R. G. B.



Control de precios y salarios en U. S. A.

Difícilmente volverán a tener los Estados Unidos un Presidente tan discutido como Mr. Truman. Vehemente, irreflexivo y arbitrario, su gestión presidencial se apuntó indiscutibles éxitos junto a escandalosos fracasos. No es ocasión de hacer recuento de unos y otros, pero sí lo es de señalar la última "tempestad" —así lo calificó *The New York Times*— promovida por una de sus más recientes decisiones. Tempestad que pretendió justificar con el generoso propósito de asegurar una pacífica transmisión de las "pesadas responsabilidades de gobierno" a la nueva Administración, en una "atmósfera tan tranquila como fuese posible", pero que deja planteado a los republicanos un problema de difícil solución por el precedente sentado.

Desde hace un par de años, y para evitar que el fenómeno de los ciclos económicos alcanzase proporciones alarmantes ante la presencia de signos inflacionistas, el gobierno estadounidense adoptó un programa de estabilización económica, uno de cuyos instrumentos más eficaces había de ser el "control oficial de precios y salarios", para evitar la inflación que, sin esa precaución, suele acompañar a todo auge productivo.

El instrumento de control fué el W. S. B. —Wage Stabilization Board—, integrado hasta el 15 de febrero último, por nueve miembros —representantes de la industria, del trabajo y del Estado, por partes iguales—, y, desde esa fecha, por doble número de miembros.

Ya desde junio último, la prensa empezó a reflejar cierto desasosiego en torno a esa política con ocasión de haber rechazado el Senado una propuesta para que el control cesase a partir del 30 de dicho mes. Poco después, en septiembre, aumentó la inquietud y se abrió la primera brecha en la política de estabilización de los salarios. John L. Lewis, jefe de los mineros del carbón, negoció la elevación de sus salarios en un dólar noventa centavos por día. El W. S. B., en octubre, dictaminó que sólo podía elevarse en un dólar y cincuenta centavos. Mr. Lewis amenazó con la huelga de los 350.000 mineros, y mientras la Administración y ciertos prohombres, como el Presidente de la Steel Unión, consideraban que el ceder conduciría a un desastre irreparable para la estabilización de precios y salarios, Mr. Putman, Jefe de la Agencia de Estabilización Económica, sugirió que se estudiase más detenidamente el problema.

Pero sin esperar la respuesta, más de las dos terceras partes de los mineros se declararon en huelga, ante la repulsa general de la prensa y de la opinión pública que apelaban al respeto de las leyes aprobadas. Las elecciones presidenciales estaban encima y el problema se convertía en un arma que habían de utilizar, en su propio provecho, tanto Lewis como Truman, que, en ese crítico momento, tomó la sorprendente decisión de conceder el aumento de salario exigido por los mineros, sin perjuicio de mantener en vigor el programa de estabilización económica.

¿Hubo —como le acusa un sector de la prensa— compromisos electorales que le forzasen? Lo cierto es que, Mr. Cox, como Presidente, y la representación industrial del W. S. B. en pleno, dimitieron, haciendo pública su carta al Presidente en la que le acusan de “violiar el democrático principio de igualdad” y de “mantener formalmente la estabilización sin observarla”, al sacrificar el interés general de la nación por los bastardos egoísmos de un reducido sector económico y hacer ciudadanos de dos categorías.

Lo peor del caso es que la nueva Administración, según parece, tendrá que resolver antes del 30 de abril el problema de la suspensión o del mantenimiento del control, ahora en plena crisis por el precedente sentado, que enseña cómo puede romperse un programa de estabilización económica y burlarse una ley democráticamente aprobada por el pueblo soberano. Esa es la “tranquila atmósfera” que Truman pretende legar a Dwight D. Eisenhower.—M. L. M.

INFORMACION CULTURAL



El sector agrícola en México ha experimentado cambios significativos en las últimas décadas, pasando de una estructura tradicional a una más moderna y competitiva.

La agricultura en México ha sido históricamente el sector más importante de la economía. Sin embargo, en los últimos años ha enfrentado grandes desafíos, como la pérdida de tierras, la falta de agua y la competencia internacional. A pesar de esto, el sector sigue siendo vital para el sustento de millones de mexicanos.

En el estado de México, la agricultura es una actividad clave. Se producen una gran variedad de productos, desde frutas y verduras hasta granos básicos. El gobierno estatal ha implementado diversas políticas para apoyar a los agricultores y mejorar sus condiciones de vida.

La modernización del sector agrícola en México requiere de inversiones en tecnología, infraestructura y capacitación. Es necesario promover prácticas sostenibles que permitan aumentar la productividad sin dañar el medio ambiente. Además, es fundamental fortalecer los canales de comercialización y mejorar el acceso a los mercados internacionales.

INFORMACION CULTURAL

Situación agraria en Méjico



A tierra, los hábitos del hombre y las tendencias reformadoras han provocado en Méjico una situación agraria complicada.

La actividad rural pesa de tal modo en Méjico que el mapa agrario reproduce casi exactamente el del reparto de la población. La influencia de las cuestiones agrícolas en la vida mejicana es un hecho fundamental para el desarrollo de la nación. Ha sido siempre así: en la época prehispánica, durante el período español y en los tiempos actuales. Los hombres de gobierno mejicanos lo han comprendido especialmente a partir de los comienzos de este siglo. Por ello, la reforma agraria ha llegado a ser el caballo de batalla de la vida política.

Esta situación agraria de Méjico, como la de todos los países, es el resultado de los esfuerzos del hombre para aprovechar la tierra. Ahora bien, en el fondo, encontramos siempre el problema del reparto de la propiedad y el de la explotación del territorio a través del sistema distributivo de la tierra.

Por eso, si hablamos de la situación agraria de Méjico, hemos de fijarnos en el hecho determinante de este estado de cosas: el ejido, que se alzó frente a la distribución del territorio en haciendas, para repartir más equitativamente el suelo y para obtener de él mayores rendimientos.

Las antiguas formas de poseer la tierra

Siempre han coexistido en Méjico dos formas de propiedad: la privada y la pública. En la época española las formas aztecas y las que introdujeron los españoles vivían juntas, pero casi nunca se mezclaron. A veces se oponían, a veces marchaban paralelas.

Además, la oposición fué menos fuerte en Méjico por existir formas aztecas de propiedad parecidas a las españolas. El calpulli es un tipo azteca de propiedad comunal, aunque con cierto carácter de propiedad privada, pues se hacía una repartición de lotes entre los cabezas de familia. Es, más o menos, equivalente al aillú incaico.

Pero también existieron los grandes terratenientes: los señoríos aztecas. Estos sirvieron de precedente a la instalación de las encomiendas españolas que, aunque distintas en espíritu, origen y finalidad, tienen rasgos comunes.

Paralela a la institución del calpulli fué la española del ejido, que es distinta a la que hoy se conoce con el mismo nombre. El carácter distintivo del ejido español se basa en la comunidad de pastos y leñas, junto con el libre paso a través de los terrenos comunales.

De la encomienda a la hacienda

La transformación fundamental del paisaje agrícola mejicano es reciente y ha ocasionado la desaparición de la hacienda, cuyo origen se remonta a los primeros años de la acción española en Indias: a la encomienda.

La encomienda indiana establecida en Méjico sufrió un rudo golpe con las Leyes Nuevas del año 1542; lo que no se perdió fué el modo de explotar el suelo bajo el sistema de la encomienda. Así, la hacienda se convirtió en su heredera.

El ejido vino a manos de indígenas o mestizos, mientras la hacienda quedaba en poder de españoles puros o casi puros. De este modo, la separación de dos clases sociales coincidía con la de dos formas diferentes de propiedad. A través de esta separación se adivinan dos programas políticos distintos para el futuro.

La concentración de la propiedad

La existencia de grandes latifundios no se debe solamente a los españoles. Desde la independencia fué aumentando la propiedad de los terratenientes, en forma tal que, al llegar la fecha de la revolución, los grandes terratenientes dominaban en Méjico.

En 1823, 10.000 terratenientes poseían la mayor parte del país. La desigualdad social era manifiesta. La revolución que llevó al poder a Benito Juárez, en 1857, se oponía precisamente a este injusto reparto de la propiedad.

Sería interesante hacer el inventario de los territorios que, de 1900 a 1904, acumularon los grandes propietarios mejicanos en Chiapas, en Chihuahua, en Sonora, en Yucatán, en Durango..., etc. Pero, únicamente importa indicar que, por ese medio, o promoviendo composiciones de parcelas y denunciando baldíos, los terratenientes se adjudicaron grandes extensiones de terreno. En Tamaulipas una entidad llegó, por este triple proceso, a poseer 600.000 Ha.; y en San Luis Potosí, un sólo propietario, tres millones de Ha.

El proceso de concentración de la propiedad se agudizó bajo el régimen de Díaz, en 1910, y quedó tan arraigado que se notaba aún en 1930. Las haciendas ocupaban en esta fecha el 83'4% de la tierra de labor (y eso que ya había comenzado la redistribución agraria). El ejido constituía, entonces, solamente un 6'3% de las tierras cultivadas.

La revolución

En 1910 la situación era aterradora. El 95% de los cabezas de familia rural no tenían propiedad, lo que representaba once millones de habitantes, de un total de quince, que entonces tenía Méjico. En consecuencia, en las pequeñas comunidades prevalecían condiciones miserables de vida y las enfermedades hacían estragos. De toda Hispanoamérica sólo en Chile se planteó una concentración de propiedad semejante.

La hacienda era, como en Chile, no sólo una gran propiedad, sino un modo de vida. Sus propietarios obtenían prestigio social y seguridad económica. Frente al nivel de vida del trabajador, el del propietario era muy alto. Se educaba en Europa, vivía en el mundo del comercio, dejaba la propiedad en manos de administradores y trasladaba su residencia a la ciudad de Méjico.

Contra este estado de cosas, siempre había habido protestas. Por fin, cristalizaron en la revolución mejicana de Madero (1910) a Carranza (1915). Ella creó el artículo 27 de la Constitución del año 1927, donde la propiedad se reconoce, pero declarándosela dependiente de la armonía social.

La propiedad antes de 1935

Aunque la reforma agraria comenzó en estas fechas, sólo se advierte la gran transformación a partir del año 1935.

Coexistían tres formas de propiedad.

La hacienda constituía una amplia posesión privada que abarcaba más de mil Ha. Su pérdida de importancia comienza bajo la presidencia de Cárdenas; pues, mientras en los anteriores veinte años se repartieron ocho millones de Ha. entre 750.000 campesinos, entonces se llegó a distribuir 18.000.000 Ha. entre un millón de trabajadores. Así pues, la hacienda no tenía ya papel de importancia.

De características semejantes a la anterior forma de propiedad era el rancho, una hacienda en pequeño, trabajada por sus poseedores y con una extensión media de 2'4 a 2'8 Ha. La reforma agraria ocasionó un cierto cambio en los ranchos, pero no su desaparición.

Hacienda y rancho son propiedades privadas. Frente a ellas aparece el ejido, comunidad agraria en la que el título de propiedad es común, que recibe su terreno en virtud de las leyes agrarias de la revolución. Pero, la importancia del ejido crece cuando pierde extensión la hacienda, principalmente desde 1933; porque si la primera ley del ejido se promulgó en 1921, hasta 1933 no se efectuó la expropiación y, en consecuencia, el reparto de tierras y la dotación de los ejidos.

Casi la mitad del programa de redistribución agraria a realizar entre 1916 y 1945, se desarrolló en cinco años, de 1935 a 1940. Comienza entonces una etapa de reorganización y de nuevas conquistas para la agricultura, porque la nueva estructura agraria exige un cuidado continuo y un afán progresivo de superación.

La urgencia del reparto de tierras ha hecho que, a veces, se realizase con demasiada precipitación. Así, en la región lagunera, cuyo reparto se efectuó en pocos días, se originaron disputas debidas a la imprecisión de los límites de las parcelas y al aprovechamiento del agua. También ocurrió algo parecido en Sinaloa, zona de experimentación agraria, donde los resultados no fueron tan ventajosos como se esperaban; pues, si el reparto se hizo con gran apoyo del gobierno, no se previó la afluencia de población, que hizo escasear la tierra y rendir una producción insuficiente.

Reparto actual de la propiedad

El ejido ha llegado a constituir la clave de la economía rural. Está organizado como una entidad política, que tiene una asamblea general, un comité ejecutivo y otro de vigilancia. El Estado tutela su existencia proporcionándole medios técnicos, enseñanza y créditos financieros.

En un principio, la dotación de los ejidos se hizo mediante graciosa donación por el gobierno federal de los terrenos expropiados. Ultimamente, se ha variado el procedimiento de reparto, pues el terreno se da al colono con la condición de que liquide el valor del mismo en un plazo mínimo de cinco años. Así se ha realizado al repartir las tierras baldías del Estado de Coahuila, Sonora, Sinaloa y costa de Hermosillo por la Comisión Nacional de Colonización.

Ello significa que la preocupación principal del gobierno mejicano en la cuestión ejidataria es la base económica, el capital con que puede llevar a cabo la reforma agraria. Recientemente tenemos un ejemplo concreto. Los cosecheros de Méjico, reunidos en la Asociación Nacional, proyectaron en junio de 1952 la fundación de un banco para el incremento de la producción agrícola. El capital inicial es totalmente mejicano: el 51% lo aporta el medio millón de agricultores asociados; el resto lo dan instituciones semioficiales (24%) y el gobierno federal (25%). Parece, pues, que uno de los requisitos necesarios para la mejor producción agrícola está asegurado; porque el capital mejicano puede poner ya en marcha entidades bancarias que subvencionen las empresas agrarias.

La distribución de las tierras ha continuado su marcha. Ha llegado a veces a parcelar propiedades privadas que con ello han salido perjudicadas. Pero no interesa el caso particular.

En 1945, la mitad de lo cultivado, la cuarta parte de las granjas, estaban divididas en 15.000 ejidos, con 5 millones de habitantes, la tercera parte de los productores rurales del país. Sin embargo, este gran porcentaje de que goza la propiedad ejidataria no refleja su situación real. Porque, si cada ejidatario dispone de 18 Ha. por termino medio, de ellas sólo 4'4 Ha. son prácticamente productivas.

En cuanto al régimen de explotación de esta clase de propiedad, hemos de añadir la diferencia que hay entre los ejidos que cultivan colectivamente la tierra y aquellos otros en los que sus propietarios tienen asignada su correspondiente parcela; estos, son la mayoría.

Quedan aún restos de la pequeña hacienda, creaciones de los mismos hacendados, ante el peligro de la expropiación total. A esta clase, puede decirse que pertenece todo lo que actualmente hay de propiedad privada.

Para reflejar exactamente las relaciones entre la tierra perteneciente a la propiedad privada y la del ejido, nada mejor que fijarnos en los datos estadísticos del censo de 1940. Representan

un gran avance respecto a 1930. En efecto, en dicho último censo, los ejidos disponían del 47'4% del terreno laborable, y el 56'2% del regadío. La misma proporción, pero con mayor porcentaje aún a favor del ejidatario, la encontramos comparando el número de propietarios de una y otra clase de propiedad.

Consecuencias de la redistribución agraria

Preston E. James, en la edición de su Geografía de Hispanoamérica de 1950, ha resumido en ocho puntos, que en líneas generales vamos a seguir, los resultados de la reforma agraria.

A consecuencia de la redistribución agraria, la producción ha sufrido variaciones en cantidad y en rendimiento; por eso, nos interesa en primer lugar poner en relación la reforma y el aumento o disminución de la producción.

El maíz, el trigo y los frijoles presentan un fuerte descenso a partir de la puesta en práctica del programa ejidal. Esto se aprecia claramente en el hecho de que Méjico ha tenido que importar, desde entonces, maíz y trigo. A principios de mayo de 1952 se anunciaba ya la compra de 50.000 toneladas de maíz a Estados Unidos; asimismo, se informaba al público que se estaban importando fuertes cantidades de trigo.

Estos productos ya eran importados en la época de Díaz; pero, tratándose de los más esenciales, por ser base de la alimentación, tal importación indica que la situación agrícola, a este respecto, no ha hecho progreso alguno.

Lo sí se ha modificado es la estructura agraria de la región que ha pasado siempre por ser el granero de Méjico: el Bajío. Aquí resultan más productivos, ahora, la alfalfa y otros forrajes; por lo que el maíz, que no logra rendimientos muy superiores a los siete quintales métricos por Ha., se cultiva cada vez menos. El hecho tiene fácil explicación si consideramos el auge de una ganadería que ha quintuplicado su número de cabezas; pero no es esto lo único que nos interesa resaltar, sino el que —como se comentaba hace poco en el diario "El Universal" de Méjico— "puede llegar el momento en que los ejidatarios y pequeños agricultores se nieguen a cultivar maíz, por incosteabilidad, y entonces, si no hallan facilidades para dedicarse a otros cultivos, abandonen las tierras —como ya acontece en diversas regiones— y se sumen al proletariado obrero de las ciudades o emigren como braceros".

Pero, el decrecimiento de las cosechas de maíz y trigo se debe

a la diversificación de los cultivos, que en otros productos registran un verdadero aumento.

Desde 1946 es la ganadería una rama económica que prospera. Por otra parte, han experimentado un aumento productos tales como la piña, el plátano, tomates, arroz, caña de azúcar, algodón y garbanzos.

Sin embargo, la producción de algodón atraviesa por alternativas. Durante 1952 se consideraba que en la región de La Laguna la cosecha sería inferior en un 35% a la ordinaria. Ello es debido a la irregularidad de las precipitaciones. En cuanto a la producción de garbanzo, si Méjico ocupa el segundo lugar mundial, como los consumidores son muy reducidos, la producción ha tenido que limitarse.

Repercusión del régimen ejidal

Los rendimientos después de la reforma agraria han disminuído. Es interesante constatar que la producción en los ejidos es menos eficiente que lo era en las haciendas o que lo es en la propiedad privada actual. Remitiremos, a quien interese comprobar esta afirmación, a los estudios de Whetten.

Si a esto se añade que las instituciones de crédito, el Ejido Bank, en 1940, tenía una deuda permanente —pues el 31,4% de los ejidos no eran capaces de amortizar sus créditos, y el 54,4% de ellos era problemático que los amortizasen—, se comprenderá la difícil situación por la que ha atravesado el programa del ejido.

También es un tanto en contra para la reforma el que los ejidatarios hayan comenzado sus trabajos sin conocimientos técnicos adecuados, con lo que la erosión del terreno ha agravado el provenir de los cultivos.

En el aspecto educativo, la revolución se ha apuntado el mayor de sus éxitos. En efecto, en 1910 se contaba un 70% de analfabetos entre la población de más de diez años; en 1940 esta proporción se había reducido al 51,5%. Ello supone el aumento de capacidad para el progreso. Así el hombre ha podido, al mejorar su educación, participar eficazmente en la tarea nacional.

Por otra parte, la experiencia individual y social que ha acreado la implantación del ejido, al liberar al hombre de la monotonía de la hacienda, es, indudablemente, una ventaja positiva.

En fin, los negocios han sufrido una transformación. Si la gran industria o el comercio al por mayor no han aumentado de volumen, es indiscutible el mayor movimiento de negocios al detall en plazas como Torreón.

Sólo queda una tarea ineludible: la lucha contra las circunstancias meteorológicas, que ponen de relieve la importancia de las obras de regadío, impulsadas a un ritmo constante. Las generaciones de estudiosos mejicanos que, ahora, se enfrentan con la cuestión agrícola, tienen planes atrevidos. Se habla ya, seriamente del aprovechamiento de la región oriental de la república; se piensa en la conquista del desierto, como medio de hacer surgir nuevas zonas agrícolas —con las que pudiera incrementarse la superficie laborable de la nación—; o incluso ciertas sociedades agrícolas —similares a las existentes en Norteamérica—, como las “Cuatro H.” (Honor, Hermandad, Hidalguía y Habilidad), tienden a la preparación de los agricultores del futuro, para lo que se ha establecido un plazo de admisión entre los dieciocho y los veinticinco años.

Recapitulación sobre la reforma agraria

Las metas del programa consistían en lograr una mayor participación del pueblo en los beneficios económicos, un reparto más igualitario de tierras, mayor rendimiento agrícola y, en fin, la integración del elemento nacional en la empresa común de la república mejicana.

A la vista de los resultados obtenidos por la reforma, ya indicados, podemos sacar la conclusión exacta sobre el beneficio o los inconvenientes de ella.

Hemos de señalar, sin embargo, que la reforma ha tropezado con serias dificultades. Por una parte, la falta de capital —que ya tiende a subsanarse—, la necesidad de utillaje —propia de una nación de estado incipiente de industrialización— y la falta de preparación cultural para la realización de la reforma. Constituye también un serio inconveniente el carácter laico de la educación que ha tratado de darse al agricultor. Pero no es todo esto el fallo fundamental de la reforma, sino más bien el que no se haya tenido en cuenta, al repartir las tierras, el aumento demográfico, que, por cierto, ha sido realmente intenso en la década 1940-50: cinco millones de habitantes.

En el propio Méjico es muy difícil saber los resultados exactos de la reforma. Los sinarquistas afirman que no ha alcanzado éxito. Los revolucionarios aseguran, enfáticamente, que sí.

Como la pequeña propiedad está a merced de las nuevas disposiciones agrarias, hoy, la Corte Suprema de Justicia pretende restablecer las garantías de su propiedad. Ello no sabemos aún si pasa de proyecto. Significaría un decidido avance en pro del equi-

librio de las fuerzas rurales del país. Nos habla también de un estado de injusticia, que no hace mucho refería un periodista afirmando "que, como es bien sabido, a la sombra de la reforma agraria se han cometido terribles abusos, cuyos resultados han sido la desmembración de la propiedad rural y la bancarrota de la producción agrícola. A pretexto de planificar ejidos y de dotar de tierras a reales o supuestos campesinos, apenas un predio ha sido cultivado y promete buena cosecha, suelen caer sobre él los políticos incrustados en las comunidades campesinas y desplazan a los legítimos dueños, escudándose en el fácil expediente de una petición de tierras sobre las cuales alegan derecho".

Con todo, el panorama del Méjico agrario nos ofrece un intento ejemplar de resolver los problemas de los cuales depende el bienestar social de la nación. Un ejemplo que puede ser aprovechado por muchos países.

Ladislao Gil Munilla

Importación de capitales en Colombia



ERECEN una máxima atención los futuros fenómenos económicos de América. Se ha iniciado allí una era de experiencias, cuyos resultados supondrán una definitiva lección de Economía Política. Se va a dar adecuada respuesta a la polémica mantenida en torno a los múltiples problemas planteados hoy; se va a señalar el acierto o desacierto de las soluciones preconizadas por distintos economistas; va a decidirse, en fin, entre la estabilización del sistema y de la teoría económica hoy imperantes, y el paso a otra estructuración económica del mundo, tan dispar con la actual, como pudo serlo la del "laissez faire" respecto a la mercantilista. Y lo más grave del caso es que esa lección será también definitiva en el orden político y social, por cuanto que la vida de los pueblos, por horas, se vincula más íntimamente a su propia y peculiar fenomenología económica, cada vez, también por horas, menos propia y peculiar, dada la creciente universalización de esa fenomenología y la progresiva subordinación de todos los países a la mecánica del consumo y de la producción mundiales.

Por lo tanto, ni debemos ni podemos permanecer ajenos o indiferentes en esta era de experiencias. No sólo porque tengan como principal escenario un continente al que tan vinculados estamos

espiritualmente, sino también porque su resultado habrá de afectarnos, de modo irremisible, por el fáctico y universal imperio de lo económico. Es más, debemos sentirnos beligerantes en las batallas económicas que se libren, para procurar que el resultado sea la estabilización de un sistema y de una teoría económica inspirada en principios cristianos, y no el triunfo de otro que pudiese significar la anulación de la personalidad y la destrucción de uno de los instrumentos con que poner a prueba nuestro libre albedrío para hacernos acreedores de premio o de castigo en nuestro vivir perfectible hacia el último y trascendente fin del ser racional creado. Es fundado, pues, el interés por esta era de experiencias económicas iniciadas en América.

Dos concepciones

Para nadie es un secreto que los EE. UU. representan hoy el más firme bastión de la economía que se llama "capitalista" y que allí, por el alto nivel de empleo logrado, al aumentar la capacidad de consumo y de inversión, el nivel medio de vida es también muy alto, habiéndose suavizado las diferencias que en el poder adquisitivo de las distintas clases sociales se observaban, con desaparición casi total de la irritante existencia del paro y de los menesterosos que no podían satisfacer las más imperiosas necesidades de todo ser humano. Frente a ellos, la Unión Soviética, en pos de la hegemonía mundial, combate para hacer fracasar el régimen capitalista en cada país y entronizar su economía estatal, en la que un Comité central determina los tres problemas básicos —"que", cómo" y "para quién" ha de producirse—, sin que a los consumidores les quede posibilidad de expresar sus preferencias, sin que a los productores les quede arbitrio alguno en su actividad productiva, y sin que la inversión pueda encauzarse por otro camino que el de la suprema conveniencia del Estado, pues fábricas, tierras y capital son propiedad de empresas estatales, de tal modo que, si no existe paro, no puede decirse que el empleo total haya elevado el nivel medio de vida, pues, para aumentar la capacidad de inversión y la producción de bienes de consumo y se mantiene a la población en un régimen de subconsumo, absorbiendo el Estado todo el ahorro como fuente de ulteriores inversiones.

En esta batalla, los Estados Unidos se procuran aliados ayudando a otros países con su capital, para ser ayudados, de rechazo, por el robustecimiento del sistema capitalista de los mismos. De ese modo, si los países ayudados logran, merced al capital norte-

americano, elevar su nivel de empleo y su nivel medio de vida, la infiltración marxista no encontrará grieta propicia en ellos. Pero existen países que, ante la hegemonía económica de los EE. UU. que ello supone, se resisten a entrar en su órbita y pretenden, con fórmulas de economía nacional autárquica, mantenerse independientes; y para no brindar tampoco posibilidades al comunismo, procuran —ya que ni la inversión ni la producción de bienes de capital puedan ser muy elevadas— mantener un nivel medio de vida aceptable mediante una justa y equitativa distribución de la renta nacional que, eliminando la posibilidad de ahorros excesivos, los mantenga en el nivel congruente con las necesidades de una inversión dirigida a producir los bienes de consumo solicitados por aquel nivel medio de vida y por los bienes de capital que han de reponerse.

Los EE. UU. conocen perfectamente lo crítico del momento económico que atraviesa el mundo, y los obstáculos a vencer en su propósito de estabilizar el régimen capitalista que abanderan. J. A. Estey, en su "Tratado sobre los ciclos económicos", se hace eco de ello al señalar cómo los acontecimientos han comenzado a afectar seriamente los fundamentos de la estructura económica de los EE. UU. De un lado, porque si el progreso de la colonización interior hacia el Oeste concluyó con el siglo XIX, el monopolio de la Unión Soviética, junto con el desasosiego del Extremo Oriente, han cerrado hoy campos a la inversión en grandes áreas industrializables. Por otro lado, la declinación del crecimiento en la población, al afectar en mucho a la tasa a que puede hacerse la inversión en el territorio propio, destruye otro de los sostenes del progreso material norteamericano, el cual depende, desde ahora más que nunca, del futuro de la tecnología y los inventos. "Si junto con el lento aumento de la población —dice Estey— y el cierre final de las fronteras en todas partes del mundo, se crea una situación que disminuye la posibilidad de inventos, entonces, en realidad, la larga tendencia de progreso puede haber alcanzado su punto de flexión. Si este hecho se realizara, la gran depresión se convertiría, no sólo en una depresión secundaria de postguerra, o en la depresión mayor que acompaña la vuelta del ciclo de Kondratieff, o cualquier otro de los posibles tipos de depresión, sino que representaría uno de los puntos de flexión mayores de la historia y "el principio del fin del sistema capitalista."

Los EE. UU. saben —y así lo afirmó categóricamente A. H. Hansen— que el crecimiento de la población y la apertura de nuevos territorios fueron los causantes de la mitad del volumen total de una nueva formación de capital. Pero el crecimiento de la po-

blación ha disminuído y alcanzará la estabilidad dentro de pocas décadas, en tanto que no queda mundo por explorar y ocupar. La única solución está en canalizar las inversiones y el desarrollo económico en áreas de bajos niveles de vida donde los índices demográficos tengan signo ascensional. América central y meridional presentan esas áreas. Ayudándolas, se ayuda a sí misma Norteamérica. Pero mientras algunos países, encabezados por la Argentina, rechazan esa ayuda, otros, como Venezuela, la aceptan. He ahí las experiencias que abren el interrogante de la economía actual americana. ¿Cuáles serán los resultados de una y otra postura? ¿Se afianzará el sistema capitalista del área territorial subordinada a la economía norteamericana? ¿Fracasará, desembocando en la más angustiada depresión? ¿Serán capaces de mantener un nivel medio de vida aceptable los pueblos que rechacen la ayuda? ¿Desembocarán en un coma de la renta nacional incapaz de reanimación?

La respuesta, hoy por hoy, no puede darse. Estamos en una época en que los economistas, según frase de Orange, se basan los unos en los errores de los otros, sin ponerse de acuerdo sobre cuál sea el camino a tomar. La conveniencia o inconveniencia de cada uno, ha sido, es, y será, en cada período histórico, para cada país, y en cada actividad económica, problema de solución, en parte conocida, en parte a investigar, y en gran medida ignorada, no investigable y contingente: cuestión llena de complejidades, pues en las reacciones individuales y sociales no puede alcanzarse la precisión de las ciencias físicas. Pero, el que no pueda darse una respuesta con pretensiones de profecía infalible no significa que no debamos preocuparnos por el estudio del fenómeno económico. Por el contrario, ello exige una mayor atención, para estar dispuestos a corregir inmediatamente, y en lo posible, las desviaciones que se produzcan en el desarrollo previsto.

Economía colombiana

Entre los fenómenos económicos cuyas consecuencias pueden constituir enseñanzas y advertencias inestimables, queremos referirnos ahora, de un modo concreto, al experimento económico cuyo escenario es Colombia.

El Gobierno de este país ha decidido desarrollar su economía conforme a una mediata planificación, puesta en marcha con el auxilio de créditos e inversiones del exterior —principal y casi exclusivamente de los Estados Unidos—, que precisará varios lustros para su realización, pues comprende carreteras, ferrocarriles, trans-

portes aéreos, puertos, combustibles, energía eléctrica, embalses y regadíos, intensificación de las explotaciones mineras y petrolíferas, industrialización general y urbanización, etc....

Colombia constituye, sin disputa, una de las áreas de bajo nivel de vida, con índice demográfico ascensional, que los economistas norteamericanos señalan como posible solución para el mantenimiento de su régimen capitalista, si hacia ella se canalizan las inversiones. Las inversiones del capital de los E.E. UU. en Colombia, por consiguiente, favorecerán a ésta, al promover su desarrollo económico y elevar la renta nacional y el nivel medio de vida, pero también serán beneficiosos para aquel país, al permitirle contener una depreciaación del dinero, por su expresiva oferta en el interior, seguida de la consiguiente exagerada inflación, que, a su vez, conduciría a una grave crisis, al desequilibrio económico, al desasosiego de las masas en paro, y a la perturbación de la paz política y social.

Los E.E. UU. lo saben bien, como lo demuestra su política de estabilización, a través del control oficial de los precios y salarios, tan discutida en estos momentos; y Colombia también lo sabe, pues la planificación que ahora ha puesto en marcha su Presidente, doctor Urdaneta, ya fué concebida por sus antecesores, Ospina Pérez y Laureano Gómez, para poner un valladar a la infiltración marxista con una política económica cristiana que permita llevar el bienestar a las gentes menesterosas al elevar el nivel medio de si la renta nacional, acrecentada, se distribuye con justicia y equidad.

Para que el ambicioso plan de recuperación económica concebido pueda ser un hecho, se precisa un gran volumen de inversiones, no sólo en divisas, sino también en bienes de capital —maquinarias, etc.— y concesiones de créditos. Por eso, el Presidente Urdaneta, en su mensaje al Congreso Nacional, convocado con carácter extraordinario en los primeros días del pasado julio, sometió a discusión un proyecto de ley por el cual se declararía libre la importación de capitales extranjeros en inversiones de moneda o de títulos que la representasen, aceptables por el Banco de la República, en maquinarias y equipos industriales, agrícolas y mineros, o en préstamos concedidos en dinero efectivo por plazo no inferior a un año. Se argumentaba la conveniencia de la aprobación en los efectos inmediatos que habría de producir, poniendo de manifiesto el incremento de la prosperidad general que análoga política había producido ya en otros países americanos, y no sólo de la América del Sur, pues el mismo Canadá había logrado trans-

formar la economía rudimentaria del país, pasando a ser nación industrializada, merced a la inversión de capitales extranjeros.

El proyecto no dejó de ser discutido, presentando algunos teóricos el temor de que la competencia de capitales foráneos pudiese arruinar a las industrias nacionales ya establecidas, y señalando, otros, el riesgo de que la importación del capital extranjero repercutiese desfavorablemente en el cambio. Concretamente la FE-NALCO —Federación Nacional de Comerciantes— pidió que las importaciones de capital se realizasen con cautela y que se protegiese la industria nacional, ayudando el equilibrio de la balanza internacional, para evitar que una política imprudente pudiese conducir a la necesidad de adoptar drásticas normas de restricción o cambiarias, que podrían ser muy dolorosas para quienes tuviesen deudas en el exterior, teniendo en cuenta que los aranceles aduaneros, por la elevación de sus tarifas, contribuyen a la descapitalización y encarecimiento, mientras el crédito bancario, sobre todo en provincias, con su 10 % de intereses, proporciona un dinero caro, poco apto para inversiones productivas. Sin embargo, los organismos asesores en materia económica aconsejaron la aprobación, al mismo tiempo que el senador norteamericano Bourke Bhickenlooper anunciaba el deseo de los inversionistas privados de su país por vincularse en el desarrollo agrícola e industrial colombiano, y los estudios iniciados por el Banco de Importación y Exportación de Washington en torno a la posibilidad de abrir nuevos créditos y otorgar empréstitos para la realización de lo proyectado. Así, en marcha ya la nueva planificación económica de Colombia, los comentarios de la prensa y la opinión pública no dejan de congratularse de la decisión adoptada, a la vista de los resultados obtenidos en el nivel de empleo, sin que haya producido ningún desequilibrio económico ni modificado el cambio internacional de divisas.

El único temor que para el futuro puede abrigarse, viene dado por la excesiva libertad que la disposición concede, al permitir que no sólo las utilidades devengadas por el capital importado, sino incluso éste, pueda retirarse en cualquier momento. La condición de que las importaciones sean registradas en el Control de Cambios, vendiéndose las divisas al Banco de la República, constituyen una pobre garantía de la permanencia de las inversiones. De ello podría dimanar el mayor peligro. Una brusca retirada de capitales, después de haber desatado la inflación y sus repercusiones en la renta nacional, índice de empleo y hábito de un mayor consumo, podría ser verdaderamente catastrófica.

Por fortuna, el alto rendimiento que al capital invertido en Colombia le espera, los recursos vírgenes del país, y el propio interés de los inversionistas, permiten suponer que tal vicisitud no hará acto de presencia. Por lo demás, la producción nacional nada tiene que temer, pues la producción movilizada con capital extranjero no dejará por eso de ser también producción nacional, y de los veinte millones de dólares que puedan salir del país en concepto de dividendos —si el capital importado alcanza la cifra de los 500 millones que se confía obtener—, será inapreciable ante el volumen de las partidas invisibles que aparecerán en la balanza internacional de pagos de Colombia, conforme este país pueda ir transformando sus diagramas de importación y exportación, al industrializarse.

Momento trascendental

Por ello, insistimos en que conviene prestar atención a ésta como a otras análogas experiencias de la actividad económica americana, porque sus enseñanzas pueden ser muy provechosas en momento que, como ocurre en la actualidad, los economistas, desconcertados por el curso de los acontecimientos durante las pasadas décadas, al no producirse en la forma prevista, se encierran en discusiones bizantinas sobre los posibles efectos derivados de las diversas soluciones preconizadas.

Los observadores habrán de tener en cuenta que muchos de los principios económicos sentados, por haberlo sido como consecuencia de las realidades observadas en el desenvolvimiento económico de los EE. UU., bajo la presión de muy especiales factores, no serán válidos en otras economías de distinto signo, donde los factores en juego no sean exactamente los mismos. La interrogación abierta ante estas experiencias no puede cerrarse prematuramente, ni puede afirmarse rotundamente que ocurrirá tal o cual cosa.

Los principios cristianos exigen, en todo caso, que el resultado sea el logro de la paz social, posible tan sólo cuando el ser humano, en concreto, tiene cubiertas sus más imperiosas necesidades materiales merced a un elevado índice de empleo y un razonable nivel medio de vida.

Manuel Luengo Muñoz

CRONICA

D El 15 de mayo de 1934 se celebró en el Teatro de la Comedia Nacional de Buenos Aires una gran reunión en el homenaje a la cultura y a la ciencia, para celebrar el centenario de la fundación de la Universidad de Buenos Aires, y en conmemoración de la muerte del Dr. Juan Manuel de Rosas.

La Unión Española de los Profesores de la Argentina, en vista de la gran importancia de la cultura y de la ciencia, organizó una gran reunión en el Teatro de la Comedia Nacional de Buenos Aires, el día 15 de mayo de 1934, para celebrar el centenario de la fundación de la Universidad de Buenos Aires, y en conmemoración de la muerte del Dr. Juan Manuel de Rosas.

En esta gran reunión se celebró el centenario de la fundación de la Universidad de Buenos Aires, y en conmemoración de la muerte del Dr. Juan Manuel de Rosas. La Unión Española de los Profesores de la Argentina, en vista de la gran importancia de la cultura y de la ciencia, organizó una gran reunión en el Teatro de la Comedia Nacional de Buenos Aires, el día 15 de mayo de 1934.

En el día 15 de mayo de 1934 se celebró en el Teatro de la Comedia Nacional de Buenos Aires una gran reunión en el homenaje a la cultura y a la ciencia, para celebrar el centenario de la fundación de la Universidad de Buenos Aires, y en conmemoración de la muerte del Dr. Juan Manuel de Rosas.

Gracias a todos

NOTICIAS



EL 18 al 23 de enero se ha reunido en Méjico el I Congreso Nacional de Cultura Católica. Las Sesiones se celebraron en la ciudad de Guadalajara, y congregaron a los más conocidos intelectuales católicos mejicanos, profesionales y estudiantes.

* * *

La música española recibe actualmente en la Argentina un gran impulso y divulgación merced a los esfuerzos de los compositores Federico Moreno Torroba y Guillermo Cases, Director del Teatro argentino de la Plata.

* * *

El Ecuador ha invitado a los Ministros de Educación de los países grancolombianos a celebrar una conferencia que tienda a unificar los planes educativos y culturales de ambas naciones.

* * *

A mediados de diciembre fué clausurada la Internacional Carnegie de Pittsburgh, una de las tres grandes exposiciones bienales que investigan y recogen el arte contemporáneo de todo el mundo.

Estudios Americanos

Concurrieron más de 305 pintores de 24 países, que presentaron obras en las que se mostraban las más modernas tendencias pictóricas.

* * *

Ha regresado de su viaje a América, el Director de esta Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Dr. Rodríguez Casado, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, que asistió en Santiago de Chile a las conmemoraciones del historiador José Toribio Medina, formando parte de la Delegación española. El Dr. Rodríguez Casado ha pronunciado diversas conferencias en la capital chilena, Lima y Buenos Aires, y celebrado reuniones con destacados historiadores americanos.

* * *

Varias universidades católicas presentarán trabajos en la Exposición Internacional Católica de 1953, de Manila, poniendo de relieve la aportación histórica cultural, social y económica de la Iglesia en las Islas Filipinas.

* * *

La Escuela de Estudios Hispano-Americanos publicará en breve las obras: "Nueva Granada en tiempos de Caballero y Góngora", del Dr. Sánchez Pedrote, y "Perlas del Caribe", del Doctor Luengo Muñoz.

* * *

A fines del pasado año se celebró en Quito la Primera Exposición Nacional de Artes Manuales Populares, en la que se han exhibido gran cantidad de obras de artesanía indígena.

* * *

Próximamente tendrá lugar el I Congreso Nacional de Estudiantes Españoles. Actualmente se están celebrando los diferentes Congresos regionales, como fase preparatoria de la citada reunión nacional.

* * *

Para el mes de mayo próximo se anuncia la inauguración en San Salvador del II Congreso Nacional del Niño. El temario com-

prende importantes asuntos, como el bienestar social de la infancia, legislación, salud y la situación del niño campesino.

* * *

Para asistir al IV Congreso Internacional de Municipios, que se reunirá en Montevideo en este mes de febrero, ha sido designada una amplia comisión española, que será presidida por el Director General de Administración Local, don José García Hernández.

* * *

El festival internacional de música contemporánea, reunido en Pittsburgh, en diciembre pasado, ha congregado a compositores procedentes de ochenta países, que estudiaron las diversas tendencias que se observan hoy en la música actual.

* * *

Entre los numerosos Congresos de gran trascendencia cultural que han tenido lugar en Cuba durante el pasado año de 1952, se celebró a fines de noviembre el X Congreso Nacional de Historia, que reunió en La Habana a los historiadores más conocidos de la República.

* * *

En el próximo mes de abril se inaugurará en Santiago de Chile la primera feria exposición de productos españoles, organizada por la Cámara Oficial Española de Comercio de aquella capital y bajo el patrocinio de la Embajada de España.

* * *

Por primera vez en su historia, la UNESCO celebrará sus reuniones al otro lado del Atlántico. La VIII Conferencia General de este organismo internacional tendrá lugar en Montevideo próximamente.

* * *

Entre los días 9 y 13 del pasado mes de diciembre se ha celebrado en Madrid una Semana Colombiana, organizada por la Embajada de Colombia en España y con la colaboración del Club de Prensa Madrileño, en cuyos salones se ha llevado a cabo un inte-

resante ciclo de conferencias y conciertos con la intervención de destacadas personalidades de aquel país.

* * *

De gran resonancia, no sólo para El Salvador, sino para toda Centroamérica, ha sido la magna Exposición del Libro Salvadoreño, celebrada a fines de diciembre pasado en la capital de la Nación, bajo el alto patronato de la Biblioteca Nacional de aquel país.

* * *

Su Santidad el Papa Pío XII ha erigido cuatro Diócesis y tres Vicariatos en Colombia. Las nuevas Diócesis son: Armenia, Bucaramanga, Palmira y Pereira. Los Vicariatos: Quibdo, San Buenaventura e Istmina. Se ha suprimido la Prefectura Apostólica del Chocó.

* * *

Más de 350.000.000 de dólares han gastado los Colegios Universitarios norteamericanos en el pasado año académico, en proyectos de investigación. El 90% del dinero fué invertido en investigaciones de ciencias físicas y biológicas.

* * *

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, celebrará en septiembre próximo su IV Curso de Otoño para Extranjeros, al que asisten normalmente estudiantes procedentes de todos los países de Europa.

* * *

El Senado mejicano ha aprobado un proyecto de ley —cosa que ya había hecho el Congreso— que concede plena igualdad a la mujer en las elecciones mejicanas. Será firmada por el Presidente, en caso de ser acatada por la mayoría de los 27 Estados de la República.



Excmo. Sr. Don Cristóbal Bermúdez Plata (1882-1952)



STUDIOS AMERICANOS cumple hoy el doloroso deber de informar a sus lectores del fallecimiento del que fué Director de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y del Archivo General de Indias de Sevilla, Excmo. Sr. Dr. D. Cristóbal Bermúdez Plata.

Su muerte, ocurrida el día 23 del pasado mes de diciembre, constituye una pérdida importante para el americanismo español. Fué don Cristóbal el hombre que con su inteligencia y tacto rigió durante la casi totalidad del segundo cuarto de esta centuria el más importante Archivo colonial del mundo. Su labor en el mismo, constante, ininterrumpida y eficaz, como era su carácter, no obstante su extraordinaria afabilidad, corrección y suavidad en las formas, ha sabido imprimir un sello especial y genuino en un centro de investigación que es hoy día modelo entre los de su género, y cuyas instalaciones, organización y régimen interno producen asombro a cuantos lo visitan. De esta etapa, en que el doctor Bermúdez Plata ha sido Director del Archivo sevillano, datan las grandes reformas, no sólo en la dotación de magníficas estanterías metálicas y de ricas maderas, sino la restauración del patio central según su primitiva disposición, y la clasificación y catalogación de sus fondos en los legajos que constituyen hoy su inigualable riqueza histórica.

Con criterio amplio y visión clara, supo también prestar a la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla el calor de su inteligente experiencia, durante los años en que fué Director de la misma, y constituyó el enlace indispensable entre los primeros intentos del americanismo sevillano, y el brote que la actual generación universitaria hispalense representa en dicho campo histórico. Sus extraordinarias condiciones docentes, y su conocimiento de la técnica investigadora indiana, le constituyeron en maestro de todos los que de una forma u otra acudieron a él o quisieron obtener noticias u orientación sobre el vastísimo y aun casi inexplorado campo del americanismo.

Pero su labor intelectual no quedó circunscrita, con ser mucha, y a ella dedicó sus preferencias, a la historia americana. En la Universidad sevillana ha dejado pruebas palpables de su vasta tarea docente durante cuarenta años en que profesó en Lengua y Literatura Española. De esta faceta de su actividad científica, tenemos una serie de pruebas importantes de sus estudios sobre clásicos, materia en la que fué destacado representante de la escuela formada por don Marcelino Menéndez Pelayo y que continuó don Francisco Rodríguez Marín, con quienes tuvo una íntima relación de amistad y trabajo.

Al dar cuenta del fallecimiento de don Cristóbal Bermúdez Plata, los que fuimos sus amigos y discípulos rogamos una oración por el alma del profesor sapientísimo, investigador eminente, y sobre todo hombre cristiano y caballeroso, recto en sus juicios, de ejemplar conducta, y cuya trayectoria humana constituye una prueba y ejemplo para todos.

* * *

Nació en la provincia de Sevilla, en la villa de Morón de la Frontera, el 18 de agosto de 1882. Estudió en los Institutos de Segunda Enseñanza de Jaén y Sevilla, pasando luego a cursar las enseñanzas de la Facultad de Filosofía y Letras en nuestra ciudad, cuya Licenciatura en Historia obtuvo con las calificaciones de Sobresaliente y Premio Extraordinario en 1908. Cuatro años más tarde revalidaba sus lauros universitarios en Madrid, al obtener la máxima consideración académica por su Memoria para el Grado de Doctor.

En el año 1911 ingresó por oposición en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, siendo destinado al Archivo de la Delegación de Hacienda de Cádiz, de donde pasó a Sevilla a la Biblioteca Universitaria y Provincial al año siguiente.

En 1913 obtuvo por oposición en Madrid la plaza de Profesor Numerario de Lengua y Literatura Española de la Universidad de Sevilla, siendo designado en 1916 Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo desempeño tuvo ininterrumpidamente hasta 1931.

De la Biblioteca Universitaria hispalense pasó, por Real Orden de 24 de abril de 1926, a desempeñar la Dirección del Archivo General de Indias, cargo que ostentó hasta el día de su jubilación el pasado 18 de agosto, con un corto paréntesis en que, por permuta, pasó a dirigir la Biblioteca Universitaria y Provincial. Su paso por el Archivo General de Indias es el exponente más importante de su extensa labor profesional, y, como consignamos con anterioridad, a él se deben las trascendentales reformas y reorganización que en dicho centro se llevaron a cabo con motivo de la Exposición Ibero-Americana.

En el campo de la investigación desempeñó puestos singularmente relevantes, siendo designado Vicedirector del Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", del C. S. de I. C., al fundarse éste en 1940. En 1946 fué designado Director de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, cuyo desempeño tuvo hasta 1950, en que por la enfermedad renunció. El Consejo de la Escuela propuso al Ministro de Educación Nacional su designación como Director Honorario, siéndole conferido el nombramiento. También fué Jefe de Investigación de la Sección de Descubrimientos y Conquistas de dicha entidad.

Entre las numerosas distinciones y condecoraciones de que ha sido objeto por parte del Gobierno español y de distintos Gobiernos americanos, cabe recordar como más importantes su designación como Consejero de Honor del de Investigaciones Científicas, Comendador con Placa de la Orden de Alfonso X el Sabio, Académico Preeminente de la Sevillana de Buenas Letras, y Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia, y de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz, Socio de Mérito de la Real Sociedad Colombina Onubense, Vocal de la Comisión de Monumentos Artísticos, de la Junta de Patronato del Archivo y Biblioteca de la Diputación Provincial y de la Junta de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla.

Por sus numerosos trabajos sobre genealogía, era miembro de los Institutos Genealógicos del Perú, Argentina, Cuba Chile, Guatemala, etc. También formaba parte de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia de México, y de "The Academy of American Franciscan History" de Washington.

Finalmente, la Junta del Patronato de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, en sesión celebrada el pasado septiembre en la clausura de los X Cursos, acordó concederle su máxima condecoración: la Medalla de Oro. Igualmente el Gobierno cubano decretó en fecha reciente su ingreso en la Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes, con la categoría de Gran Oficial. Ambas condecoraciones no pudieron serle impuestas por haber sobrevenido su muerte.

* * *

La producción que en el campo de la historia y de la literatura nos ha dejado el Dr. Bermúdez Plata es muy numerosa.

Abre la serie la "Narración de la Defensa de Cartagena de Indias contra el ataque de los ingleses en 1741", tema que fué objeto de su tesis doctoral, y que representa un exponente claro de su fino sentido de investigador, no sólo por el interés que la elección del mismo significa, sino por la sobriedad y competencia con que maneja las fuentes, y da a conocer noticias y pormenores hasta entonces inéditos sobre este interesante aspecto de las relaciones hispano-británicas en la Edad Moderna.

Su obra más trascendental, y a la que dedicó largos años de trabajo, es el "Catálogo de Pasajeros a Indias en los siglos XVI, XVII y XVIII", de la cual deja publicados los tres primeros volúmenes y preparados los restantes. Esta obra es una fuente de consulta indispensable, pues a través de ella pueden ser conocidos los registros de Contaduría de la Casa de la Contratación de Sevilla, y el movimiento demográfico y emigratorio de las diversas regiones españolas al Nuevo Mundo. Es por ello la base principal de conocimiento del origen de la población hispanoamericana actual.

De los fondos del Archivo de Indias hizo también la publicación del "Catálogo de los Papeles de Estado de la Sección Novena", arsenal importantísimo de documentación indiana, pero que por una serie de causas diversas, permanecía en la más absoluta y anárquica desorganización.

Dentro de la línea de su producción americanista, tiene particular relieve su estudio sobre "La Casa de la Contratación, la Casa Lonja y el Archivo General de Indias", que ha servido para establecer con claridad la distinción sobre estas tres instituciones sevillanas que no pocos autores confunden en sus obras. También quiere recordar aquí otro trabajo sobre tema análogo. Se trata de "La Cárcel nueva de la Casa de la Contratación de Sevilla", en la que hace mención a la jurisdicción exenta de dicha entidad.



En la Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida (1947)



En el Archivo de Indias (1947)



En el acto de clausura de la I Asamblea de Americanistas (1944)

Entre su abundante producción literaria, que se encuentra dispersa en infinidad de revistas y publicaciones periódicas, queremos recordar "Algunas consideraciones sobre El Quijote", publicada con motivo del III Centenario de la muerte del Príncipe de los Ingenios españoles. También tiene un estudio muy interesante sobre el lugar del nacimiento de Ercilla, en el que aporta nuevas luces sobre la cuna del autor de la Araucana.

Otro género que también mereció la atención del doctor Bermúdez Plata fué el de los orígenes y desarrollo de las primeras prensas sevillanas. A la muerte del eximio bibliófilo don Joaquín Hazañas y la Rúa, fué designado por la Diputación Provincial sevillana para que dirigiera la publicación de los papeles de éste sobre la historia de la imprenta sevillana. Fruto de esta comisión ha sido la aparición de los dos primeros volúmenes de obra tan fundamental como es "La imprenta en Sevilla", en la que se suministran abundantes noticias sobre la vida y actividades de los primeros impresores sevillanos, y el lugar de las prensas de la ciudad durante los siglos XV y XVI. Al mismo género pertenece el trabajo que titula "Relaciones entre Jacobo Gromberger y Hernán Cortés con noticias de imprentas sevillanas", que nos da nuevos datos sobre el impresor alemán y el conquistador de Nueva España. Finalmente, son muy curiosos sus estudios sobre "Las Impresiones de las Bulas de la Santa Cruzada para las Indias" y el "Contrato para la fabricación de naipes en Nueva España", ambas con aportaciones interesantes sobre la historia del arte de imprimir.

Su último trabajo, que versó sobre "Los restos de Colón", ha servido para terciar en la revivida polémica sobre el lugar donde se hallan las cenizas del descubridor del Nuevo Mundo, manteniendo en el mismo la tesis tradicional de la Real Academia de la Historia.

Su extensa labor publicitaria no excluyó otra facetas que nos presenta al doctor Bermúdez Plata en otra de sus manifestaciones más acusadas. Sus numerosas conferencias y discursos en Universidades, Academias y otros centros culturales, entre las que recordamos el Mensaje enviado a la Universidad de Coimbra por la de Sevilla en 1937, con motivo del IV Centenario de aquella Universidad, las lecciones dictadas durante los Cursos de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, la última de las cuales, el pasado agosto dedicó a la figura del eminente historiador y publicista chileno, y amigo suyo dilectísimo, don José Toribio Medina, con motivo del primer centenario de la fecha de su nacimiento, etc.

La muerte hace desaparecer a esta prestigiosa figura de nuestra Universidad y de la investigación española, a los pocos meses de haber experimentado la amargura de su jubilación profesional, que no sirvió para cortar su leal y constante dedicación al incremento y proyección de la cultura hispanoamericana.

J. A. Calderón Quijano

Grata visita.



N la reciente visita que el doctor Rodríguez Casado, historiador y notable americanista español, realizó a la República Argentina, desarrolló una interesante conferencia, el 9 de diciembre último, en el Instituto de Historia del Derecho Argentino de la Facultad de Derecho de Buenos Aires.

La original exposición de las causas del movimiento emancipador en América, aunque no contó en cuanto a su fondo con la adhesión plena del auditorio de especialistas y público que lo escuchó, sembró sin embargo en todos ellos el interés y la emoción intelectual que significan siempre puntos de vista desacostumbrados, defendidos en una exposición brillante y de cerrada parábola, sin resquicios aparentes, que los miembros entusiasmados del Instituto solicitaron examinar con detenimiento a los efectos de exponer sus asentimientos y divergencias, colaboración por otra parte solicitada por el disertante, que anticipó no ser lo dicho tanto un planteo ya definitivo cuanto una "tesis de trabajo".

Llamó la atención el doctor Rodríguez Casado sobre la unanimidad del movimiento emancipador en esta parte del Continente, en el que las diversidades y los antagonismos étnicos, geográficos

y económicos más contradictorios invalidaban las hipótesis simplistas con las que hasta ahora se ha querido explicar el fenómeno. Debíó de haber en él una "causa subyacente" cuya aplicación fuera valedera en cualquiera de los antiguos reinos de la Corona. Desechó la tesis de las influencias francesas o masónicas como génesis de la revolución. Ellas la habrían, en todo caso, "acompañado, arropado", al mismo tiempo que otras ideas y tendencias, pero no serían las que le dieron origen. Tampoco lo fueron las ideas norteamericanas, a propósito de las cuales citó una conversación del ex embajador de los EE. UU. en España, Mr. Hayes, con un profesor español y, como le resaltara éste la difusión y peso de las ideas jeffersonianas, le recordó el diplomático que Jefferson estaba influido por Locke, y éste a su vez lo había sido por Suárez, y la influencia de los teólogos españoles Vitoria, Suárez, Soto, había llegado ya mucho antes a la América hispana por intermedio de la legislación. Tampoco aceptó la tesis de la influencia de la filosofía tradicional o ideas llamadas por un español contemporáneo, "populistas".

En la conclusión y último capítulo de su disertación, referente a lo "social y la historia", explicó la progresiva transformación de la sociedad europea, en la que aparece una nueva clase que, educada, enriquecida y con conciencia de su fuerza e importancia, anhela gobernar, al mismo tiempo que la evolución paralela de la idea de estado patrimonial a la de estado nacional.

Con acopio de citas de autores españoles y americanos y de notas estadísticas de la Universidad de San Marcos y de alguna otra americana, refuerza su tesis probando que lo mismo sucedió en América y el deseo de esa clase burguesa nueva, poderosa, de gobernar sus propios intereses cada día más importantes y numerosos y cuya general influencia ha de trastornar la sociedad en todo el mundo, es la que podría denominarse "causa subyacente" y explicar de algún modo el sincronismo del movimiento emancipador en América.

Cambiadas impresiones con algunos de los asistentes, nos sugerían ellos variadas objeciones. Situando la cuestión en el Río de la Plata, se resaltaba la falta de aristocracia en estas regiones en la cual todos los puestos estaban ocupados por la burguesía que ya gobernaba y que, producido algún vuelco como el que acaeció en la madre Patria, continuó naturalmente en sus puestos y tratando de buscarle reemplazo al virrey y arreglo a la situación.

Para otros, el sincronismo podría buscarse, no en la multi-

plicidad del fenómeno en las colonias, sino en la unicidad del que le daba origen, que era la situación de España en la época.

Quizá en algunas regiones el trabajo de los británicos haya influido para preparar la unanimidad de esos levantamientos, de acuerdo a la prueba aportada por Carlos Antonio Villanueva, especialmente en el "Napoleón y la independencia de América", y por Madariaga en su "Bolívar". O también, en esta región del Plata, pudo ser el deseo de evitar se jugara la suerte de estos reinos otra vez en España, y así Anchorena, en un párrafo de su correspondencia que entresacamos de la citada por Irazusta en su biografía del prócer, que es también balance y comparación de los resultados de la independencia en los dos extremos del Continente, dice textualmente:

"V. M. sabe que el 25 de mayo de 1810, o por mejor decir el 24, se estableció por nosotros el primer gobierno patrio a nombre de Fernando VII, y que bajo esta denominación reconociendo por nuestro rey al que lo era de España nos poníamos sin embargo en independencia de esta nación, que consideraba a todas las Américas como colonia suya, para preservarnos de que los españoles apurados por Napoleón, negociasen con él su bienestar a costa nuestra, haciéndonos pavo de la boda."

Por fin, quizá, una mera coincidencia de causas próximas, arrimadas al polvorín de la situación, la ideología ambiente, la maniobra extranjera, etc., hacen aparecer como deliberado o, por lo menos, como naciendo de una sola circunstancia (para el distinguido visitante, la evolución social y la aparición de la burguesía), lo que no fué sino consecuencia de un complejo de causas que por diversa influencia coincidieron en un movimiento sin paralelo en la historia.

Todo esto, más que objeciones, son inquietudes expresadas al vuelo, despertadas por una bella disertación de fondo y forma, y también un pretexto para hacerle llegar, tanto al doctor Rodríguez Casado como a sus colegas y colaboradores, el entusiasta beneplácito por la obra en 18 tomos que nos anunciara, referente a la Historia de estos pueblos americanos.

Maurras y la Argentina

Los diarios nos informaron de la muerte de Charles Maurras después de las vicisitudes de una dolencia que lo sacó de la cárcel, cambiando su celda de preso por la hospitalaria, y cuando no sa-

líamos todavía del asombro en que nos sumía el vigor de su pluma, pasados ya los ochenta años y enhiesto frente a los achaques de la vejez, la enfermedad y la injusticia.

La noticia es importante para el mundo entero, lo mismo para quienes compartimos la admiración que por él sienten nuestros maestros como para los que lo combaten o lo niegan, y queremos, en esta ocasión, ponderar los extraños altibajos de su influencia o, al menos, de su renombre, en el medio argentino.

Para los que nacieron con el siglo, o pudieron valorar la experiencia de la guerra del 14, Maurras no fué un desconocido. En todos los sectores nacionales, desde el anarquista hasta el de extrema derecha, siempre hubo quienes o lo combatieron a él o a sus ideas, o lo admiraron aprovechando todo lo utilizable del rico venero de su experiencia política forjada sobre la marcha en artículos diarios que suman millares, sin perder de vista, eso sí, las distintas circunstancias de tiempo, lugar y pasado histórico correspondientes a nuestro país e idiosincrasia.

Los que por esa época estaban ya en la onda, continuaron después frecuentándolo, sea recibiendo "L'Action Française", sea relejendo su "Encuesta sobre la monarquía", el "Kiel y Tánger", "Les amants de Vénise" o las monografías sobre Napoleón, Juana de Arco, Luis XIV. o Mistral, o sus comentarios sobre el tratado de Versalles, los Monod y la lista interminable de sus polémicas patrióticas y de su prédica infatigable. Pero para la juventud de nuestros días el hombre es absolutamente un desconocido, y tan sólo unos pocos lo conocen de oídas. Y aunque es verdad que sus libros sólo están al calcance de quienes leen francés, excepción hecha, que sepamos, del Mistral y de la edición española de la "Encuesta", que es de 1936 y que seguramente, debido a las vicisitudes de la guerra, sólo llegó a nuestro país hace tres o cuatro años, la dificultad del idioma no es importante, pues en la Argentina se vende casi tanto libro francés como castellano.

¿Cómo se explica entonces que toda una generación que se "embanderó" en las derechas lo ignore? Comprensible sería el caso contrario. Pero aquí se leyó y conoció abundante material referente al nazismo, fascismo o comunismo; abundó una copiosa literatura sobre sistemas corporativos, frentes de trabajo, materialismo/histórico o falangismo. De Maurras, en cambio, nada. Hasta sus ocasionales colaboraciones en la prensa liberal (recordamos aquel artículo suyo en "La Nación" por el año 28 ó 30, narrando la novelesca fuga de L. Daudet, preso luego del asesinato de su hijo por la policía), o el comentario de sus obras (Ven-

tura García Calderón lo hizo en algún suplemento dominical de "La Prensa" por la misma época), desaparecieron prácticamente a partir, digamos, para marcar una referencia cronológica, de producida en el país la revolución de septiembre de 1930.

Quizá el desorden de los tiempos y la aparición en el mundo de expositores más avanzados de un nuevo orden con pretensiones universales, lo dejaron en la sombra para nosotros, y su nombre fué perdiendo significado hasta llegar a ser ignorado por las nuevas generaciones.

Hoy, casi toda la prensa argentina —salvo honrosas excepciones—, le dedicó una crónica de unánime mala fe. Lo ha presentado como católico excomulgado cuando siempre fué un ateo confeso que lamentó no poseer la gracia de la fe. El "Maurras et notre temps" de Massis, uno de los más bellos libros de memorias de nuestra época, es el testimonio conmovedor de esa actitud, rara en la historia del catolicismo, de un condenado por la Iglesia que sin embargo mantiene incólume su adhesión a la Institución, hasta lograr por fin el levantamiento de la pena por el actual Pontífice. Su polémica con "el nieto de Felipe Igualdad", según él mismo llamó en cierta ocasión a uno de los representantes de esa monarquía por la que se jugó toda su vida y prestigio, ha servido para mostrarlo como monárquico repudiado por aquellos a quienes defendía. Se ha entonado la cantilena del colaboracionismo, ignorando a sabiendas la tremenda farsa de su proceso, cuya versión taquigráfica conocimos a través del libro de Géo London —y en el que tan triste papel desempeñara Paul Claudel—, como también las nuevas pruebas y documentos aportados por la defensa y que él mismo, octogenario y hospitalizado, hizo valer con su antiguo vigor nunca desmentido, hace dos o tres meses, en una carta que lleva su firma, dirigida al primer ministro de la República, M. de Pinay, y publicada en "Aspects de la France", semanario que se vende en todas las grandes librerías de Buenos Aires.

Una sola vez en nuestro tiempo, y con motivo de su muerte, se enteraron los jóvenes de la historia de ese viejo, gloria de su país, hundido en la cárcel por sus conciudadanos, y pensador y escritor, bajo cuyo influjo intelectual estuvieron, alguna vez, los intelectuales franceses de las más diversas tendencias, desde Malraux y Gide hasta Maritain y Bernanos, y que es, a no dudarlo, la figura señera del pensamiento y la literatura francesas de lo que va de siglo.

Las pasiones que consumen a Europa nos han contagiado y es de lamentar que las buenas ideas del más grande pensador político

de nuestro tiempo no hayan llegado a la desorientada juventud de esta tierra en estos años angustiados, como también lamentamos el cegado e incomprensible rencor ideológico de quienes han aprovechado el hueco de una tumba para arrojar sobre ella una palada de miserias.

Nosotros, por todo lo que le debemos y por lo que le deben aquellos de quienes aprendimos mucho de lo que sabemos y que además de ponernos orden en las ideas nos enseñaron el amor a la patria, a la verdad y al civismo, queremos rendir con estas líneas un lejano homenaje a quien fué uno de los maestros de toda una generación argentina.

Félix Fares





Ejemplar: 17 ptas.
Suscripción anual: 150 ptas.